Yasunari Kawabata

Dientes de león

Prólogo de Alejandra Kamiya

Ineko es una joven enamorada, afectada por una extraña condición: la «ceguera de cuerpo». Kuno, su novio, quisiera desposarla para estar a su lado y cuidarla, pero la madre de Ineko cree que es mejor que la joven se cure primero y decide internarla.

Dientes de león recoge un extenso diálogo entre Kuno y la madre de Ineko mientras se alejan del manicomio y nos propone una honda reflexión filosófica acerca del peso de las decisiones que tomamos, así como de las lábiles fronteras entre la cordura y la locura.

Novela póstuma de Yasunari Kawabata publicada en 1971, se ofrece aquí por primera vez en español, brillantemente traducida del japonés original por Tana Oshima. En ella, el autor mantiene vivo su inquisitivo espíritu infantil ante los misterios de la existencia humana.

«Puedo ver la colina sobre la que está el hospital, pero no puedo ver a Ineko. ¿Realmente está ella allí, entre la arboleda, en medio de todos esos locos?».

Yasunari Kawabata

Dientes de león

INSURGENTES

Título original: *Tanpopo*
Yasunari Kawabata, 1972
Traducción: Tana Oshima, 2023

Prólogo: Alejandra Kamiya

-

Revisión: 1.0

30/08/2024

PRÓLOGO

Por Tana Oshima

Esta es una novela póstuma e inconclusa del escritor japonés Yasunari Kawabata (Osaka, 1899-Kanagawa, 1972). Aunque aparentemente sencilla, su profundo calado filosófico dejará al lector cuestionándose la realidad más obvia, como lo puede ser una flor. Si llegó a ver la luz en 1972 fue gracias a los esfuerzos de edición del yerno del autor, Kaori Kawabata (en adelante Kaori K.), quien le dio forma final al libro, introduciendo casi todos los cambios que el autor había dejado anotados antes de su muerte.

Kawabata fue escribiendo y publicando el contenido de este libro por entregas, entre 1964 y 1967, una práctica común entre los escritores japoneses. Según cuenta Kaori K., el autor revisaba todos sus textos una vez publicados en revistas literarias y los modificaba significativamente, nunca del todo satisfecho con el resultado. También en el caso de *Dientes de león*, Kawabata hizo anotaciones en los márgenes para reescribir el texto más adelante antes de convertirlo en libro. Sin embargo, su reconocimiento como premio nobel de literatura en 1968 y sus problemas de salud truncaron, de algún modo, su escritura, por lo que el autor ya nunca retomó *Dientes de león* después de esa fecha. En 1972, Kawabata se quitó la vida sin dejar un manuscrito final. Lo que quedó tras su muerte fue un sinfín de anotaciones indicando los cambios que quería hacer en lo que sería su última novela.

Kawabata era un escritor exigente, casi maniático. Quizá, más

que la perfección, lo que perseguía con sus continuas revisiones era «el eco de la impermanencia», como dicen los personajes de esta novela; un intento obsesivo por reflejar una realidad en constante agitación. Consideraba que sus historias no tenían un comienzo y un final claros, que podían concluir en cualquier momento. En ese sentido, como dijo Kaori K., la presente novela es doblemente inconclusa porque realmente carece de un final, de una conclusión intencionada por parte del autor.

Otra peculiaridad de esta novela es que guarda algunas similitudes notables con *Una página de locura*, la película muda vanguardista que en 1926 dirigió el cineasta japonés Teinosuke Kinugasa. Coincide que uno de los guionistas del filme fue el aún joven Yasunari Kawabata. La historia transcurre en un manicomio en un pueblo. Quizá, al final de su vida, el autor decidió retomar aquel escenario imaginario (y primigenio en su carrera literaria) que ya anticipaba su fascinación por la locura y por lo que él entendía por *makai*, el mundo de los demonios.

Por otro lado, es la primera vez que este libro se traduce al español, y esta es una de las pocas traducciones de la obra de Kawabata que se hacen al español directamente del japonés. Pese a tratarse de uno de los autores japoneses más conocidos y leídos en Occidente, prácticamente todas las traducciones de sus libros se han hecho hasta ahora de forma indirecta a través de un idioma puente (inglés, francés o alemán).

Kawabata es conocido, además de por su maestría en el manejo de lo bello y de lo grotesco, por haber «exportado» la tradición japonesa integrándola, simultáneamente, en el canon occidental. En la presente traducción he querido preservar intactos, en la medida de lo posible, los elementos de la cultura japonesa tradicional que aparecen en la historia, de ahí la abundancia de notas al pie de página.

No hay duda de que este es un libro escrito por un autor «antiguo». La visión que esta novela refleja del mundo, del amor, de las relaciones de pareja, de la sexualidad o del rol de la mujer resulta, cuando menos, desfasada hoy en día. Aunque esta era sin duda la

mentalidad dominante en la sociedad japonesa a finales de los años 1960, por esas mismas fechas ya se empezaban a oír otras voces, como la de la escritora japonesa Yuko Tsushima (1947-2016), quien, en 1972, a los veinticinco años de edad, escribió *Territorio de luz*, una novela considerada pionera en el feminismo japonés.

Sin embargo, el valor artístico de las obras maestras es intemporal. Y por ello la literatura también nos ofrece un valor testimonial: obras maestras como estas constituyen una brújula para que nos orientemos en el presente y tomemos conciencia de dónde venimos y hacia dónde nos queremos dirigir.

Nueva York, julio de 2023

PRÓLOGO

Por Alejandra Kamiya

Termino de leer *Dientes de león*. «Ya ni siquiera podía verlo en su imaginación», dice la última frase. ¿Se puede terminar de leer un libro que no se terminó de escribir? *Dientes de león*, o *Tanpopo*, fue escrita, como otras obras de Kawabata, por entregas, y estas quedaron interrumpidas cuando él murió en 1972.

Pero todos los libros de Kawabata dejan en mí la sensación de que la historia no ha terminado. Cuántas páginas hayan sido escritas tiene poca importancia. Cualquier historia es un recorte y Kawabata no hace más que ponerlo en evidencia. Él la recorta para poder traérnosla pero la interrupción que supondría el recorte es solo una apariencia: la historia continúa en el lector. Vive y conserva su ritmo tranquilo, sus ruidos pequeños, su perfume. Sobre todo eso: el perfume. Podemos mirar ahora la historia que nos han contado como miraban los hombres viejos dormir a las muchachas en *La casa de las bellas durmientes*.

Kawabata se manifestó varias veces poco preocupado por la forma del relato, de ahí tal vez que publicara tanto por entregas, que algunas de sus obras quedaran inacabadas o fueran modificadas con libertad. El corazón de la escritura no está en la forma.

Fundó también dos movimientos literarios en el intento de despegarse del naturalismo japonés y de la literatura proletaria. El neosensorialismo y la Escuela del Nuevo Arte. Pero si hubiera que describir la curva de su recorrido en relación a lo tradicional y lo

nuevo, esta se acercaría primero a la occidentalización de su tiempo, para luego alejarse, retornando a las formas japonesas tradicionales.

Entre las corrientes occidentales que atrajeron a Kawabata estuvo el modernismo, evidente por ejemplo en el primer guión que escribió para el director de cine Teinosuke Kinugasa (volvería a redactar guiones para Mikio Naruse más adelante). El resultado fue *Una página de locura* (1926), una bella película muda muy parecida a un sueño, en la que un hombre se hace contratar como encargado de limpieza de un hospital psiquiátrico para ver a su mujer internada. Para verla o acaso liberarla, de la locura o del encierro. Al final de la película el hombre reparte entre los enfermos máscaras de teatro Nō. Tal vez en las máscaras haya una forma de liberación.

Las máscaras aparecerán nuevamente en las obras de Kawabata. La insistencia de las imágenes habla de la verdad que hay en ellas, y también de la imposibilidad de cerrar algo que continúa abierto como una pregunta.

En *Dientes de león*, Kawabata vuelve a traer el hospital y la locura. El hospital que es como un fantasma del pueblo junto al que está ubicado, un pueblo cubierto de flores de diente de león.

En ese hospital ha quedado internada la joven Ineko. Su madre y su novio caminan conversando, a la manera de los diálogos socráticos, pasando por temas esenciales y por paisajes que parecen contradecir la oscuridad de algunas de sus palabras.

El narrador es tal vez el mismo de siempre en Kawabata, aquel que crea una cierta distancia entre lo que narra y él. Me recuerda a algo que escuché alguna vez sobre cuando vivió en Asakusa antes de escribir su novela *La pandilla de Asakusa*. Fueron varios años en los que tomó muchísimas notas pero no habló con ninguno de los personajes que buscaba retratar. Esa distancia que creó para no dejar de ser un observador se parece a la que utiliza para narrar. O tal vez tenga que ver con la serie de muertes que marcaron su infancia: la muerte de su padre, de su madre, su abuela, su abuelo, su hermana. Tal vez esta distancia sea una elección estética. La distancia es elegante. Como sea, no se trata de una distancia fría.

«La locura está más determinada por el individuo de lo que lo

está la cordura», dice el narrador. Como las familias felices de Tolstói que se parecen, frente a las que no lo son y lo hacen cada una a su manera. Salir de la regla tiene un brillo particular, aunque sea el de la locura o la infelicidad.

El hospital es parte de un templo o lo ha sido y hay allí una campana que marca el tiempo del pueblo. El tañido de esta campana es otro de los personajes de *Dientes de león*. La campana parece decir cada vez algo diferente a pesar de repetir el tañido. La repetición de lo que dice algo diferente cada vez: hay un interno que escribe todos los días una frase budista que Kawabata mismo usó en el discurso que dio al recibir el Premio Nobel de Literatura. «Entrar en el mundo de Buda es fácil. Entrar en el mundo de los demonios, no». El viejo interno ocupa un lugar como el que ocupa lo divino en la vida cotidiana: a un costado pero ofreciendo una referencia para todo lo que pasa.

La campana, de nuevo. Ya en *Lo bello y lo triste* el protagonista viaja a Kioto para escuchar en persona las campanas de Año Nuevo que siempre ha escuchado por radio.

Pero hay una campana que tal vez todo Japón ha escuchado alguna vez. Yo la escuché antes de leerla por mí misma, leída por mi padre. Es la campana del inolvidable comienzo del *Heike Monogatari*:

> En el sonido de la campana del monasterio de Gion resuena la caducidad de todas las cosas. En el color siempre cambiante del arbusto de shara se recuerda la ley terrenal de que toda gloria encuentra su fin. Como el sueño de una noche de primavera, así de fugaz es el poder del orgulloso. Como el polvo que dispersa el viento, así los fuertes desaparecen de la faz de la tierra.

La música de *Dientes de león* es esta campana. Acompaña y dice lo que quien escucha pueda entender, como el rugido de la montaña del hombre que va a morir en *El sonido de la montaña*.

Makoto Ueda señaló ya que los tres grupos que Kawabata parecía considerar los más aptos para descubrir la belleza son los hombres que agonizan o ven su muerte cercana, los niños pequeños

y las mujeres jóvenes como Ineko.

Después de todo, de eso se trata en literatura y tal vez en la vida: de descubrir la belleza. Para, en el caso del artista, representarla. Nunca tan pobre y hueca la palabra «belleza» como acabo de usarla. En *La existencia y el descubrimiento de la belleza*, Kawabata la ve primero en el brillo de la luz sobre unos vasos que alguien ha lavado y ha dejado secándose al sol, en las vasijas de barro Jōmon de las que habla como «belleza enterrada», descubiertas en la preguerra, y en fragmentos del *Genji Monogatari*, la piedra basal que plantó Murasaki Shikibu. La belleza y, claro, la tristeza que siempre se cuela con ella.

La relación que tenía Kawabata con la belleza es la que hace que yo elija situarme junto a los que dudan de su suicidio, en contra del cual él se había manifestado en varias oportunidades. Me gusta pensar, como Donald Richie, que si el agua estaba corriendo en el baño en el que fue encontrado es porque él iba a darse un baño, que el caño de gas quedó abierto por accidente, que el agua aquella corría como la del río Ikuta en *Dientes de león*, que la historia no había acabado, porque las historias no acaban, continúan en otros.

Kawabata no dejó una nota.

Dejó novelas y cuentos maravillosos.

Cuando era niña yo jugaba a soplar flores de diente de león. Las llamábamos «panaderos» y se deshacían para perderse en el viento. Como todo.

DIENTES DE LEÓN

Había muchos dientes de león a orillas del río Ikuta. Que hubiera tantos en la ribera decía mucho del carácter del pueblo: Ikuta era así, como una primavera llena de dientes de león. De sus 35.000 habitantes, 394 eran ancianos de más de ochenta años.

Solo había una cosa fuera de lugar en Ikuta: el manicomio. Pero quizá era lo propio de un psiquiátrico desencajar así con el entorno. Quien eligió construirlo ahí, en ese pueblo tranquilo, silencioso y gastado, debió de ser un genio, aunque, bien pensado, los males del espíritu no se curan solo porque el entorno sea pacífico. El loco vive en su propio mundo, distinto al real y específico a su locura, y eso no va a cambiar por mucho que cambie de paisaje. Era poco probable que el manicomio fuera tan eficaz como esperaban los familiares que ingresaban ahí a sus locos. La locura está más determinada por el individuo de lo que lo está la cordura, y no hay un remedio único para todos.

Sin embargo, el encanto del pueblo, tan luminoso y cálido como los dientes de león, sí ayudaba a que los familiares y allegados de los locos no sintieran que los habían abandonado y encerrado en uno de esos lugares tristes y crueles que tanto abundan. Cuando, después de haberlos dejado en el hospital en lo alto de una colina, bajaban por el camino que llevaba al pueblo bordeando el río, oían a lo lejos la campana de un templo. Era la voz de despedida de los locos que quedaron allá arriba en el hospital. Era el sonido del adiós que atravesaba el pueblo y el mar entero. Triste, pero no desquiciado. No sonaba como si fueran unos locos quienes tocaban la campana.

Así les había dicho el médico antes de que la madre de Ineko Kizaki y su novio Kuno salieran del hospital aquel día después de ingresarla:

—Cuando oiga la campana en el camino de vuelta, piense que es su hija quien la toca.

—¿Cómo? —preguntó la madre de Ineko sin entender nada.

—Las campanadas de las tres las dará hoy su hija.

—Ah…

—A los pacientes les encanta tocar la campana. Los llena de alegría. La tocan todos los días, tantas veces que no damos abasto. Aquellos que mejoran piden tocarla una última vez el día en que les damos el alta. A los que llegan nuevos les invitamos a que la toquen el primer día, si su enfermedad lo permite. Van acompañados de una enfermera, claro está, y en general es raro que estén tan graves como para verse físicamente incapacitados. En el caso de su hija, los síntomas son leves.

—Sí.

—También pensamos que quizá el hecho de tocar la campana pueda tener algún efecto terapéutico. Es algo que no podemos demostrar, porque a diferencia de los médicos de cabecera o los internistas, nosotros nos encontramos con pacientes que mejoran y después empeoran súbitamente sin que podamos saber por qué. Pero algunos de nuestros especialistas jóvenes creen poder identificar el estado de los pacientes según su forma de tocar la campana.

—Ah…

—Lo que sí sabemos con certeza es que los pacientes expresan algo a través de las campanadas, como si estas fueran su voz. Quizá sea un eco que viene de las profundidades de su corazón.

—Mmm… —Kuno asintió y miró al médico sin demasiada convicción.

—Los pacientes ingresados aquí están aislados del mundo exterior. Pero las campanadas que dan traspasan las paredes del hospital y llegan hasta el pueblo de Ikuta. Sean ellos conscientes o no, lo cierto es que se comunican con el pueblo a través del sonido de la campana. Dicho de otra manera, transmiten así su existencia.

—Qué triste —dijo la madre de Ineko.

—¿Triste? No, no tiene por qué serlo —respondió el médico—.

Los habitantes de Ikuta no saben quién toca la campana, ni creo que se lo pregunten. Para ellos, las campanadas simplemente dan la hora, y como es algo que ocurre todos los días, seguramente hayan incluso olvidado que quienes la tocan están mal de la cabeza. Nadie se detiene a escuchar las fluctuaciones en las campanadas o cómo a través de ellas los pacientes intentan expresarlo que guardan en sus corazones. Al fin y al cabo, es solo un sonido que marca el tiempo. Eso sí, todo el mundo sabe que aquellas son las campanadas del Hospital Ikuta; forman parte del pueblo.

—…

—Antes, en el templo, daban las campanadas dos veces al día, a las seis de la mañana y a las seis de la tarde. Como los pacientes disfrutaban tanto tocando la campana, le pedimos al ayuntamiento permiso para tocarla cinco veces al día: a las seis y a las diez de la mañana, a las tres y a las seis de la tarde, y por último a las nueve de la noche. No creo que haya muchos pueblos en los que se dé la hora cinco veces al día. Hubo gente que se opuso a las de las nueve de la noche, pero comprendieron que no es más que una reverberación sosegada y pacífica que ayuda a los pacientes a dormir, de modo que nos lo perdonaron.

La madre y el novio de Ineko otearon el pueblo desde la entrada del hospital.

—¡Qué pueblo más tranquilo y agradable! Seguro que de un lugar así no surge nadie con esa enfermedad tan rara como es la ceguera de cuerpo —dijo la madre.

—Ciertamente, su hija tiene una enfermedad muy atípica —respondió el médico—. Es la primera vez que recibimos a una paciente con ceguera de cuerpo en este hospital.

El Hospital Ikuta estaba en el recinto del templo Jōkōji, un templo modesto y bastante envejecido que si permitió que construyeran un sanatorio en su terreno debió de ser por pura desesperación. Ahora parecía más bien que el templo formaba parte del hospital y no al revés. Los pacientes no solo tocaban su campana;

aquellos que no eran propensos a la violencia o a escapar también se paseaban por sus jardines libremente y se adentraban a su antojo en el pabellón principal para hacer manualidades o cosas por el estilo.

Por ejemplo, el anciano Nishiyama, que se comportaba como si fuera el dueño del hospital, extendía a menudo un papel sobre el tatami del pabellón principal del templo y escribía en él unas letras grandes. Como no era fácil conseguir papel de caligrafía en ese lugar, utilizaba periódicos viejos.

Casi siempre escribía los mismos ocho kanji:

仏界易入　魔界難入[1]

Y a continuación, los leía: «Entrar en el mundo de Buda es fácil. Entrar en el mundo de los demonios, no». A pesar de tener la vista deteriorada por las cataratas, su caligrafía estaba llena de fuerza. No había nada mundano ni presuntuoso en ella. ¿Contenía acaso algo de su locura? A simple vista, los caracteres no transmitían ni ligereza ni enajenación, pero mirados con detenimiento sí parecían expresar una cierta locura, una maldad incluso. En algún momento de su vida, el anciano Nishiyama había querido entrar en el mundo de los demonios y no pudo, y quizá fuera esa rabia lo que manaba de su caligrafía senescente. Quién sabe a qué se refería él con «el mundo de los demonios»; la cuestión es que el dolor de no poder entrar en él en un determinado momento de su vida debió de ser tan grande que lo hundió en la locura. El anciano Nishiyama no pensaba que el manicomio fuera el mundo de los demonios, pero tampoco lo consideraba un refugio o un retiro para quienes, como él, no habían logrado adentrarse en él.

El anciano Nishiyama era uno de los pacientes más tranquilos del Hospital Ikuta. Con sus mejillas hundidas, unos pocos dientes en la boca y un puñado de canas flojas colgando de su coronilla, no parecía tener la energía necesaria para coquetear con los demonios. Solo su escritura guardaba un vestigio de ese impulso. A veces el viejo experimentaba una especie de sacudidas epilépticas mientras

escribía, pero esa no era la razón por la que no estaba en una residencia para la tercera edad.

Su mayor alegría del día era escuchar la previsión meteorológica en la radio justo antes de las noticias de las siete de la tarde.

«Se registrará algo de viento oleado en el mar y visibilidad baja debido a la niebla». Pronósticos como este le traían sin cuidado. Lo que le llenaba de gozo era oír a la joven locutora con su voz impregnada de dulzura, ciertamente amable. Era como si una muchacha cariñosa, ajena al manicomio, le estuviera hablando exclusivamente a él. ¡Cuánto afecto contenía esa voz, y con cuánta ternura consolaba al anciano! Un bello eco de la juventud. Él no sabía cómo se llamaba ella ni qué aspecto tenía, ni si continuaría anunciando con su voz hermosa el pronóstico del tiempo aun después de que él hubiera muerto. La única certeza que tenía era que esa muchacha le hablaba todos los días con voz amorosa a ese viejo en ruinas que era él.

El resto de los locos parecía evitar al anciano Nishiyama, y eran pocos los que querían dirigirle la palabra. ¡Qué contento se pondría, sin embargo, si Ineko Kizaki se acercara a él! También ella tenía una voz hermosa. Aunque era posible que algo raro ocurriera si los dos se encontraran. Ineko, con su ceguera de cuerpo, sería incapaz de ver al anciano Nishiyama, y lo único que captarían sus ojos sería el movimiento del pincel y las ocho palabras escritas sobre el papel. Sería perfectamente posible que tal cosa sucediera. Al darse cuenta de ello, el anciano no dudaría en creer que por fin había entrado en el mundo de los demonios y se pondría a danzar de alegría. Pero era dudoso que sus demonios consistieran en algo tan amable, a no ser que su percepción de lo demoníaco también hubiera envejecido en paralelo a su espíritu. Sí, quizá ahora sería una muchacha joven como Ineko quien lo llevara de la mano hasta un mundo maléfico distinto a aquel otro de antaño por el que enloqueció.

El templo Jōkōji estaba situado sobre una colina al norte del pueblo de Ikuta. Era una colina pequeña por cuyas laderas serpenteaba el río. También el río era pequeño: se podía cruzar andando incluso en su desembocadura al mar. El agua no llegaba

más que a la mitad de la pantorrilla, y en total no debía de haber más de diez pasos de ancho. Las orillas eran dos senderos, demasiado estrechos como para que pudieran circular los automóviles.

La madre y el novio de Ineko descendieron la colina del templo Jōkōji y caminaron por el sendero al borde del río en dirección al mar, hacia donde estaba la estación de tren.

—Señor Kuno, ¿qué árbol cree que era ese tan grande que había en la entrada del hospital? ¿Un roble o un kunugui[2]? —preguntó la madre.

—Mmm, no sé, la verdad es que no me fijé.

—Como tenía las hojas caídas, me costó identificarlo.

—Claro.

—Era muy grande para ser un árbol cualquiera. ¿Entonces no se dio usted cuenta de que el árbol estaba derramando lágrimas?

—¿El árbol estaba derramando lágrimas?

—Yo pienso que eran lágrimas. El tronco estaba lleno de heridas. Me imagino que los locos no tienen permitido utilizar objetos cortantes, así que no sé cómo habrán hecho esas marcas, pero está claro que las hicieron ellos. La corteza agrietada del árbol estaba gruesa y dura como el caparazón de una tortuga a la que le crece el musgo con los años. Sin duda, se necesita una fuerza considerable para poder atravesarla. No me fijé con detenimiento, pero me pareció que ahí estaban tallados los nombres de los locos. Señor Kuno, ¿por qué cree que los locos tallan sus nombres en un árbol del hospital?

—¿Por qué será? Porque están en el hospital. O porque da la casualidad de que hay un árbol ahí —respondió Kuno, y acto seguido se quedó pensativo—. No le he dado una respuesta muy convincente, ¿verdad? Quizá sea una forma que tenemos las personas de decir que alguna vez existimos, que estuvimos ahí, sea en un manicomio o en cualquier otro lugar.

—Ineko no podrá jamás borrar de su pasado el hecho de que

estuvo en el Hospital Ikuta en un momento de su vida. Aunque nunca llegue a tallar su nombre en el tronco de un árbol.

—Usted pensó que el árbol lloraba por los locos, ¿no es así?

—No. —La madre negó con la cabeza—. El árbol lloraba por las heridas que le infligieron los locos. Supongo que es lo que llaman savia, eso que sacan los árboles cuando se les hace un corte profundo que llega hasta su carne… Ese líquido salía por las heridas y se endurecía como las gotas de cera de una vela. A mí me pareció que eran las lágrimas del árbol. No estaba llorando por los locos, sino a causa de ellos.

Era febrero y en Ikuta los dientes de león llevaban floreciendo al sol desde finales de año. El pueblo era en sí mismo un rayo de sol. La hierba a orillas del río no tenía aún el color de la primavera, pero una pequeñísima flor de nombre incierto, de un azul violáceo, florecía ya discretamente anunciando la nueva estación. Kuno contemplaba el agua en el río.

—¡Ah! —exclamó de pronto—. ¡Un ratón blanco! Mire ahí, es un ratón blanco.

—¿Un ratón blanco? —La madre miró hacia donde apuntaba el dedo de Kuno, pero no vio nada moviéndose.

—¿No lo ve?

—No lo veo.

Los dos estaban quietos, de pie.

—¿Un ratón blanco, dice usted, señor Kuno? —preguntó la madre—. ¿No es eso muy raro? No creo que haya ningún ratón blanco por aquí.

—Estoy seguro de que era un ratón blanco. Lo vi escurrirse por entre la hierba.

—No es posible que haya un ratón blanco en este entorno tan silvestre. ¿Qué puede ser? No creo que sea un ratón, pero puede que sea un animal blanco de tamaño similar que habite estos lugares.

—¿Qué será?

—No será nada. No hay tal animal en un lugar como este.

—Ahora que lo dice, creo que tiene usted razón. —Runo parpadeó y examinó el otro lado de la orilla—. Qué raro, no sé qué habrá sido. ¿Estaré yo también mal de la cabeza?

—No, nada de eso —dijo la madre de Ineko—. Uno no se vuelve loco solo por haber pasado un rato en el manicomio.

—¿Haber pasado un rato, dice? Hemos ido a llevar a Ineko. ¿No ve que la acabamos de dejar ahí? —Kuno observó a la madre—. Disculpe. Usted es la madre de Ineko, cómo no va a saberlo.

—…

—Ahora entiendo —dijo Kuno alzando la mano izquierda—. El árbol que derramaba lágrimas, el árbol al que los locos hacían llorar… ese árbol es Ineko, ¿verdad?

—¿Qué? No, nunca he pensado que Ineko fuera el árbol. Simplemente vi que había un árbol con la corteza llena de cortes.

—Pero yo no vi ese árbol tan grande que había en el hospital. En cambio, he visto un ratón blanco en la orilla de enfrente. Como usted no lo ha visto, piensa que no existe. Para mí, es como si ese roble o kunugui o lo que fuera ese árbol grande no existiera tampoco.

—No estoy de acuerdo. Un árbol no se mueve como un ratón, no puede aparecer y desaparecer. Estará siempre ahí, en la entrada del hospital, a no ser que lo talen o se seque, claro está. O que los locos lo corten violentamente y lo tumben…

—¿Una rebelión de los locos?

—… No es posible.

—Los locos tienen un sentido de la individualidad más marcado que los cuerdos. Pero un momento: si uno de ellos se hiciera con una sierra y empezara a cortar el tronco, sin duda no tardaría en alborotar al resto. Se pelearían por conseguir la sierra. Aquello acabaría en una masacre sangrienta.

—Pero el árbol ya está llorando. —La madre de Ineko parpadeó con tristeza—. Si lo talan, los locos ya no podrán tallar en él una señal de su existencia.

—Tampoco es necesario que lo hagan.

—Ese árbol debe de llevar ahí en el mismo lugar desde décadas, quizá incluso siglos, antes de que se construyera el Hospital Ikuta. Usted podrá verlo en la entrada la próxima vez que vaya a visitar a Ineko.

—Por supuesto. Haré algo más que verlo: ahora que sé tanto de ese árbol, lo buscaré para observarlo detenidamente. Incluso trataré de leer los nombres que los locos han tallado en el tronco. Y me fijaré en las lágrimas.

—Ya lo creo. Aunque estoy segura de que ya no volverá a ver al ratón blanco cuando suba o baje por este camino.

—¿Qué quiere decir con eso? ¿Lo dice porque se supone que no hay ratones blancos por aquí?

—No es por eso. Es cierto que no los hay, pero aunque los hubiera…

—¿Entonces quiere decir que simplemente no volvería a encontrarme con uno?

—…

Desde el lado del mar aparecieron tres colegialas que subían el sendero en sus bicicletas a la vuelta del colegio. Había espacio de sobra para que ellas pudieran pasar, pero Kuno y la madre de Ineko se apartaron hacia un lado del camino y se detuvieron para cederles el paso. Las tres muchachas les dirigieron una ligera reverencia a los dos y pasaron de largo. En contraste con la calidez del pueblo, sus mejillas rojas llevaban sobre ellas el mar de invierno. Las niñas continuaron pedaleando sus bicicletas por la ribera hacia la colina del Hospital Ikuta. A este lado de la ladera había un pequeño bosque de bambú. Un fino hilo de humo se elevaba desde el interior. Entre la espesa arboleda no se veía ninguna casa que pudiera dar indicios de que alguien estaba quemando hojarasca. El edificio del Hospital Ikuta también estaba oculto entre los árboles de la colina.

—Madre —dijo Kuno—. Me han entrado ganas de volver al hospital y ver el árbol. No podré quitármelo de la cabeza si me marcho ahora sin más. Me inquieta obsesionarme con algo que nunca he visto. Creo que si voy corriendo ahora llegaré a tiempo para el tren.

—No se preocupe, ese árbol seguirá ahí la próxima vez que venga —dijo la madre de Ineko—. Estará ahí siempre, eternamente, también después de que le den el alta.

—Si usted y el hospital me lo permiten, me gustaría casarme con Ineko, aunque sea en ese lugar. Quiero decir, me gustaría poder cuidarla y estar junto a ella.

—Ni se le ocurra, señor Kuno.

—Por no oponerme a usted me dejé convencer de que lo mejor para ella era ingresarla en un manicomio. Puedo entender que haya querido posponer la boda, aunque me parezca una medida excesiva por su parte. Pero no puedo entender que la haya podido separar así de usted, que la haya soltado en un manicomio y la haya dejado sola. Los manicomios son el fondo de un pantano sobre el que se deposita y hierve el veneno que expulsan los corazones de las personas. Todo ese veneno terminará por erosionarla. ¿Y si los locos se alteran y dañan a la preciosa Ineko?

—¿Qué está usted diciendo? —dijo la madre, cortante—. En el hospital hay orden y hay rejas.

—Es usted quien dijo que el árbol lloraba por las heridas que le causaban los locos, e insinuó que quizá se pondrían violentos y cortarían el tronco entero. —Kuno miró a la madre a los ojos—. Con el árbol se refería, en efecto, a Ineko, ¿verdad? Por eso le pareció que el árbol estaba derramando lágrimas.

—Las lágrimas del árbol son las lágrimas del árbol. Ineko no lloró ni una pizca.

—Ella dijo que quería recobrar pronto la salud y volver a casa. Sus lágrimas caían desde el fondo de sus ojos hacia las profundidades de su corazón. —Kuno volvió a darse la vuelta—. Puedo ver la colina sobre la que está el hospital, pero no puedo ver a Ineko. ¿Realmente está ella allí, entre la arboleda, en medio de todos

esos locos? Necesito regresar al hospital para comprobarlo.

—…

—Tantas veces le he pedido a usted que me dejara casarme con ella en vez de meterla en un manicomio.

—Señor Kuno. Supongo que se acordará bien de lo que nos contó aquel médico en Tokio. La historia de una joven que mató a su hijo recién nacido durante un episodio de ceguera de cuerpo. Dejó de ver el cuello de su propio bebé y lo mató.

—Claro, era un bebé. Los bebés se mueren con solo cerrarles un poco la boca. Los pisas una vez y se mueren. Yo no soy ningún bebé —dijo Kuno—. No me voy a morir en uno de los episodios de ceguera de Ineko. Tengo suficiente fuerza como para contenerla.

—Nadie ha dicho que Ineko pueda matarlo a usted, señor Kuno. Me refiero a cuando ella tenga un bebé.

—…

—… La joven madre con ceguera de cuerpo estranguló a su bebé porque dejó de verle la cabeza. Pero ¿qué es eso de que dejó de ver la cabeza del bebé al que acababa de parir, y que a continuación lo ahorcó porque no lo veía? Me entraron escalofríos cuando oí la historia.

—Yo estaba con usted escuchando lo que nos contaba el médico y lo que pensé en ese momento es que quizá a esa mujer le faltó ayuda por parte de su entorno. Tendría que haber tenido a alguien que no le quitara el ojo de encima durante el episodio.

—Al parecer era la primera vez que se manifestaba su ceguera de cuerpo. No había forma de haberlo prevenido.

La mujer fue trasladada de la clínica ginecológica al manicomio una semana después de matar al bebé. Un psiquiatra de Tokio les había contado esta historia. Cuando Kuno le preguntó por qué la mujer había dejado de ver únicamente la cabeza de su hijo, el médico no supo darle una respuesta clara, como era lógico. Tampoco supo aclarar sus dudas cuando Kuno le volvió a preguntar:

—¿No será que ocurren estas cosas como resultado de un amor excesivo, extremo? ¿O, más terrible aún, como fruto de un odio excesivo y extremo? —El médico se limitó a decir que en la locura

no intervenían únicamente esos dos sentimientos, el amor y el odio —. Pongamos que a la madre le parece tan bonito su bebé que se queda mirándolo largo rato hasta que se le nubla la vista. ¿No podría tratarse de algo así?

—Sí, eso podría ocurrir, pero entraría dentro de lo normal.

Aunque la mujer hubiera dejado de ver la cabeza del bebé de forma repentina y hubiera intentado agarrarlo en un arrebato de pánico, si hubiera sido normal, lo habría soltado antes de causarle la muerte.

—¿Eso quiere decir que estuvo unos cuantos minutos estrechándole el cuello? —preguntó Kuno—. ¿Estuvo todo ese tiempo sin poder verle la cabeza al bebé?

—No conocemos los detalles. Al fin y al cabo, nadie más estaba ahí —dijo el médico—. Quizá fuera obra de los demonios.

—¿Obra de los demonios? —exclamó Kuno interrogante—. ¿También existe tal creencia entre los médicos?

—La medicina está llena de momentos así. Sobre todo en mi caso, que soy psiquiatra: es como si estuviera constantemente viéndoles la cara a los demonios, hasta el punto de que he llegado a pensar que la vida misma es obra de los demonios.

—Qué tonterías dice —susurró Kuno—. Yo he venido aquí para consultarle a usted si podré sanar a Ineko desde el matrimonio, si casarme con Ineko será efectivamente curativo para ella. Yo creo firmemente que sí, y me gustaría que convenciera a la madre de Ineko de que casarme con su hija no le hará ningún daño, que incluso será beneficioso para ella.

Sin embargo, era del todo seguro que la madre de Ineko se opondría al casamiento, incluso si se lo recomendaba el médico. Eso se debía a que el primer cuerpo que Ineko había dejado de ver, aun teniéndolo enfrente de sus ojos, había sido el del propio Kuno. De algún modo, la madre lo culpaba de haber desencadenado la enfermedad. Después, la historia de la joven que había estrangulado a su bebé había terminado de disuadirla por completo y la había

hundido en el terror más profundo.

No estaba dispuesta a dejarse llevar por las súplicas y peticiones de Kuno ahora que había tomado la determinación de ingresar a Ineko en el Hospital Ikuta siguiendo las recomendaciones del psiquiatra.

Pese a ello, lo cierto es que Kuno estaba brindándole un gran apoyo ahora que los dos estaban juntos en Ikuta. En el camino de vuelta del hospital, después de haber dejado a Ineko, la madre se sintió agradecida por tenerlo a su lado. Una cierta intimidad se había forjado entre ellos ante el hecho de que los dos caminaban con el destino de su hija sobre sus hombros.

—Eso de que pueda ver la colina del hospital pero no a Ineko… Como dice usted tantos disparates, señor Kuno, yo también he empezado a sentir una extraña preocupación —dijo la madre deteniendo sus pasos.

—No digo disparates. Es la verdad.

—Los árboles que tapan la vista del hospital no se pueden hacer transparentes. ¿Cómo vamos a poder ver desde aquí a Ineko dentro del edificio?

—Últimamente me da miedo la idea de no poder ver algo que existe a nuestro alrededor.

—Eso no tiene nada que ver con la ceguera de cuerpo, en la que uno deja de ver a la persona que tiene delante.

—Sí, pero ¿acaso puede usted estar segura de qué hace Ineko en estos momentos o qué aspecto tiene ahora que no la vemos? Quisiera volver al hospital.

—Si usted vuelve ahora al hospital, Ineko pensará que su estado ha empeorado significativamente.

—Será solo un instante. También quiero comprobar con mis propios ojos la existencia de ese árbol grande que derrama lágrimas —dijo Kuno inquieto—. ¿Ve usted? Hasta nuestras sombras nos acompañan mientras caminamos juntos. Yo… no me quiero separar de Ineko.

La madre miró las sombras a sus pies. Eran largas, propias de una tarde de invierno, y anunciaban un anochecer inminente. Se prolongaban hasta el borde del río y ahí se doblaban adquiriendo una forma irregular. La madre aceleró sus pasos como queriendo evitar que las dos sombras se solaparan.

Más abajo había un puente que llevaba a la estación de tren, pero visto desde ahí también podía dar la impresión de que conducía al mar. El océano asomaba por debajo del puente. El río se metía en él sin nunca dejar de ser un hilo estrecho, y uno se daba cuenta de que era la desembocadura solo porque la ribera perdía altura. Tanto el mar como el cielo estaban calmos.

Se oyó una campanada.

—¡La campana! Son las campanadas de Ineko —dijo Kuno.

—Las campanadas de Ineko —repitió la madre consultando la hora en su reloj de muñeca—. Son las tres. Es verdad que el médico dijo que dejaría a Ineko tocar las campanadas de las tres.

Los dos se dieron la vuelta para mirar hacia la colina, luego al cielo. Parecía que la campanada salía del cielo y se perdía ahí mismo. La campana no debía de ser muy grande tratándose de un templo de provincias, pero sin duda debía de ser muy vieja. No era un sonido duro, sino seco, y arrastraba un eco pesaroso. La reverberación permaneció en los corazones de los dos incluso después de que se hubiera esfumado en el aire. El pueblo estaba en silencio. También el río y el mar estaban en silencio.

—Está todo tan quieto que es como si se hubiera detenido el tiempo —le dijo Kuno a la madre de Ineko—. ¿No será que el flujo del tiempo se detiene entre campanada y campanada para esperarnos?

Sonó la segunda campanada.

—Seguro que esta vez la ha tocado Ineko sola. Estoy seguro de ello —continuó Kuno—. El toque me ha parecido algo más suave que el primero, ¿no le parece? —La madre asintió, concentrada en captar el sonido de la campana—. El médico dijo que una enfermera

acompaña a quienes la tocan; es posible que alguien haya ayudado a Ineko con la primera campanada. Es en la segunda cuando le habrá dicho: «Y ahora inténtelo usted, señorita».

—Habla usted como si lo estuviera viendo —sonrió la madre.

—Puede que incluso Ineko le haya pedido tocarla sola. Sí, eso es —dijo Kuno elevando la voz—. Madre, tendríamos que haberle echado un vistazo al campanario del templo. Así nos podríamos imaginar mejor a Ineko dando las campanadas.

—No recuerdo dónde fue, pero alguna vez Ineko dio una campanada en un templo —exclamó la madre con los ojos mirando al pasado—. Ya me acuerdo. Fue en el templo Miidera, durante una excursión a Kioto. Nos acercamos al lago Biwa y visitamos las ocho principales atracciones de los alrededores. Habrá usted oído hablar de las campanadas nocturnas de Miidera. Allí cobran a los viajeros por tocar la campana. Tratándose de un templo de ese calibre, su campana era grande y antigua, lógicamente.

—¿Cuándo ocurrió eso? ¿Qué edad tenía Ineko?

—Ineko tendría unos doce años. Sí, eso es, acababa de pasar a la enseñanza media.

—¿Fueron en primavera, para celebrar el comienzo de curso?

—Era invierno. Me acuerdo perfectamente. Comimos una cazuela de oca en un zashiki[3] de una casa de comidas que parecía flotar sobre el lago. Era fin de año. Ineko estuvo hablando de aquel lugar hasta bastante tiempo después del viaje; seguramente le debió de impactar el paisaje del lago de invierno que veíamos desde allí. El cielo estaba cubierto de unas nubes bajas que casi alcanzaban la superficie del agua. Hacía tanto frío en el lago Biwa como en Kioto.

—Ineko debía de ser muy tierna con doce años.

—Una niña.

—Madre, si usted me hubiera permitido conocer a Ineko a esa edad, ella se habría encariñado conmigo, me habría seguido sin ningún miedo, y seguramente nunca habría tenido ceguera de cuerpo.

—No diga usted tonterías. Piénselo bien. Esa edad… Ineko a esa edad. —La madre hablaba mirando a Kuno fijamente, pero

detuvo sus palabras al oír la tercera campanada.

—También esta la ha dado Ineko, ella sola —dijo Kuno.

—¿Cuántas tendrá pensado tocar? —susurró la madre.

—Supongo que no hay límite en la cantidad de veces que se puede tocar. Son locos, al fin y al cabo —aseveró Kuno.

—Pero no va a tocarla eternamente.

—Tengo la sensación de que la va a seguir tocando mientras nosotros continuemos caminando por este sendero a orillas del río y podamos oírla, como una especie de despedida.

—Pobre, terminaría agotada.

—Si empieza a cansarse, entonces advertiremos ese cansancio en su campanada. Ya dijo el médico que el hecho de tocar la campana es terapéutico, que a través de su sonido se puede deducir el estado en el que se encuentran los pacientes.

—No nos aseguró que fuera así. Sugirió que quizá pudiera serlo.

Se oyó otra campanada. La campana sonaba a intervalos irregulares, unas veces con más fuerza, otras veces con menos, prueba de que quien la tocaba era un novato. Quizá Kuno no había errado en su juicio: era muy posible que Ineko estuviera dando las campanadas ella sola, con una enfermera a su lado supervisándola.

—Madre. —A Kuno se le entrecortó la voz—. Ineko va a llorar tocando la campana. Creo que se echará a llorar. Es lógico, después de todo.

—Señor Kuno, ¿no acaba de decir usted mismo que es terapéutico? Puede que esa niebla, esas manchas que le nublan la cabeza a Ineko, se vayan disipando poco a poco con cada campanada, absorbidas por el sonido hasta desaparecer en el cielo.

—El sonido de la campana que tocan los pacientes es la voz de sus sentimientos, ¿verdad? La campana suena muy distinto dependiendo de quién la toque.

—Nosotros notamos la diferencia porque somos sus familiares.

—Madre, ¿y si volvemos al hospital antes de que terminen las campanadas? —sugirió Kuno—. Será demasiado tarde si vamos una vez que Ineko haya quedado exhausta de tanto tocar. ¡Qué grande sería tanto su tristeza como la nuestra! Sin duda, las campanadas de

despedida son en realidad su voz pidiéndonos que volvamos. Me temo que si no regresamos ahora a su lado Ineko continuará tocando la campana hasta perder el conocimiento. Mire, ha vuelto a sonar, ¿la ha oído? Ineko nos está llamando.

—Señor Kuno, el hospital dijo que Ineko estaría acompañada de una enfermera. Recuperemos la calma nosotros también —dijo la madre conteniendo a Kuno—. Como madre le agradezco mucho sus palabras, pero me preocupa lo que pueda suceder si permito que alguien como usted permanezca junto a Ineko o, incluso, se case con ella.

—Le prometo que recuperaré toda la calma si usted me permite tomarla como esposa. Además, ocurra lo que ocurra, siempre será mejor para Ineko casarse conmigo que estar en un manicomio.

La madre bajó la vista y dio cuatro o cinco pasos.

—Lamento tener que hablar así, pero supongamos…

—¿Supongamos?

—Dejémoslo.

—No.

—Supongamos que usted está… íntimamente abrazado a Ineko… y ella deja de ver su cuerpo, el de usted, mientras la abraza… ¿No le importaría? ¿Que ella no pudiera verle ni la cara, ni las manos, ni nada?

—No me importa.

—¿No cree que Ineko se volvería aún más loca? A mí me resulta terrorífico. Claro que ella nunca tendría la fuerza suficiente como para matarlo a usted…

—Ya hemos tenido momentos así —dijo Kuno—. En tales momentos ella mantiene los ojos cerrados. Ni ve ni deja de ver. No es ningún problema, al fin y al cabo, las mujeres siempre cierran los ojos en esos momentos.

—Qué tontería —exclamó la madre, sonrojándose como si ella misma fuera Ineko. Pero el rubor duró apenas un instante—. Señor Kuno. Hace un momento dijo usted otra insensatez, un sinsentido. Dijo que le hubiera gustado conocer a Ineko cuando de niña tocó la campana de Miidera.

—¿Por qué es una insensatez?

—Piénselo bien. Cuando Ineko tenía doce años, ella ni lo había visto nunca ni había oído hablar de usted. Tampoco usted era consciente de que existiera una niña llamada Ineko. Es decir, por seguir su razonamiento, es como si no hubieran existido el uno para el otro.

—Ciertamente, es extraño. Porque tanto ella como yo existíamos.

—Hasta que se conocieron. Tampoco es tan raro, teniendo en cuenta que es imposible que lleguemos a conocer a todos nuestros coetáneos.

—Pero si iba a terminar por conocer a Ineko de todos modos, me pregunto por qué no me encontré con ella antes. Eso sí que no tiene sentido, en mi opinión.

—Pero qué cosas dice. Mire, le voy a poner un ejemplo absurdo. Pongamos que Ineko y usted se casan un día y tienen un hijo, y entonces usted le dice a ese hijo: «¿Por qué no llegaste al mundo hace cinco, seis años, si ibas a acabar naciendo de todas formas como fruto de mi unión con Ineko?». Es algo parecido.

—No estoy de acuerdo. Un bebé realmente no existe antes de nacer. Sin embargo, cuando Ineko era niña, tanto ella como yo existíamos, solo que no éramos conscientes de nuestra mutua existencia. Es, sin duda, algo extraño.

—Pero, bien pensado, si usted hubiera conocido a Ineko desde niña, quizá no habría terminado por enamorarse de ella.

—Usted dice eso porque tiene un corazón superficial.

—¿Un corazón superficial? —repitió la madre sorprendida por las palabras de Kuno, pese a lo cual siguió hablando—. Las personas se encuentran en el momento en el que se tienen que encontrar.

Mientras hablaban, la campana continuó sonando.

—Madre —volvió a decir Kuno—. ¿Cree usted que mientras Ineko da las campanadas en estos momentos estará recordando aquella vez que tocó la campana de Miidera siendo niña? Yo creo que sí, que lo estará recordando. Pobre…

—Claro, es verdad, quizá esté recordando el templo Miidera —

dijo la madre, dejándose persuadir—. Estoy segura de que se acuerda perfectamente. Era muy inusual que pudiéramos viajar los tres en familia… Su padre estaba vivo todavía, fue él quien nos llevó. Recuerdo que si atravesabas el pabellón de la campana y salías al mirador, podías ver el lago Biwa y los pueblos de alrededor. El cielo era de invierno.

—Padre falleció no al año siguiente, ni al siguiente, sino al siguiente, ¿no es así? —preguntó Kuno conociendo ya la respuesta.

—Así es. ¿Se lo contó Ineko?

—Sí, me lo contó.

—El padre de Ineko cayó al mar desde un precipicio y murió delante de ella. —Kuno asintió—. Desde entonces, cada vez que ve un caballo se pone pálida y se echa a temblar.

Aquello había ocurrido en la costa occidental de Izu. Por ese camino todavía no circulaban ni los autobuses normales ni los turísticos. Ineko y su padre viajaban a caballo.

El padre de Ineko era un exoficial del ejército de tierra y tenía una prótesis que le cubría la pierna desde la cadera hasta el pie. Había perdido la pierna derecha después de resultar gravemente herido durante la guerra contra Estados Unidos en Filipinas. Para cuando Japón declaró su rendición incondicional, él ya vivía en Kagoshima. Al no ser ningún shōgun[4], a un cojo como él no le habría quedado más remedio que retirarse, pero el ejército japonés andaba necesitado de efectivos y él tenía experiencia luchando contra las guerrillas en las montañas de China y Filipinas, por lo que continuó en activo. El plan era que él comandara las fuerzas armadas japonesas y también una facción de las milicias civiles en caso de desembarco estadounidense en Kyūshū. Así pues, el padre de Ineko recorrió a caballo las montañas y praderas de Kyūshū para explorar el terreno y, pese a estar cabalgando con una pierna de mentira, no hizo ningún esfuerzo por evitar barrancos peligrosos o caminos que no eran caminos. Hasta ese punto dominaba el arte de la equitación.

El día de la rendición, el 8 de agosto, Kizak abandonó a sus tropas y desapareció a lomos de su amado caballo. Fue un acto más bien irresponsable tratándose de un oficial superior del ejército. Al parecer, galopó hasta uno de sus escondites en las profundidades de las montañas que tan bien conocía y trató de suicidarse en secreto. Sin embargo, a los cinco días regresó con sus tropas. Tanto él como su caballo se veían muy desmejorados y a él le había crecido la barba. Por entonces, Ineko tenía tres años.

Dos años después, Kizaki aceptó a regañadientes un trabajo como instructor en un club de equitación de Tokio que un amigo le había conseguido después de mover algunos hilos por detrás. Puede que, en medio de la agonía, la miseria y la confusión que había traído la derrota, y teniendo en cuenta que muchos caballos habían perecido durante la guerra y apenas quedaban unos pocos, la existencia de un club de equitación fuera, más que un lujo extravagante, algo, cuando menos, inmoral. Sin embargo, se trataba en realidad de un lugar en el que los descendientes de los nobles y magnates de la preguerra, cuya posición social y fortuna estaban menguando por momentos, daban vía libre a sus quejas, a su desesperación y a sus deseos de escapar. Al mismo tiempo, también era un lugar en el que aquellos que se estaban lucrando con la derrota, oportunistas y nuevos ricos que se amoldaban al ejército de ocupación y lo agasajaban, hacían alarde de su recién adquirido poder. Era este tipo de japoneses los que en ocasiones invitaban a alguna familia americana a visitar el club o a montar a caballo.

Había una tal señora Kitao, viuda de un militar caído en la guerra, que dominaba la lengua americana[5] y hacía de puente entre los japoneses y el ejército de ocupación. Se codeaba con todos esos extranjeros y entraba y salía del club hípico a su antojo. Se empezó a decir que tan vulgar viuda era la amante de Kizaki, hasta que el rumor llegó a oídos de su esposa. La esposa de Kizaki no se creyó ni una palabra de lo que se rumoreaba, sin embargo decidió llevar a Ineko al club como precaución, acaso para tantear el terreno. Lejos de negarse, su esposo lo aceptó con gran entusiasmo. Por su parte, Ineko, con su intuición de niña de cinco años, odió a la viuda Kitao

al instante y se dio cuenta de que su padre sentía un repudio similar. En tanto que oficial retirado del ejército, la herida de la derrota continuaba sangrando en él, y el dolor físico que le producía la prótesis en su pierna derecha era precisamente una manifestación de su estado anímico (o tal vez fuera, quién sabe, su consuelo). De modo que no estaba en situación de fijarse en mujeres como esas. Era la viuda quien quizá se acercaba demasiado a él durante las lecciones de equitación.

La pequeña Ineko aprendió a montar a caballo pegada a la barriga de su padre mientras él la sujetaba con uno de sus brazos. Con el tiempo se aficionó a la equitación, y un buen día empezó a montar sola. Como era la única niña pequeña en el lugar, creció siendo la mascota del club, mimada por todos. Para Kizaki, su única hija era, más que un tesoro preciado, la fuente de su vida, y nada le gustaba más que verla cabalgar. Se la llevaba a todas partes, no solo al club, sino también a excursiones a caballo por el campo. Ineko era feliz. Admiraba tanto a su padre como él se sentía orgulloso de ella. Sin embargo, Kizaki no soportaba perder, y el hecho de tener una pierna de mentira le llevaba a practicar maniobras particularmente peligrosas, tanto en el establo como en el campo. Para Ineko aquello no era osadía, sino prueba de que su padre era un jinete extraordinario.

—Me he arrepentido toda mi vida; tanto que pensé que se me iba a congelar la sangre. Todavía hoy siento remordimientos —continuó hablando la madre de Ineko—. Yo maté a Kizaki con mis celos de mujer y mi desconfianza. Si no hubiera decidido llevar a la pequeña Ineko ese día al club hípico, ella no habría aprendido a montar a caballo ni habría hecho aquel viaje con su padre más adelante.

—¿Cómo? —preguntó Kuno, sin saber qué responder.

—¿No cree que tengo razón? —dijo, casi reprendiéndose a sí misma—. Cuando ocurrió aquello yo pensé en el… suicidio por contagio no es, ¿cómo se llama? ¿Suicidio consecutivo? Yo me

quería morir. Si no fuera por Ineko, lo habría hecho. En parte, para redimir mis errores.

—Pero… espere un momento.

—¿Cómo dice?

—¿Está usted sugiriendo que si usted no llega a sentir lo que sintió, y si no hubiera permitido que Ineko aprendiera a montar a caballo, el accidente de su esposo no habría tenido lugar?

—Así es.

—No tiene sentido.

—Tiene todo el sentido.

—Quiero decir… la forma en la que usted me ha hablado ahora, y la forma en que yo le hablé hace unos momentos… Es como si nos hubiéramos intercambiado —dijo Kuno pensativo—. ¿Será que las personas tendemos todas a pensar de la misma manera en situaciones de crisis?

—No sé… —respondió la madre de Ineko, sorprendida por la pregunta de Kuno—. Eso no lo sé, pero que yo haya querido morirme después del accidente de Kizaki no es lo mismo que el hecho de que usted se quiera casar con Ineko a pesar de que esté loca. ¡Pobre de Ineko si fuera lo mismo!

—Se equivoca. Yo no me quiero casar con Ineko porque ella tenga ceguera de cuerpo, sino porque ya me había comprometido a ello antes y su enfermedad no va a cambiar mi parecer.

—Eso no deja de ser compasión y lástima.

—Puede que haya algo de eso. Pero es algo que no vamos a volver a mencionar ni usted ni yo.

—Disculpe.

—No es un error pensar que la compasión ha intensificado mis sentimientos, pero también es cierto que tengo la determinación de perseverar y sanar a Ineko.

—Lo entiendo muy bien. —Al oír tan sincera respuesta, Kuno miró a la madre de Ineko.

—Madre, ¿usted le ha contado alguna vez a Ineko que considera que fueron sus celos los que causaron la muerte de su padre?

—Ella se me adelantó responsabilizándose a sí misma. Se

fustigó una y otra vez, diciendo: «Ha sido mi culpa, soy yo quien lo ha provocado todo, yo he matado a mi padre». Es natural. Al fin y al cabo, el accidente ocurrió delante de ella. Los dos iban cabalgando uno junto al otro y de repente su padre se cae por un precipicio. Y, para colmo, todo esto ocurrió cuando Ineko estaba en su edad más inocente. Es normal que haya perdido la cabeza.

—Entiendo…

—Entonces, para calmarla un poco, para intentar suavizar un poco su corazón, le confesé lo de mis celos absurdos. —Mientras caminaba por el sendero estrecho, las piernas de la madre, hasta ahora tensas, parecieron tambalearse hacia la hierba que crecía al borde del río. Kuno presionó ligeramente el hombro de la madre para sostenerla—. Yo, llevada por el impulso, terminé por decirle: «Ineko, recuérdalo bien, una mujer nunca debe sentir celos, nunca debe desconfiar de un hombre». Eso le dije. Ella estaba en pleno duelo, llorando todo el día la muerte de su padre, pero fíjese que en ese momento detuvo su llanto y se me quedó mirando sorprendida —dijo la madre entornando los ojos como si le dolieran—. Como es algo que le dije en ese momento tan específico y en esas circunstancias, estoy segura de que se le habrá quedado grabado para siempre. Cuando ella se cure y se case con usted, dé por hecho que nunca sentirá celos. Nunca desconfiará de usted, señor Kuno.

—Eso sería terrible.

—Así es. Yo me di cuenta después de que le había dicho algo terrible, pero ya no podía retroceder. Es irreversible, no hay forma de borrarlo de su memoria.

—Que Ineko nunca sienta celos, que nunca desconfíe de mí… —Kuno soltó una carcajada desorbitada. Era una risa alegre que trataba de fingir humor, como si las palabras de la madre hubieran consistido en una broma—. Le aseguro que Ineko sí se pone celosa. Es muy tierna cuando tiene celos. Mire usted, por ejemplo, sabe que algunos cigarrillos se ponen muy duros, ¿verdad? Cuando están así, hay que ablandarlos primero con la palma de la mano antes de encenderlos. Una vez, ella me vio masajear uno de esos cigarrillos y enseguida prendió una cerilla para mí. Lo mejor de todo es que lo

admite. «En los bares siempre hay chicas que te encienden el cigarrillo, ¿no? ¿Estabas pensando en ellas?».

—Vaya historia —dijo la madre entre dientes, claramente despectiva.

—Otro día le conté que en el último año de universidad había aprobado los exámenes finales de dos asignaturas gracias a que una estudiante me prestó sus trabajos y que, durante la fiesta de graduación, había bailado con ella. Entonces Ineko me interrogó: quería saber si la muchacha llevaba kimono o vestido, si el vestido estaba abierto por la espalda, porque si era así significaba que yo se la había tocado mientras bailaba con ella, etcétera. Me quedé pasmado ante lo detalladas que son las observaciones que hacen las mujeres jóvenes. También me preguntó si su letra me había parecido bonita cuando leí su trabajo académico. «Yo también quiero aprender a escribir bien con bolígrafo», me dijo Ineko. ¿No le parece a usted de lo más tierno?

—Señor Kuno, está usted eludiendo el tema. Si lo que intenta es confundirme con sus cuentos de hadas, sepa usted que no lo va a lograr —advirtió la madre—. No pensará realmente que esas reacciones tan insignificantes son celos de verdad, ¿no?

—…

—¿Lo piensa de verdad?

—Sin embargo…

—¿Cómo que «sin embargo»? Ni a Ineko ni a mí nos gusta esa expresión. A ella le habla sin «sin embargos», hágame el favor.

—Sin embargo, ¿no cree usted que es parte de la naturaleza humana utilizar las palabras «sin embargo» como expresión directa de una idea contraria o diferente que nos rescata cuando nuestras dudas han llegado a un callejón sin salida, despejando así una nueva vía? Yo no quiero habitar un mundo en el que no hay «sin embargos», ya sea el paraíso o el infierno.

—Pero… ¿a qué se refiere?

—Pongamos un ejemplo. Ineko empalidece y se echa a temblar cada vez que ve un caballo. Sin embargo, si quisiera, podría montar a caballo todavía hoy. Es algo que yo no sé hacer porque nunca lo he

aprendido. Sin embargo, si lo intentara, podría, de alguna forma, lograrlo. Seguramente a Ineko le aterrorizaría volver al precipicio en la costa de Izu por el que su padre se despeñó y murió. Sin embargo, mientras siga existiendo ese camino en Izu, mientras sigan existiendo los caballos, mientras Ineko y yo sigamos vivos, no podemos decir que ella y yo no vayamos a pasar nunca por ese camino juntos a caballo.

—¿A dónde quiere llegar? ¿Qué tiene que ver eso que dice con lo que estábamos hablando?

—Todo esto es el «sin embargo», o una parte de él.

—¿Ah, sí? —preguntó la madre—. ¿Está usted diciendo que quiere llevar a Ineko a ese precipicio y hacer el camino con ella a caballo para que ella pueda expurgar el dolor y la culpa y de esa manera sanar? Por lo visto hay neurólogos y psiquiatras que recomiendan ese tipo de terapias.

—No me sorprendería que fuera así. Sobre todo si Ineko y yo estuviéramos felizmente casados y fuéramos juntos a Izu a honrar el espíritu de su padre. Sin duda, sería toda una catarsis para ella —señaló Kuno con voz sosegada—. Y, si invocada por el espíritu de su difunto padre, la propia Ineko, o su caballo, se desplomara suavemente por ese precipicio, entonces yo también me lanzaría al vacío. Creo que la felicidad también consiste en eso.

—Ya basta, deje de decir cosas así. El padre de Ineko no se ha convertido en ningún espíritu vengativo como el que usted describe. En absoluto —espetó la madre con rotundidad—. Incluso si Ineko resbalara por el precipicio porque el suelo estuviera blando, el espíritu de su padre la sostendría, la mantendría suspendida en el vacío y la salvaría. Yo tengo esa firme convicción. Los muertos nos protegen a nosotros, los vivos. El padre de Ineko no está ni en una tumba ni en un altar[6], sino dentro de Ineko. Ahí está, sólido y nítido. También dentro de mí.

—Madre —interpeló Kuno—. ¿Y qué dice del hipotético viaje a caballo por Izu del que estábamos hablando hace unos momentos?

—Pueden recorrer Izu a caballo si lo desean, una vez se cure Ineko.

—Usted dijo hace unos momentos algo terrible acerca de Ineko. Dijo que ella nunca sentirá celos ni desconfiará de mí. Ahora estoy empezando a pensar que quizá la pobre haya perdido la cordura precisamente por haber intentado desesperadamente reprimir unos celos y una desconfianza que alguna vez yo le haya podido hacer sentir.

—¿Se refiere a esa anécdota infantil en la que ella le preguntó si el vestido de la joven universitaria dejaba la espalda al descubierto?

—No. Solo planteo la posibilidad de que alguna vez la haya podido herir profundamente sin que yo me haya dado cuenta de ello. Quizá la ceguera de cuerpo consista en eso, en negarse a ver una parte de uno mismo o una parte del ser al que se ama, una parte de la vida. Entonces es la herida más profunda en el corazón la que causa esa ceguera.

—Usted la comprende muy bien.

—¡Cómo no la voy a comprender! Es lo mínimo que puedo hacer —reconoció Kuno—. Pero yo me pregunto si realmente es preferible dejarla en el hospital con los ojos vendados y esperar a que se le quite la venda de forma natural, o si por el contrario no sería mejor casarla conmigo y abrirle los ojos a la fuerza. ¿Va usted a considerar esta opción con la seriedad que merece? ¿Acaso no está dispuesta a tomar ningún riesgo?

—Señor Kuno. Ya se lo dije antes. A mí me preocupa que, cuando estén Ineko y usted unidos físicamente, ella deje de ver su cuerpo. ¿Está seguro de que no le importará?

—En absoluto. Yo también le di mi respuesta antes. Aunque deje de verme, ella continuará palpando mi presencia con su tacto.

—No diga tonterías —musitó la madre, ruborizándose de nuevo —. ¿Por qué no piensa por una vez en el terror que sentirá Ineko cuando tal cosa suceda? ¿Acaso solo le importará la satisfacción personal de haber poseído a mi hija?

—Usted sí que dice tonterías —replicó Kuno mirando a la madre con un sentimiento parecido a la compasión—. ¿Qué barbaridad sería decir que eso es lo único que nos importa a los hombres?

—Muchos hombres se comportan así.

—¿Sí? Será porque no somos tan sensibles como las mujeres.

—La enfermedad no tiene nada que ver con la sensibilidad.

—¡Claro que sí! Estoy seguro de que usted piensa que la enfermedad de Ineko tiene todo que ver con la sensibilidad. Evidentemente, no soy ningún experto, pero ¿me va a decir usted que es una muestra de sensibilidad por su parte encerrar a una enferma sensible en un manicomio?

—Señor Kuno, entiéndalo, por favor —dijo la madre con rostro amargo—. Yo solo he seguido las recomendaciones del médico. A los enfermos hay que dejárselos a los médicos.

—¿A los médicos? ¿Qué sabrán los médicos de los dolores del alma?

—El Hospital Ikuta es un buen lugar, ¿no le parece? Es cálido y tranquilo.

Kuno se dio la vuelta para mirar una vez más los árboles en la colina detrás de los cuales se escondía el hospital.

—Siguen sonando las campanadas de Ineko. Es curioso, aunque sean los locos quienes tocan la campana, la reverberación del sonido no expresa ni un ápice esa locura. Atraviesa el cielo del pueblo y fluye hacia el mar. Definitivamente nos está despidiendo.

—La Ineko que está tocando la campana en estos momentos no es la Ineko que está loca, señor Kuno.

—Cierto. Aun así, me pregunto hasta cuándo la seguirá tocando. No sé si es la enfermera quien se la hace tocar o si es ella misma que no puede parar, pero si continúa así, me temo que llegará un momento en el que dejará de ver la campana. Ya sabe, por su enfermedad.

—Una campana no es un cuerpo.

—Claro —asintió Kuno, y continuó en susurros como si hablara solo—. La campana no es una persona. El caballo de su padre tampoco era una persona. Pero si la campana y el caballo quedan unidos a una persona por circunstancias anormales, entonces también se convierten en una persona. ¿No es así, madre?

—Por favor, no hable más del caballo.

—Sin embargo, es posible que el fatalismo y las teorías de causa y efecto que tanto les han hecho sufrir a Ineko y a usted sean erróneos. A veces uno piensa las cosas demasiado… Esa es la impresión que me he llevado al escucharla hablar. Según usted, si no hubiera llevado a la pequeña Ineko al club hípico motivada por sus celos y su desconfianza, ella nunca habría aprendido a montar a caballo. Si ella no hubiera aprendido a montar a caballo, nunca se habría ido con su padre de excursión equina por Izu. Si ninguno de los dos hubiera ido a esa excursión, el accidente de padre nunca habría tenido lugar. ¿Es así?

—Sí.

—¡Pero qué arrogante es su fatalismo! Su relación de causa y efecto, su idea del destino, es tremendamente presuntuosa. Digamos que es la petulancia de quien sobreestima sus capacidades.

—¡Cómo se atreve!

—Si seguimos esa misma lógica, entonces lo que causó el accidente fue el hecho de que usted hubiera nacido en la misma época que su marido, o que los dos se hubieran conocido, que se hubieran casado y hubieran tenido a una hija llamada Ineko. Todos esos hechos causaron el accidente de padre. De una forma indirecta, claro. Así de lejos podríamos llegar si rastreamos el origen de su remordimiento. Pero tal fatalismo no tiene ningún sentido. En realidad, ni siquiera podemos saber si tiene sentido o no. Digamos que, en este caso concreto, su sufrimiento no tiene sentido. Rebuscar en el pasado el origen de su culpa es algo que no tiene fin. El bucle no se va a detener en ningún momento, va a continuar más allá de usted, en sus propios padres por haberla tenido, y en los padres de sus padres, y en los padres de los padres de sus padres. Al final, terminaría siendo culpa de la humanidad entera.

—¿Me está usted ridiculizando? ¿O acaso es así como intenta consolarme? —cuestionó la madre de Ineko tratando de resistir la perorata de Kuno.

—No sé si estoy logrando consolarla, pero en todo caso no es mi intención hacerla sufrir —dijo Kuno—. Todo esto forma parte del «sin embargo» del que hablábamos hace unos momentos. Solo

quiero mostrarle que las cosas se pueden ver desde ángulos muy distintos. Era solo una demostración. ¿Qué le parece si lo considera de la siguiente manera? Si Ineko no hubiera frecuentado el club hípico, si no hubiera aprendido a montar a caballo, si no hubiera habido ninguna excursión equina, tal vez su padre habría fallecido mucho antes de que ocurriera el accidente.

—¡Qué está diciendo!

—Usted misma dijo que, para él, Ineko era la fuente de su felicidad, de su alegría, y quizá de su vida misma. ¿Por qué no pensar que ella le prolongó la vida? Ni los dioses del destino podrían negarlo.

—Supongo que las cosas dependen de cómo se miren. —Aunque la madre de Kuno dejó caer tan manido dicho en un tono inexpresivo, sus ojos se iluminaron como si se hubiera abierto un claro imprevisto en un cielo nublado. Quizá Kuno tenía razón. Al menos era cierto que, para el padre de Ineko, el viaje a caballo con su hija había sido una fuente de felicidad. La pequeña Ineko no había sido la única en gozar de esa dicha.

—Las cosas dependen de cómo se miren… Vaya forma más pasiva y evasiva de responder —dijo Kuno—. No me gusta. Me irrita.

—Porque es usted joven todavía. —De nuevo, la madre recurrió a una frase obvia en un tono inexpresivo—. Pero, señor Kuno, las personas encontramos salvación precisamente en frases como esas —añadió, dando por hecho que Kuno no se había percatado de la luz que se había encendido en su corazón y que ella no pretendía ocultar.

—Cierto. La religión, la filosofía, la ética… supongo que todas ellas surgen porque «todo depende de cómo se mire». Es parte de la condición humana —afirmó Kuno—. Sin embargo, la forma en que usted lo ha dicho es engañosa, porque implica todo lo contrario: que como todo depende de cómo se mire, más vale no pensar en nada. Y considerar que pienso así por mi edad es el clásico trato displicente que tienen los mayores hacia los jóvenes. Razonamientos así no llegan a ninguna parte. En realidad, las cosas no dependen de cómo

se miren. El «todo depende de cómo se mire» se refiere más bien a la idea a la que se llega cuando ya no queda ninguna otra forma de pensar, ¿no le parece?

—¿Por qué tiene usted que reprenderme de esta manera? —Sin embargo, el rostro de la madre delataba un atisbo de sonrisa, señal, acaso, de que empezaba a remitir el dolor en su corazón—. Al oírle hablar he sentido que quizá haya salvación para Ineko y para mí, que realmente «las cosas dependen de cómo se miren». A menudo, cuando nos arremete una tragedia, sentimos que no nos queda más remedio que abandonarnos al camino hacia el que nos empuja el dolor, hacia el que nos arrastra el dolor. Entonces continuamos por ese camino con el pelo revuelto y sin siquiera mirar hacia los lados. Pero usted me ha hecho ver que, a veces, se puede tomar un desvío.

—Ya está usted otra vez con sus simplezas —dijo Kuno juicioso —. En ningún momento he querido sugerir que usted tenga que tomar un desvío. Mi «forma de mirar las cosas» no es tan falaz como la suya.

—Lo sé —asintió la madre de Ineko—. Y se lo agradezco. Pero el ser humano es un animal que encuentra formas artificiales de defenderse. Es un animal que se reafirma. Ningún otro animal tiene esa capacidad porque no ha desarrollado el lenguaje. Aunque quizá los animales no sean más que una sucesión de reafirmaciones, pero lo hacen por instinto, sin estar dotados de un lenguaje capaz de justificarlos. ¿No es eso hermoso?

—Usted sigue sin querer entender lo que he dicho. ¿Acaso piensa que aceptar la verdadera intención de mis palabras traicionaría su conciencia? Yo no he dicho lo que he dicho para que usted encuentre una forma de justificarse a sí misma. No me he limitado a darle la vuelta al destino y mostrarle el revés.

—Lo sé muy bien. Ya le he dicho que he encontrado mi salvación y la de Ineko en esa idea de que «las cosas dependen de cómo se miren».

Kuno dio dos o tres pasos más mientras observaba el rostro de la madre de Ineko casi con la intención de escudriñarla.

—Se han dejado de oír las campanadas de Ineko.

—Es verdad —dijo la madre girándose para mirar la colina sobre la que se situaba el Hospital Ikuta.

Kuno también se giró para mirar.

—Ineko ha parado de tocar la campana.

—¿Usted cree?

—Debe de haberse cansado.

—Tal vez haya sido la enfermera que la acompañaba quien le ha pedido que pare. Al fin y al cabo, es una molestia para la gente del pueblo que las campanadas de las tres duren tanto.

La colina que envolvía el hospital y el templo Jōkōji era una fronda de árboles perennes de hoja ancha y oscura, casi negruzca, más propia de latitudes cálidas. La vegetación era tan densa que parecía que ningún ser humano había pasado por ahí en miles de años. Tenía, incluso, aspecto de haber sido un antiguo túmulo imperial. No poseía la gravedad de una tumba, pero sí la misma quietud. También el cielo que cubría el bosque guardaba el color de los días cortos de invierno. Una bandada de seis o siete pájaros apareció desde el fondo de la arboleda, ascendió hacia el cielo en diagonal, de derecha a izquierda, y voló en dirección al pueblo. Qué cosa más extraña era que un pájaro se acercara volando sin cantar, pensó la madre, pero no se lo transmitió a Kuno.

Eran pasadas las tres de una tarde de invierno: el sol estaba a punto de ponerse. ¿Cómo afectaría la caída de la noche a los locos? ¿Empeoraría su locura? La madre de Ineko apenas acababa de dejar a su hija en el hospital. Aunque sin ningún motivo real, la angustia le hundió el pecho.

—Madre —interpeló Kuno—. Yo le dije lo mismo a Ineko hace tiempo, aunque de una forma más apasionada que cuando he hablado con usted. Le comenté que verla montar a caballo había sido para su padre una dicha, una alegría, el manantial de su vida.

—¿Y qué le respondió Ineko?

—Yo le dije que fue Ineko quien le dio la vida a un hombre derrotado por la guerra. Sin embargo, usted lo sabrá de sobra; llamar a su padre «derrotado» la hirió profundamente. Yo herí los sentimientos de Ineko.

—Conociéndola, no me cabe ninguna duda.

—Ella reaccionó con dureza. «Tú no has visto a mi padre caer por el precipicio», me reprochó. Pero precisamente porque se trataba del momento más doloroso de la vida de mi amada, aquella historia se me había quedado grabada en el corazón. Le dije que quizá mi empatía me haya capacitado para imaginar mejor que ella ese instante fatal ante el cual, sin duda, Ineko, demasiado petrificada por el terror, no pudo mantener los ojos abiertos. Pero ella continuó negándolo, no quería aceptar mis palabras.

La bandada de pájaros voló tan bajo hacia la margen del río que la madre de Ineko y Kuno pudieron oír el batir de las alas. Pero ninguno de los dos alzó la vista para mirar.

—Cuando ella me lo contó, a mí también me resultó extrañísimo que ella hubiera sido capaz de verlo todo con tanta nitidez; de hecho, me costó creerlo. Me pregunté si no habría sido una alucinación provocada por el terror —confesó la madre—. «Ineko, ¿no lo habrás soñado? ¿No habrá sido una pesadilla que continúa aterrorizándote? Quizá hayas confundido ese sueño con la realidad», le dije varias veces. Porque lo cierto es que Ineko perdió el conocimiento en cuanto Kizaki cayó por el precipicio.

Ineko se había desmayado a lomos de su caballo. Si no se cayó al suelo tras perder el conocimiento fue gracias a su instintivo dominio de la equitación: sus manos habían continuado aferradas a las riendas. Al parecer, de los dos caballos que iban galopando en paralelo, solo el de Ineko frenó, no porque ella le diera la orden, sino por él mismo. De no haberse desmayado, quizá también Ineko se habría tirado por el barranco para seguir los pasos de su padre.

Ineko no había llegado a ver el instante en el que el caballo del padre, que galopaba del lado del mar, trastabilló.

«¡Aaaah!». Para cuando pegó un grito, su padre y el caballo estaban ya cayendo precipicio abajo, él abrazado al cuello del animal mientras este se retorcía y sacudía las patas en el vacío. El acantilado era muy escarpado y tenía una superficie irregular, con pedazos grandes de roca saliendo aquí y allá, una de ellas de forma particularmente prominente. Ineko no oyó el ruido del impacto contra esa roca, pero le llegó en forma de un dolor que la atravesó entera, y fue en ese momento cuando el hombre se separó del caballo. El caballo cayó primero, panza arriba, con el cuello rígido y torcido apuntando hacia su barriga como una flecha. El padre, en cambio, cayó de lado, y en el instante mismo en que su cabeza se inclinó hacia abajo, Ineko supo que se le había desprendido la prótesis de la pierna. Se le debió de caer en el momento en el que chocó contra la roca, pero, más tarde, recordando lo acontecido, el hecho de que ella lo hubiera intuido en ese momento le pareció no solo extraño, sino escalofriante. La pierna izquierda se precipitó recta. Aunque aún dentro del pantalón de jinete, esa pierna había quedado ya escindida de la persona; era la muerte en sí misma.

Sobre el azul oscuro del mar se formó una corona de agua. El hombre se hundió, sin nunca salir a flote. El caballo agitó las patas tratando de nadar, pero pronto dejó de moverse. Ineko perdió el conocimiento.

Este es el relato que Ineko había narrado a su madre y a Kuno sobre el accidente mortal de su padre. A la madre le había parecido extraño que su hija hubiera sido testigo de tantos detalles, pero Ineko estaba convencida de haberlo presenciado todo. No supo explicar por qué el caballo había quedado flotando mientras que el cuerpo del padre se había hundido hasta desaparecer. En realidad, no era posible saber si realmente se había hundido o no. Quizá se había sumergido tras la caída y había salido a flote después, pero por entonces Ineko ya se había desmayado; era imposible que lo hubiera podido ver.

—Supongo que es natural que una muchacha pierda el

conocimiento durante un acontecimiento impactante, pero si fuera verdad que gracias a ello Ineko salvó su vida, entonces podríamos decir que quizá estaba predestinada a vivir, ¿no le parece? Que se desmayara en ese mismo instante… —dijo Kuno— sería lo que se llama protección divina.

—¿Protección divina? —preguntó la madre en tono acusatorio —. Es ese un término que parece salido de una lengua que antaño estuvo viva pero que hoy en día está muerta. Supongo que se refiere a los dioses, ¿no es así? No parece usted una persona que crea en los dioses.

—Llámelo destino entonces.

—¿Usted cree en eso que llaman destino?

—Crea o no, hay momentos en los que parece evidente que algo ha sido obra del destino. Sé que solo una persona ordinaria con un corazón superficial es capaz de no tomarse nunca en serio el destino, hasta que un buen día se topa con un hecho de suma importancia y se pregunta si, después de todo, no existirá tal cosa. Pero lo cierto es que, si Ineko no se hubiera desmayado, quizá no estaría ahora entre nosotros.

—Lo que fue una auténtica fatalidad fue que el padre de Ineko se precipitara por un barranco —dijo la madre bajando la mirada—. Suponiendo que Ineko no hubiera llegado a desmayarse, que hubiera entrado en pánico y que, en un arranque de enajenación, se hubiera lanzado por el acantilado con el caballo, ¿no sería eso también parte del destino de su padre, o tal vez una secuela?

—¿Qué está diciendo? —Kuno se exaltó con tal vehemencia que asustó a la madre de Ineko—. Yo no estoy hablando de quien ya está muerto. No estoy hablando de alguien que ya no existe en este mundo. Yo nunca he visto al padre de Ineko ni he hablado con él, ¿verdad? Si me ha parecido que la imagen de la pequeña Ineko a caballo le aportaba consuelo a su padre y que incluso era la fuente de su vida ha sido por usted y por Ineko, que están vivas. No ha sido por el padre muerto.

—Lo entiendo muy bien. Usted me ha hecho ver las cosas desde un punto de vista que yo nunca habría podido imaginar. Ya sabe,

eso de «las cosas dependen de cómo se miren». ¿No le he expresado ya mi profundo agradecimiento por ello?

—Eso es lo que no me gusta. Se lo volveré a repetir, pero yo no he pretendido mostrarle la realidad del revés, dándole la vuelta al destino de su esposo, para presentarle una alternativa. Mi intención no era abrir un claro de luz en la nube negra que las envuelve a usted y a Ineko —continuó Kuno—. Después de todo, el problema está en la actitud que tenemos con respecto a la muerte. Ocurre que, cuando alguien fallece, la tristeza y el duelo no son más que una máscara que oculta la culpa y los remordimientos que tienen los familiares y allegados con respecto a la muerte de esa persona. Los humanos no tenemos ningún poder sobre la muerte, sea esta natural o accidental. A excepción de los asesinos, claro, aunque incluso en tal caso, dado que matar no es parte de la naturaleza humana ni de nuestros instintos, podemos decir que un asesinato no es solo parte del destino enfermo de quien lo comete, sino también del destino desafortunado de la víctima. Pese a mi joven edad, he visto a unas cuantas personas cercanas morir, y quizá por eso he llegado a la conclusión de que hay algo arrogante en la forma en que los vivos lloran la muerte y la atan a ellos y la hacen suya. Por ejemplo, por mucho que amemos a una persona, si esta debe morir, morirá, y no podremos hacer nada por evitarlo. Sea obra de los dioses o del destino, ni la persona que va a morir ni sus seres queridos, por muy queridos que sean, pueden hacer nada al respecto. Quizá «destino» o «dioses» sean palabras que se inventaron los humanos primitivos para paliar el miedo y la curiosidad, pero una vez se creó la palabra empezaron a aparecer formas e historias que le dieron sentido. Como las distintas formas que han adoptado los dioses de la muerte, o los propios mitos, que en ningún caso se consideraron una fantasía, sino la realidad misma. A veces me da por imaginar qué pensaban del destino los humanos que vivieron en el pasado remoto, cuando no existían ni la palabra ni la escritura. Es casi una fantasía, puesto que no tengo ningún conocimiento sobre el tema. Sin embargo, supongo que no por ser eruditos ni por investigar el pasado podrán los expertos aprehender, desde el presente, el corazón

y la mente de los humanos que habitaron aquellos tiempos arcaicos. —Kuno continuó hablando—: Pero este es un debate superficial e inane, ¿verdad, madre? Yo solo quiero que usted e Ineko dejen de vivir a la sombra de la muerte de padre, que salgan hacia la luz de la vida. Usted habrá sido la esposa e Ineko habrá sido su hija, pero que él haya caído de un precipicio obedece solo y únicamente a su destino.

—No sé, señor Kuno. Ineko estaba ahí con su padre, en ese lugar. Y lo presenció todo con sus ojos. No hay forma de que ella pueda escapar de eso, ¿no cree?

—Puede que no, pero lo cierto es que su padre se precipitó por un barranco y murió, mientras que Ineko se desmayó y vivió —afirmó Kuno con rotundidad.

—¡Cómo se atreve a decir algo así!

—Ocurre todo el tiempo en los accidentes. Pondré unos ejemplos sencillos para que lo entienda. Dos soldados van juntos. Uno recibe un disparo y muere. En un accidente de coche, uno muere, y el que va en el asiento de al lado no sufre ni un rasguño. O pongamos un marido y una mujer que llevan cuarenta años juntos. El marido tiene cáncer y la mujer no, ni lo va a tener por mucho que ella desee padecer lo mismo que él.

—Eso no tiene nada que ver con lo que ocurrió. —La madre se rio un momento—. Para empezar, si Ineko hubiera prestado atención al suelo que pisaba el caballo de su padre, él no se habría caído por el precipicio. Eso es lo que lleva atormentándola tanto tiempo. La idea de que si no se hubiera desmayado se habría arrojado por el barranco para seguir a su padre fue, posiblemente, una reacción infantil del momento.

—Si Ineko se hubiera arrojado al vacío, yo nunca habría llegado a conocerla. No existiría ninguna Ineko en mi vida. —Kuno se quedó callado durante unos instantes—. Imagínese lo que habría sido para usted perderlos a los dos, a su marido y a su hija, en ese momento. ¿Qué sería de usted ahora?

—Por favor, se lo suplico, no hablemos más del accidente de Kizaki.

—Solo lo hago porque me parece que tanto Ineko como usted sufren demasiado por su muerte. Está bien sentir tristeza o añoranza, pero pienso que tener semejantes remordimientos, como si ustedes hubieran sido responsables, es incluso una ofensa contra los dioses del destino. Tengo la impresión de que las dos se han cerrado una puerta a la vida para recluirse en la oscuridad. Por eso le digo lo que le digo, aunque pueda resultar demasiado insistente.

—No, no importa, puede usted ser todo lo insistente que quiera. Al fin y al cabo, la herida que la muerte de su padre ha dejado en el corazón de Ineko es más profunda que la mía. —La madre hizo una pausa, acaso queriendo mirar a Kuno de frente, pero sin atreverse del todo—. Hace tiempo que quiero preguntarle algo, señor Kuno. ¿Usted cree que la ceguera de cuerpo de Ineko guarda relación con el hecho de que ella viera a su padre morir? ¿Cree que esa fue la causa? ¿Usted qué opina? ¿Ha notado algo? ¿Algo que nos pueda dar una pista? Quizá vio usted algo cuando Ineko le contó lo de su padre, o en cualquier otro momento…

—Déjeme pensar… —dijo Kuno ladeando la cabeza dubitativo, como si intentara contener la angustia en su rostro—. Yo creo que no, nunca he notado nada. En todo caso, no tengo nociones profundas de psicología.

—Yo, por mi parte, no creo que la enfermedad de Ineko haya sido causada por la muerte de su padre, ni lo quiero creer. Es algo que no quiero pensar siquiera. Si no fuera porque usted empezó a hablar de ello…

—No es cierto. Fue usted quien sacó el tema. Si yo participé en la conversación fue para liberar a Ineko y a usted de ese peso oscuro con el que cargan, y no porque quisiera específicamente hablar de la muerte de él.

—Sí, lo sé —respondió la madre con sinceridad—. Dejemos, pues, el tema.

—Claro. Puede que yo haya dicho algo que le haya hecho pensar a usted que la ceguera de cuerpo de Ineko tiene algo que ver con el accidente mortal de su padre. Pero yo opino que no. Quizá yo estaba intentando encontrar ahí una cura para la enfermedad de Ineko.

Qué extraño. Porque tengo la certeza de que la primera desgracia no causó la segunda y que las dos desgracias no guardan relación entre sí.

—Las personas tendemos a pensar que todas las desgracias de la gente están relacionadas.

—¿Usted cree? No opino igual —dijo Kuno—. Sin embargo, si usted de verdad cree que es así, entonces ingresar a Ineko en el manicomio ha sido un error. No hemos hecho más que añadir un bloque de desgracia sobre otro, hemos hilvanado una nueva piedra en el collar de la infelicidad.

—No sé. Yo pienso que Ineko tiene la fortuna de ser amada por una persona como usted, y también creo que ha sido una suerte para ella que exista un lugar como el Hospital Ikuta.

—No. Por muy bueno que sea el Hospital Ikuta, lo que yo quiero es recuperar a Ineko cuanto antes —espetó Kuno—. Por favor, regresemos al sanatorio mañana por la mañana. Pero para eso tendremos que pasar la noche aquí.

—Veo que le cuesta mucho desapegarse, más que a mí, que soy mujer y soy su madre —dijo la madre de Ineko—. No tengo inconveniente en pasar la noche aquí y visitar a Ineko por la mañana para ver cómo está. Pero usted sabía muy bien que la íbamos a ingresar en el hospital. No es cuestión de sacarla mañana mismo.

—Usted sabe muy bien que yo nunca he sido favorable a mandarla a un manicomio. ¡Cuántas veces le habré suplicado a usted que me deje casarme con ella!

—¿Con mi hija loca? ¿Con la Ineko que padece ceguera de cuerpo?

—¿Acaso una ceguera de cuerpo que se manifiesta solo de vez en cuando es realmente una enfermedad mental? —preguntó Kuno ruborizado—. Hay mujeres que dejan de ver el cuerpo de sus amados debido a una pasión extrema —balbuceó con esfuerzo—. Yo soy joven e inexperto, carezco de ese tipo de conocimiento y de experiencia, pero usted ha vivido toda una vida como mujer.

—Mi marido era militar. Era bruto e insensible. Puede que nunca en su vida se detuviera a pensar en la felicidad de una mujer,

como hace usted.

—Yo pienso que es algo que no tiene nada que ver con ser militar o no. ¿Y las señoras de su entorno? ¿Nunca le han contado nada así?

—Las señoras con las que me he relacionado eran todas muy comedidas, no se prestaban a confiarme ese tipo de… ¿secretos? Sí, supongo que son secretos. No tengo ninguna amiga que me pueda hacer esa clase de confidencias —dijo la madre—. Además, señor Kuno, no quiero que se llame usted a engaño, pero… la ceguera de cuerpo de Ineko no se ha manifestado únicamente con usted. Si le hubiera pasado únicamente con usted, no la habría llevado al hospital. A veces ocurren cosas extrañas en una pareja. A menudo se juntan dos personas sin ninguna anomalía y algo anormal acaba surgiendo entre los dos. No importa la naturaleza de esa anomalía mientras a ninguno de los dos le importe. Puede que en ocasiones se vuelva insoportable y desencadene un divorcio, pero yo creo que los secretos unen a las personas más que las desunen. No es el caso de Ineko. Su anomalía va más allá de eso.

Kuno no respondió. Se empezaba a sentir culpable por la enfermedad de Ineko.

—Tal y como ha sugerido usted, esta noche la pasaremos en Ikuta y mañana iremos al hospital. Supongo que habrá hostales por aquí.

—No hay pueblo que no tenga al menos un hostal. Al fin y al cabo, es un municipio con su propia estación de tren. Podrá soportar pasar una noche en algún hotel barato para comerciantes o incluso en una de esas pensiones sucias para viajeros, ¿verdad?

La madre de Ineko asintió.

—Sí, no se preocupe.

Seguramente encontrarían alojamiento cerca de la estación de tren, nada más cruzar el pequeño puente que conducía al centro del pueblo. La arena alrededor de la boca del río estaba ya teñida del color del atardecer de invierno. La bandada de pájaros mudos había desaparecido y una bruma roja difuminaba el horizonte marino, de un gris pálido, dejándolo sin una clara línea divisoria, como si el

cielo se hubiera derramado sobre el mar y el agua calma se hubiera hinchado hacia arriba. También el arroyo que se vertía en el mar como un hilo fino parecía apagado.

—¡Uy! —exclamó la madre de Ineko justo antes de cruzar el pequeño puente sobre el río. Se acababa de encontrar con un niño que era como un diente de león muy amarillo. Se giró para mirar. Kuno también se giró.

—Ese niño… ¿realmente era un ser humano? —susurró la madre.

—¿Cómo dice? —preguntó Kuno sorprendido.

—No me extrañaría que hubiera pequeños duendes en un pueblo como este. ¿Le vio bien la cara?

—¿Está usted de broma? Era un niño común y corriente, con uniforme escolar y zapatos. Muy arreglado, eso sí.

—Me gustaría robarlo y llevármelo conmigo —dijo la madre siguiendo al niño con la mirada hasta la parte alta del río—. Aunque supongo que eso sería un secuestro.

—Claro que sería un secuestro. Además, ¿de verdad cree que un niño de esa edad e inteligencia se dejaría secuestrar por usted?

—¿Y si lo adopto?

—Ese ya es otro tema. Una adopción no sería imposible, quizá pudiera lograrlo —respondió Kuno mirando a la madre con extrañeza—. No entiendo por qué de repente le ha dado por ahí, teniendo ya a Ineko. Usted puede vivir con nosotros cuando Ineko y yo estemos casados.

—Me he entristecido de repente. Creo que es ese niño el que ha sembrado la tristeza en mí. Debe de ser un duende del mar o de la montaña.

Aquello confundió a Kuno. No entendía lo que decía la madre, pero no quiso forzar ninguna discusión. Seguramente solo necesitaba descansar; a la mañana siguiente se levantaría más tranquila. Aquel niño… Todo en él era hermoso, las cejas dibujadas sobre sus ojos absorbentes, sus labios luminosos capaces de eliminar

los dolores y las penas de la vida con un solo roce, y su voz, sin duda, tan bella como una canción sagrada que se infiltra en el pecho.

Sin embargo, Kuno estaba intranquilo. Si la madre había quedado cautivada de esa manera era porque su tristeza y su soledad eran más grandes de lo que cualquier palabra podía expresar. Kuno se dio cuenta por primera vez de que había estado tan preocupado por Ineko que apenas había intentado ponerse en el lugar de la madre. O, al menos, pensar en Ineko no le había llevado en ningún momento a pensar en su madre.

—Me gusta creer que ese niño es un duende. Desde la antigüedad abundan los cuentos en los que las personas conviven con los elfos, pero hoy en día es una suerte extraordinaria poder toparse con uno. Usted lo ha visto, ¿verdad, señor Kuno?

—Claro que lo he visto. Era un niño en edad escolar, estará cursando los últimos años de primaria o los primeros de enseñanza media —dijo Kuno, sospechando que algo igual de raro ocurría en la cabeza de la madre que en la de Ineko—. Madre, yo no sabía que a usted le atraían los efebos —se burló a continuación.

—De eso nada. Nunca me han gustado ni los niños ni las niñas de esa edad —confesó la madre con una mueca de desagrado—. Para empezar, sus cuerpos huelen mal.

—Ese niño era todavía muy joven como para oler mal.

—No es eso. Es que ese niño es un duende. Ellos también tienen manos y pies, ¿sabe? Lo que me sorprende es que también usted lo haya visto. Yo estoy segura de que si lo viera Ineko se le curaría la enfermedad.

—Suponiendo que usted tenga razón, entonces quizá yo haya podido ver al niño porque tenemos a Ineko en común.

—¿No le pareció que ese niño no era de este mundo?

—Es la segunda vez que me lo pregunta. Era incontestablemente bello, pero no por ello menos humano. ¿Quiere que corra a por él y lo traiga?

La madre de Ineko negó con la cabeza.

—Quizá volvía de visitar a alguien en el Hospital Ikuta.

—Lo dudo —señaló Kuno mirando a la madre atónito—. El niño es de este pueblo. A veces en lugares de provincias como este surge algún niño o alguna niña de una gran belleza.

—¿Por qué será?

—¿Cómo lo voy a saber? Tal vez sea una consecuencia extraña de que la gente lleve generaciones viviendo aquí.

—¿Entonces no es un duende?

—No es un duende. Claro que si usted considera que un duende es eso, entonces quizá lo sea.

—Señor Kuno. Esto es un pueblo. Si voy al hostal y pregunto por un niño de esas características… —dijo la madre, queriendo insistir una vez más—. Probablemente los del hostal ladeen la cabeza y me digan que no conocen a nadie así.

—¿Y, por lo tanto, deduce que ese niño es un duende del mar o de la montaña? No se preocupe, la próxima vez que nos lo encontremos, yo lo atraparé para usted. No sé si se dejará capturar, pero en todo caso no estaríamos cometiendo ningún crimen, puesto que no es un niño humano, ¿no? Además, usted me acaba de alentar al decir que si Ineko lo viera se le curaría su enfermedad.

—Tenemos que encontrarlo antes de mañana.

—Imposible. No sabemos ni dónde vive.

—Cierto. Además, si ese niño es un duende, puede que solo usted y yo seamos capaces de verlo. Puede que ese niño nos haya querido mostrar solo a nosotros el aspecto élfico que esconde Ineko. Quisiera que mañana por la mañana fuéramos los tres, usted, el niño y yo, a visitarla al hospital.

—Le digo que eso va a ser imposible —repitió Kuno con cierta irritación—. Para empezar, ¿qué efecto beneficioso cree que puede tener ese niño sobre la enfermedad de Ineko?

—El entorno natural de Ikuta es ideal. Pero pienso que, por encima de los árboles y de la hierba, o del cielo y de la tierra, es el corazón de un duende, más fresco que el corazón más fresco, lo que puede resultar extrañamente eficaz contra la locura. Usted y yo ya conocemos a Ineko demasiado bien. En cambio, ese niño no sabe

nada de ella, por eso se me ocurrió que tal vez…

—Habla usted como si se tratara de un ángel o de una hechicera.

—Así es. Incluso en el mundo actual hay personas que se asemejan a un ángel y que saben arrancar las enfermedades mentales de un plumazo.

—Puede que tenga razón —dijo Kuno con amargura—. No deberíamos dejarlo todo en manos de los médicos. Hablémoslo esta noche en la posada. Y si considerarlo un milagro nos va a ayudar a imaginar cómo llevarlo a cabo, considerémoslo un milagro.

Los dos cruzaron el puente de una orilla a otra del arroyo. Era un puente sobre el agua, sin barandilla ni nada. A los lados crecía una hierba de un verde intenso, sin una mácula de polvo. La profundidad de ese verde, inusual para el mes de febrero, era muestra del aliento vital de Ikuta. También se veían dientes de león entre el matorral. Sus hojas se extendían a muy poca altura, como queriendo empujar a los hierbajos, y crecían grandes y robustas hacia los cuatro puntos cardinales. Pareciera que los dientes de león de esa zona crecían con especial vitalidad, tal era su tamaño. Algunos de los tallos estaban ya coronados por un capullo; en ocasiones había tres o cuatro en flor. Las flores también eran inusualmente grandes, de pétalos gruesos y un amarillo intenso.

—Si mal no recuerdo, las flores del diente de león se cierran al atardecer y se vuelven a abrir por la mañana, ¿no es así? —preguntó la madre de Ineko.

—¿Sí? —Kuno contempló las flores amarillas—. Lo desconozco, es la primera vez que oigo tal cosa. Últimamente ya no se ven dientes de león en Tokio, y en todo caso, aunque los haya, nunca me he detenido a mirar si se cierran al atardecer y se abren al amanecer.

—La gente no se fija en esas cosas. Al fin y al cabo, el diente de león es una flor insignificante que crece en la maleza. A nadie se le ocurre cultivarlo en su jardín o en una maceta. Pero ya sabe que yo soy de campo. No sé en qué momento lo descubrí o lo aprendí, pero de pronto me he acordado de que estas flores se cierran al atardecer y se abren al amanecer. Supongo que me ha venido a la mente, de una forma muy vaga, algo parecido a un recuerdo de mi niñez,

aunque tampoco estoy segura de que la flor de mis recuerdos fuera un diente de león.

—Hablando del tema, mire ese diente de león tan grande —señaló Kuno con el dedo—. Tengo la impresión de que los pétalos están algo más encogidos que antes, ¿no le parece? En cambio, durante el día las puntas de los pétalos están tan abiertas que incluso se tuercen un poco para fuera, expandiéndose.

—Sí —dijo la madre de Ineko casi en un susurro imperceptible.

—Será porque está a punto de caer la noche. También el cielo y el mar lo indican. La próxima vez que suene la campana del Hospital Ikuta serán las seis. Y para la siguiente serán las nueve. Eso no quiere decir que sea Ineko quien la vuelva a tocar. Sin embargo, es posible que a nosotros nos parezca que es ella quien está dando las campanadas.

—Claro, las campanadas.

—Seguramente estaremos ya cenando en el hostal cuando den las de las seis. Y a las nueve estaremos ya sobre nuestros colchones. No creo que haya mucho más que hacer en un pueblo como este. Aunque tampoco creo que nos vayamos a dormir tan pronto.

—No quiero oír más la campana de ese hospital —respondió la madre de Ineko pensativa.

—Tiene que estar usted muy fatigada después de haber traído a Ineko hasta aquí y haberla dejado en el sanatorio. Hágame el favor de descansar en cuanto lleguemos al hostal —dijo Kuno inspeccionando la tez de la madre.

—Me va a costar dormir.

El puente no tenía suficiente distancia como para que uno pudiera decir que lo había cruzado. La misma tierra que se esparcía sobre él continuaba más adelante en el camino rural que conducía al pueblo. Los dos se adentraron en el poblado sin que encontraran nada que les llamara la atención. La ruta era distinta a la que habían tomado para ir al hospital, pero no había duda de que se estaban dirigiendo hacia la estación de tren. Había casas de dos plantas con

tejados de paja. En una de ellas habían reformado el doma[7] de la primera planta y lo habían convertido en una tienda. Los productos de maquillaje y medicamentos cuidadosamente ordenados alegraban la vista: no era tan usual ver cajas y envoltorios con tanto colorido.

Mientras los dos se detenían a observar la tienda se percataron de que justo al lado había una posada. Era como si los colores del pequeño comercio se lo hubieran estado señalando. Los dos se miraron.

—Se llama Posada Ikuta. Supongo que será una de las más decentes del pueblo, aunque parece algo desvencijada —dijo Kuno. Si bien la madre de Ineko había aceptado sin rechistar la idea de pasar la noche en Ikuta, ahora se mostró vacilante, como si aún no se hubiera decidido a hacerlo. Pese a ello, siguió los pasos de Kuno y se adentró en el interior. Las dos habitaciones de ocho y seis tatamis[8] que les ofrecieron en la segunda planta no se encontraban tan maltrechas como lo estaba la entrada. El tatami olía a sake. Seguramente la gente del pueblo utilizaba estas salas para sus celebraciones.

Una sirvienta salió al pasillo y abrió unas cortinas blancas de tela vieja y amarilleada. Ahí estaba el mar. Era una playa estrecha con nada más que unos pocos pinos[9] saliendo de la arena. A diferencia de los árboles de la colina del Hospital Ikuta y de la hierba alrededor del arroyo, que pese a ser febrero lucían unos colores intensos más propios de las regiones tropicales, por alguna razón las *hojas de los* pinos de la playa parecían ralas y apagadas. Las sombras sobre la arena también se difuminaban borrosas e informes, y quizá por eso el mar resultaba algo miserable.

La sirvienta se marchó y la madre de Ineko se levantó para cerrar el shōji[10].

—No parece que tengan más huéspedes —dijo según volvió a tomar asiento.

—Quizá sea pronto. No ha anochecido aún.

—Gracias a usted vamos a pasar la noche en este lugar tan extraño.

—¿Me está usted culpando? ¡Lo estamos haciendo por Ineko!

—Me va a dar miedo estar aquí cuando el sol se ponga y caiga la noche.

—¿Está usted pensando en Ineko? —preguntó Kuno—. También en el Hospital Ikuta se pondrá el sol y caerá la noche. ¿Por qué no la llamamos por teléfono para ver cómo está?

—No lo haga, por favor —pidió la madre negando con la cabeza.

—Si prefiere no hablar con Ineko, quizá podamos al menos llamar al médico.

—Le pido que lo deje. —El rostro de la madre se tornó severo, pero Kuno no pudo entender por qué.

La sirvienta volvió a entrar, esta vez para encender el hibachi[11] y servir el té.

—¿Puede traernos la cena a las seis, por favor? —Le solicitó Kuno.

—Ya puede cerrar las persianas —dijo la madre.

—Aquí no hay persianas —respondió la sirvienta.

—¿Ah, no? ¿No hay más que la cortina y el cristal de la ventana?

—Así es. Las habitaciones de la planta de abajo son más viejas pero tienen persianas, si lo desean.

—No, no importa. Sin persianas entonces.

—¿Qué prefieren para calentarse, una bolsa de agua o un kotatsu[12]? —preguntó la sirvienta.

—Con una bolsa de agua tengo suficiente —respondió la madre.

—Me imagino que, por precario que sea este lugar, el kotatsu será eléctrico, ¿no? —se rio Kuno cuando la sirvienta salió de la habitación—. Pero yo no necesito ni bolsa de agua ni kotatsu ni nada de eso.

—Ineko siempre tiene los pies fríos —dijo la madre acordándose

de repente—. Quizá lo haya heredado de mí. Ella misma me dijo una vez, sorprendida: «¡Mamá, qué fríos tienes los pies!». Como es hija única y le tocó vivir la muerte desafortunada de su padre, dejé que durmiera conmigo hasta que se hizo mayor.

—¿Ah, sí?

—Había noches en las que mis pies estaban más fríos que los de ella, y otras veces los suyos estaban más fríos que los míos. No sé por qué. —Kuno se quedó callado. No sabía qué decir. La madre de Ineko empezaba a relajarse en presencia de Kuno y su vergüenza se iba disipando—. Una vez, mi difunto marido me dijo que prefería que las mujeres tuvieran las manos y los pies fríos al principio y que se fueran calentando poco a poco. Nunca entendí muy bien por qué lo dijo; quizá fuera porque su cuerpo tendía a calentarse mucho, como si de pronto tuviera una fiebre ardiente. En todo caso, yo siempre he sido friolera. Por supuesto, habrá hombres a los que les gusten las mujeres con cuerpos cálidos.

—Entiendo. —Kuno no supo darle una respuesta tan espontánea y natural como la madre, que a su mediana edad estaba hablando de estas cosas con aparente tranquilidad.

—Pero si mi cuerpo estaba frío o no es algo que no tiene ninguna importancia. Lo que me preocupaba era que el de Ineko lo estuviera por mi culpa. Eso sí, durmiendo conmigo se le iba calentando poco a poco.

—La sola idea de que una mujer tenga el cuerpo muy caliente me resulta repulsiva —dijo Kuno con las mejillas ligeramente sonrojadas.

—Pero ¿no es mejor que el pecho de la madre que amamanta a su bebé esté siempre caliente? —preguntó la madre de Ineko.

—Yo lo recuerdo caliente, aunque, claro está, ocurrió antes de que tuviera memoria, por lo que supongo que es un recuerdo inventado.

—Los bebés son algo cálido. Su temperatura corporal es siempre alta.

—Claro, cierto. —Kuno se expresaba de forma ambigua. Por supuesto, nunca había amamantado a ningún bebé, por lo que no

sabía realmente en qué consistía. Tampoco había tocado nunca a uno con el suficiente afecto como para acordarse de su temperatura corporal.

Sin embargo, sí sabía que Ineko tenía las manos y los pies siempre fríos. Quizá la aparente falta de pudor con la que la madre le había confesado su propia tendencia al enfriamiento y el desenfado con el que había hablado de la baja temperatura en las manos y los pies de Ineko ocultaban en realidad un intento por indagar algo. A Kuno se le tensó el pecho. Había accedido a llevar a Ineko al Hospital Ikuta precisamente porque confiaba en que la madre lo sabía ya todo sobre ellos como pareja y que todo estaba perdonado de antemano. Pero lo cierto era que, por muchas confidencias que Ineko le hiciera a su madre, por muchos detalles que le diera Kuno, los secretos que surgen entre un hombre y una mujer nunca llegan a ver la luz. No hay palabra que tenga la fuerza de penetrar tan hondo en el corazón.

La unión entre un hombre y una mujer es anterior al lenguaje. El lenguaje vino después y evolucionó hacia algo cada vez más sutil y sofisticado, pero las palabras no son más que palabras al fin y al cabo, y toda la riqueza y complejidad que pudo alcanzar el amor se perdió en la limitación del lenguaje, adaptando su forma a cada tiempo, dejándose embaucar por el encanto de una vanidad artificial. Así como el lenguaje es, al comienzo, el mejor aliado que puede tener el amor entre un hombre y una mujer, pronto se vuelve en su contra. Porque el amor adquiere una profundidad que el lenguaje no puede alcanzar. Las palabras de amor son meros estimulantes; quizá sea demasiado decir que son casi como una droga, pero en ningún caso fue la energía de la vida la que llevó al ser humano a inventarlas, por lo que tampoco puede de ellas nacer el aliento vital.

En el caso de Ineko, también su ceguera de cuerpo iba mucho más allá del lenguaje.

La sirvienta regresó con la cena un poco antes de las seis. El

pescado a la parrilla estaba frío, pero al menos la sopa de miso mantenía su calor.

La madre de Ineko no parecía tener apetito.

—El arroz está duro —señaló.

Kuno había solicitado la cena a las seis porque esa era la hora de las campanadas. Efectivamente, empezaron a sonar en ese momento.

—Madre, ¿cree usted que la que oímos es la misma campana que la que tocó Ineko a las tres? —preguntó Kuno con inquietud velada—. A mí me parece que suena totalmente distinta, incluso desde la primera campanada.

—¿A ver? —La madre posó los palillos con los que comía y escuchó con atención.

—Podrían ser las campanadas de las seis de cualquier otro templo —dijo Kuno.

—Eso es evidente —respondió la madre.

—Pero está llenando mi corazón de remordimientos —confesó Kuno. De repente parecía otra persona radicalmente distinta a la que había sido hasta ahora, como si se hubiera cubierto el rostro con una careta—. Madre, me pregunto si he estado equivocado. ¿Acaso he cometido un grave error con Ineko? Quizá haya estado tan perdido en el amor que no he logrado entenderlo bien, pero… esas campanadas están desinflando mi corazón y arrastrándolo hacia una oscuridad sin fondo. ¿Quién las estará dando? ¿Será algún loco poseído por el mal, o acaso un noble redentor? Déjeme escucharlas en silencio, quisiera saber cuántas veces van a sonar. Escuche usted también.

—Son solo unas campanadas ordinarias de un templo de montaña —dijo la madre, pero en lugar de escuchar se quedó examinando, desconfiada, la palidez de Kuno.

Lo observó sin que se notara que lo estaba escudriñando, por lo que tal vez Kuno no se diera cuenta de ello, convencido de que la madre estaba tan atenta como él al sonido de la campana, más aún

teniendo en cuenta que llevaba un buen rato callada. De pronto ella rompió el silencio y habló.

—Señor Kuno, usted mismo dijo que eran unas campanadas ordinarias de un templo cualquiera. ¿Qué le hizo cambiar de opinión a partir de la segunda o tercera campanada, que medido en tiempo real debieron de ser apenas unos diez o quince segundos? ¿Por qué de repente se convirtieron en un sonido tan terrorífico para usted?

—No es exactamente terrorífico —replicó Kuno como si se hablara a sí mismo—. Me siento como si de pronto hubiera despertado un sexto sentido en mí. He comprendido que ese sonido, ya venga de un loco poseído por el mal o de un noble redentor, me quiere arrastrar hacia una oscuridad sin fondo.

—¿Un loco poseído por el mal? ¿Un noble redentor? Usted me perdonará, pero no entiendo nada de lo que está diciendo.

—Déjeme escuchar en silencio. Se lo he pedido hace unos momentos.

La madre de Ineko asintió. Después de abrir y cerrar el shōji salió sola al pasillo, descorrió las cortinas envejecidas y manchadas y contempló el mar. El mar de las seis de una tarde de invierno no tenía nada que ofrecer. No se veían ni unas islas iluminadas ni un faro encendido, ni siquiera la luna. Una bruma fina difuminaba el horizonte, y en la playa apenas se podían distinguir las olas sombrías acechando la arena o los pinos que la bordeaban. Quizá tan insípido mar de atardecer era precisamente lo propio para un pueblo como Ikuta, tranquilo, silencioso y anticuado.

En contraste con la playa, donde no había nada que capturara la atención, en el cielo se veían, aunque disipadas, bastantes estrellas. El cielo del ocaso parecía clarearse por encima de la bruma. La madre de Ineko, quizá dejándose llevar por ese paisaje nocturno, sintió que las campanadas no atravesaban el mar, sino que ascendían hacia ese cielo brumoso y estrellado. No tenía duda de que el sonido provenía de una campana cualquiera. Lo que le dolía era pensar que había sido su hija Ineko, a la que acababa de dejar en el hospital

psiquiátrico, quien había dado las campanadas de las tres que precedieron a estas otras de las seis. La punzada en el corazón que sintió desde que oyó la primera campanada de las seis se intensificaba ahora que contemplaba sola el mar y el cielo de la noche. Casi le empezaba a parecer posible que no se tratara de un sonido ordinario, como si este se estuviera convirtiendo poco a poco en las torpes campanadas de Ineko. Una especie de alucinación auditiva, sin serlo del todo.

En ese caso, quizá era Kuno, que se había puesto a decir todas esas cosas extrañas al oír las campanadas, quien más profundamente amaba a Ineko. La madre regresó a la habitación y se sentó en silencio. Kuno la vio llegar pero no dijo nada; parecía estar aguardando a que pasara el intervalo entre campanada y campanada. Su rostro parecía menos tenso que cuando la madre salió de la habitación.

—Creo que han terminado las campanadas —dijo Kuno exhalando con alivio—. ¿Quién las habrá dado?

—Es imposible saber quién ha sido. Hay muchos pacientes en el hospital —respondió la madre viendo que Kuno estaba más sereno —. Ya no piensa que se trata de un loco poseído por el mal o un noble redentor, ¿verdad? —añadió con afán consolador.

—Se equivoca. —Kuno negó con la cabeza.

—Pero señor Kuno, piénselo bien. ¿Por qué habría un redentor en un manicomio? Lo que hay son médicos. En una cárcel habrá seguramente alguna especie de guía moral, pero esos pobres locos no están cumpliendo ninguna condena.

—La ley exonera de cualquier castigo a quien es declarado loco. Sin embargo, usted sabe muy bien que hay personas que enloquecen después de haber cometido un crimen, carcomidas por la culpa.

—Tengo entendido que en el Hospital Ikuta no admiten a ese tipo de locos.

—Puede que uno no haya cometido un crimen visible contra otra persona o contra el mundo, pero quizá el hecho mismo de

volverse loco sea en realidad el mayor de los crímenes.

—Dicho así, tal vez todos los crímenes humanos merezcan compasión. Por otra parte, todo el mundo tiene algo dentro susceptible de enloquecer en cualquier momento.

—Tengo la sensación de que la voz de la campana me ha transmitido algo muy profundo sobre el alma humana, o tal vez no necesariamente más profundo, sino algo que no entiendo —dijo Kuno—. Al margen de eso, ¿no cree que entre las terapias que manejan en un hospital psiquiátrico también hay bastante de orientación moral y de redención?

—Puede que sí, pero como usted mismo dice, es «al margen de eso».

—¿Cómo?

—¿Dónde ve usted al noble redentor?

—El redentor empieza por estar en uno mismo.

—Claro. ¿Y usted considera noble a su propio redentor?

—Sí, lo considero noble —respondió Kuno al instante, pero a continuación se quedó pensativo, atrapado en su respuesta—. ¡Qué cosa tan absurda y vulgar sería si nuestro propio redentor no nos pareciera noble! Sería incluso más ridículo que el remordimiento.

—Entiendo —asintió la madre de Ineko—. ¿Entonces no será que usted ha oído el sonido de la campana como si la estuviera tocando usted mismo?

—Si me permitieran tocarla a mí, probablemente la tocaría hasta reventarla. Sin orden ni concierto, peor que los que ya estaban locos desde antes, como si me estuviera enajenando por el hecho de tocarla. Todos vivimos conteniendo al loco que llevamos dentro, así que no veo ningún problema en liberarlo mientras toco la campana.

—Las campanas de los templos no están hechas de esa manera, no son como los instrumentos occidentales que se ven últimamente y que provocan sentimientos apasionados. Yo creo que en Japón nunca ha habido instrumentos así, ni siquiera los taiko[13] que se golpean en las fiestas. Las campanas de los templos de montaña están pensadas para calmar el espíritu.

—¿De qué manera dice que están hechas?

—Creo que está muy bien expresado en esa famosa frase que todo el mundo conoce de *Heike Monogatari*[14]*:* «El sonido de la campana del templo Guion Shōja reverbera una y otra vez la impermanencia del mundo». No se puede utilizar el palo de la campana para sacar sonidos tan apasionados.

Realmente Kuno no tenía nada que objetar. Sin embargo, dijo a continuación:

—No oigo en absoluto el eco de la impermanencia en estas campanadas.

—Pero en el Hospital Ikuta nos dijeron que quizá tocar la campana tenga un efecto terapéutico sobre los pacientes. Puede que al ser un tratamiento natural resulte incluso más eficaz que los sedantes y estabilizadores, ¿no le parece? Las campanas de los templos no son un instrumento de percusión.

—En el hospital nos dijeron que algunos médicos pueden deducir el estado anímico de los pacientes por el sonido de sus campanadas —recordó Kuno, no del todo tranquilo todavía—. Y también nos dijo el médico que el sonido de las campanadas de los pacientes es la voz con la que nos intentan transmitir algo, quizá un eco procedente de lo más profundo de su corazón, ¿no es así?

—Sí, así es.

—En ese momento, usted le dijo al médico que eso era algo triste, y el médico le respondió que no lo era, y le quitó importancia. ¿Lo recuerda usted?

—Claro, es algo que no se me olvidará nunca, ni siquiera cuando Ineko haya salido del hospital —dijo la madre—. Qué distintas, y cuánto más sosegadas fueron las campanadas que dimos en Miidera cuando Ineko era una niña. A partir de ahora me acordaré siempre de las palabras del médico cada vez que oiga la campana de algún templo en Japón.

—En ese caso, madre, las campanadas que acabamos de oír hace unos momentos también deben de ser la voz de los pacientes intentando transmitirnos algo, un eco procedente de lo más profundo de su corazón.

—Pero a mí no me pareció que fuera la voz de un redentor. Para

empezar, no hay ninguna figura redentora en ese hospital, y aunque, como dijo usted antes, algunos psiquiatras puedan ejercer una función similar, yo no veo que eso tenga nada que ver con las campanadas. No percibí ningún atisbo de arrepentimiento, remordimiento o angustia en ellas. Puede que en realidad sea difícil transmitir sentimientos a través de una campana, o puede que mi amor por Ineko no sea tan profundo como el suyo, señor Kuno.

—Son amores de distinta naturaleza.

—Pero si usted sintió que era su redentor interior, el suyo propio, quien tocaba la campana, eso es así, y yo no soy nadie para comentar nada al respecto.

—Yo no lo he sentido así porque me lo haya dictado mi corazón —dijo Kuno con vehemencia—. Sé con certeza que esa campana la estaba tocando un redentor, uno noble.

—¿No estará perdiendo la cabeza usted también, señor Kuno? Primero ve un ratón blanco inexistente a orillas del río y ahora habla de las campanadas de esa manera.

—No, en absoluto —negó Kuno.

—En todo caso, no hay ningún redentor en el hospital —dijo la madre de Ineko con calma—. Pero escuchándole a usted hablar, pareciera que muchos de ellos, tal vez por ser más puros o más débiles, se redimen a sí mismos.

—Ellos, exactamente.

—¿A quién se refiere con «ellos»? ¿A los locos?

—Así es.

—Pero admitirá que no puede adivinar cuál de los locos está tocando la campana solo por el sonido.

—Sí, sí puedo adivinarlo.

—¿Cuál de ellos es? —preguntó la madre de Ineko sorprendida.

—Es aquel hombre.

—¿Qué hombre?

—Creo que se trata del anciano.

—¿El anciano?

—El anciano calvo, flaco y sin dientes. Usted lo tiene que haber visto también allí, escribiendo caligrafía.

—¡Ah, sí! El hombre aquel que estaba escribiendo «Entrar en el mundo de Buda es fácil. Entrar en el mundo de los demonios es difícil». Me acuerdo bien porque una vez leí esa cita del monje zen Ikkyū en alguna parte y la memoricé —dijo la madre de Ineko observando a Kuno detenidamente—. ¿Y usted cree que ese viejo fláccido que apenas se mantiene en pie tiene fuerza suficiente como para tocar la campana?

—Creo que la tiene.

—¿Y cree que también logra sacarle el sonido a su noble redentor interior? —preguntó la madre, escéptica—. ¿No serán imaginaciones suyas?

—En ningún caso son imaginaciones. Llamémoslo intuición, o un sexto sentido —dijo Kuno—. ¿Usted le vio los ojos a ese viejo fláccido? ¿Se fijó bien en el aspecto del anciano Nishiyama, empezando por su cara?

—No, no lo miré tan detenidamente. Ni quise.

—Yo sentí al instante que ese viejo había cometido algún crimen terrible en el pasado. Quizá mató a alguien, o algo aún peor, y lo ingresaron en el manicomio en lugar de encarcelarlo o condenarlo a muerte. Seguramente su crimen ya haya prescrito.

—¿Cómo? —La madre de Ineko se quedó boquiabierta—. ¿Cómo se le ha ocurrido a usted algo así? Me está asustando.

—¿Qué es lo que la asusta? ¿Yo? Si alguien da miedo, es ese anciano —dijo Kuno negando con la cabeza.

—Entonces, señor Kuno, ¿insinúa usted que ese anciano fingió estar loco y esperó tranquilamente a que prescribiera su crimen?

—No sé decirle con exactitud. Al fin y al cabo, ni la policía ni los detectives debieron de considerar que su locura fuera fingida. Pero no puedo saberlo así a simple vista, sin conocerlo ni tener nada que ver con él. Puede que enloqueciera justo después de cometer el crimen, o que enloqueciera justo antes y lo cometiera en consecuencia.

—Continúa usted empeñado en que ese anciano es un criminal. ¿Por qué?

—Usted no se fijó en su mirada. Mientras escribía en el papel,

su cuerpo se sacudía como durante un ataque epiléptico, pero realmente no sé qué provocaba esas sacudidas en él. Quizá temblaba de arrepentimiento, quizá temblaba de terror. Sus ojos eran dos pozos cavados por un crimen monstruoso. Sus pupilas estaban cubiertas de un velo blanco, aunque supongo que serán las cataratas de la edad. ¿Pero qué querrá decir con que «es difícil entrar en el mundo de los demonios»? Es posible que en ocasiones el anciano recupere la cordura y, embargado por el terror, sufra esas sacudidas similares a la epilepsia.

—¿No cree que está yendo demasiado lejos? Usted mismo ha dicho que es difícil saberlo a simple vista —dijo la madre de Ineko manteniendo la calma.

—Puede que sí, pero, madre —replicó Kuno retándola—. Yo vi en el aspecto decrépito y flaco del anciano un viejo crimen que el tiempo ha arrugado y disecado.

—¿Sí? No sé…

—«Entrar en el mundo de Buda es fácil. Entrar en el mundo de los demonios es difícil». ¿Es entonces un dicho zen?

—Creo que sí, aunque tampoco estoy muy segura. Lo vi en una caligrafía en el toko[15] de una sala durante una ceremonia de té.

—Dudo que sea la profundidad del espíritu zen lo que lleve a ese anciano a escribir la misma frase todos los días, una y otra vez. No creo que tenga un significado tan elevado para él. Sin duda, lo único que busca ese hombre al escribir esa frase es anestesiar su culpa por el crimen cometido o, por el contrario, reafirmarse en él sin ninguna vergüenza.

—Esas palabras vendrían a ser entonces expiatorias.

—Si lo ve de buena fe, como es su caso, es posible que sea así.

—Pero eso no es algo que haría un loco.

—No creo que ese anciano esté loco del todo —dijo Kuno—. Sin embargo… uno tiene que estar mal de la cabeza para escribir lo mismo todos los días.

—Supongamos que el anciano cometió un crimen terrible en el pasado, como usted insinúa —especuló la madre manteniendo el sosiego—. ¿Es por eso que a usted le parece que las campanadas que

él da son en realidad la voz de su redentor interior? ¿Ese sonido viene de un noble redentor? ¿Cuán noble puede ser?

—Como he dicho antes, o noble, o poseído por el mal.

—Yo sigo pensando que ese anciano no tiene la fuerza suficiente para hacer sonar una campana tan grande.

—Es posible que en el momento adquiera una fuerza extraña, mágica. Hay una inercia en el balanceo del palo. Es decir, es una cuestión de práctica. Seguramente le permitan tocar la campana constantemente.

—Me temo que sigue sin quedarme claro por qué usted ha decidido que las campanadas de las seis que acabamos de oír las ha dado el anciano.

—Es lo que llevo un rato intentando explicarle. Es porque ese sonido de campana era la voz de un redentor.

—Creo que usted lo ha percibido así solo porque a usted le pasa algo raro en la cabeza, señor Kuno.

—Puede que me pase algo raro. Pero si puedo saber que esas campanadas las dio el anciano, es precisamente gracias a que algo raro ocurre en mi cabeza —afirmó él.

La madre de Ineko bajó la mirada, hasta entonces clavada en los ojos de Kuno.

—Señor Kuno, ¿no le parece que llevamos un buen rato repitiendo las mismas cosas una y otra vez? ¿Por qué?

—¿Cree usted que son las mismas cosas? —preguntó Kuno—. La próxima vez que suene la campana serán las nueve. ¿Sabe qué? Voy a ir yo mismo al Hospital Ikuta para dar las campanadas —balbuceó como si hablara solo.

—¿Cómo dice? —preguntó la madre sorprendida, alzando de nuevo la mirada.

—Quiero saber qué le parece a usted el sonido de mis campanadas —murmuró Kuno.

—Señor Kuno, el hospital no le va a permitir hacer tal cosa. Y, aunque se lo permitiera, no puede usted tocar la campana por mera diversión, como si fuera un instrumento. Ya se lo dije antes: la campana y su palo no están hechos para dar golpes alocados, sin ton

ni son, hasta hacerla casi reventar.

—No, lo que he querido decir es que me gustaría dar las campanadas de las nueve con Ineko. —La voz de Kuno era ahora más suave, acaso más triste.

—¡Con Ineko! —exclamó la madre, hastiada—. El hospital nunca le dejaría hacer tal cosa. A ella le permitieron tocar la campana de las tres para despedirnos; no creo que pueda repetir lo mismo a las nueve. Además, dudo que acepten visitas a estas horas de la noche.

—Puede que tales reglas existan. Pero no son absolutas. Supongo que los hospitales psiquiátricos podrán hacer excepciones en circunstancias anormales, ¿no cree?

—¿Circunstancias anormales? ¿Qué hay de anormal aquí?

—Le he insistido a usted varias veces en que las campanadas de las seis las dio el anciano, pero usted no ha querido creerme —dijo Kuno. Su voz iba recobrando energía—. ¿Usted no notó ninguna diferencia entre las campanadas que dio Ineko a las tres y las que dio el anciano a las seis?

—A decir verdad, no noté gran diferencia. Eso sí, las de Ineko eran arrítmicas y débiles, mientras que las campanadas de las seis parecían venir de alguien que tiene mucha práctica.

—¿Eso es todo? ¿Será que con la edad también se le han cerrado las puertas de la percepción? ¿Acaso se le han atrofiado los tímpanos?

—Puede que sí. Pero usted está escuchando la campana a través de sus sentimientos. Usted mismo ha admitido que le pasa algo raro en la cabeza.

—Lo raro sería que nada raro ocurriera en mi cabeza —aseveró Kuno—. ¿No ve que acabamos de dejar a Ineko ingresada en un manicomio?

—Para que se cure —espetó la madre, esta vez sí, con severidad —. He llegado a decirle a usted que tal vez mi amor por Ineko no sea tan profundo como el que usted siente por ella. Pero el amor de una madre es el amor de una madre, por no hablar de la tristeza de tenernos solo la una a la otra desde que murió su padre en tan

terribles circunstancias.

—Lo sé muy bien. En ningún momento lo he puesto en duda. ¿Está usted insinuando que yo quiero arrancar a Ineko de sus brazos?

—¡Pero qué ocurrencias tiene! ¿Cuándo me he interpuesto yo entre Ineko y usted?

—O quizá haya sido yo quien haya querido eliminar la presencia que usted tiene en la mente de Ineko.

—Eso no me importa. Es ineludible, sé que es algo que ocurrirá tarde o temprano. Mientras Ineko y usted sean felices, lo demás no me importa. Si mi destino es acabar viviendo sola en una residencia de ancianos, que así sea.

—Yo no he dicho tal cosa. Sin embargo, sí opino que quizá, sola en su maternidad, usted haya tratado a Ineko como una piedra preciosa y la haya protegido en exceso por ser su única hija.

—¿Cómo una piedra preciosa? Sí, es posible que sea así —dijo la madre de Ineko apenada—. Sin embargo, señor Kuno, recuerde que Ineko vio a su padre morir delante de sus ojos siendo aún una niña, y tal vez por eso mi preocupación por sanar su corazón herido haya sido anormal.

—Sí, anormal, estoy de acuerdo. ¿Por qué ha tenido que ingresar a Ineko en un manicomio?

—Simplemente para que se cure.

—¡Si me permitiera casarme con ella, yo podría sanarla! Pero usted se opone. Usted ha demostrado ser lo suficientemente sensible como para ver que un árbol en la entrada del hospital derramaba lágrimas por los cortes que le habían hecho con un alambre en la corteza. ¿Por qué no ve entonces las lágrimas invisibles que derraman en lo más hondo de sus corazones dos personas que se aman y que han sido separadas, una dentro del hospital y otra fuera?

—Ineko tiene ceguera de cuerpo. Me preocupa que su estado empeore si usted se casa con ella.

—¿Cuándo desarrolló Ineko su ceguera de cuerpo?

—No sé muy bien, no tengo una idea muy clara de cómo ocurrió. Usted considera que Ineko salvó su vida gracias a que

perdió el conocimiento a lomos de su caballo mientras cerraba los ojos y ahogaba un grito instantes después de que su padre cayera por el precipicio. Pero Ineko recuerda la caída mortal con todo tipo de detalles. Dice que lo vio todo, pero no sé si con sus ojos de verdad o con los de su conciencia. A mí me cuesta creer que una niña fuera capaz de permanecer quieta mirando semejante escena con tanta claridad y serenidad. Pienso que, en realidad, ella se tapó los ojos y no vio nada. A diferencia de los accidentes de tráfico, se tarda un rato en caer al mar desde lo alto de un precipicio, ¿verdad? Aun así, yo nunca he cuestionado el relato de Ineko. Sé que, incluso si ella cerró los ojos en ese momento, lo vio todo con los ojos de su corazón. Siempre di por cierta su historia y en ningún momento dejé asomar la más mínima duda. Pero, al mismo tiempo, siempre me ha parecido extraño que él se hundiera hasta el fondo del mar sin nunca salir a flote, y que en cambio fuera el caballo el que quedó flotando en la superficie del agua agitando sus patas entre las olas. Incluso suponiendo que él ya estaba sin vida y el caballo no.

—Quizá el golpe que se llevó padre resultara letal —respondió Kuno sin energía. Él no había estado ahí para ver si el hombre se hundía y el caballo sacudía sus patas entre las olas; no podía tener una opinión al respecto. Además, ¿no era un tanto perturbadora la forma en que estaba hablando ahora la madre de Ineko?

—O tal vez los caballos sean físicamente más resistentes que las personas.

—Supongo que sí.

—Pero Kizaki era un excelente nadador. Antes de hacerse militar, tengo entendido que quedó primero en cierta competición de natación en la provincia de Chiba.

—Mmm. —Kuno escudriñó el rostro de la madre. ¿No había perdido una pierna el padre de Ineko? Y, aun suponiendo que hubiera podido nadar sin una pierna, sin duda estaba ya completamente muerto cuando cayó al mar. Kuno no entendía lo que la madre estaba intentando decir. Quizá se había quedado alterada al oír que la forma en que tenía de sobreproteger a su única hija en tanto que madre viuda, tratándola como una piedra preciosa,

era «anormal»—. Usted dice que Ineko le explicó la caída de su padre con pelos y señales porque lo vio todo con los ojos de su conciencia o de su corazón. ¿Cree que en eso consiste su ceguera de cuerpo?

—No, en absoluto —dijo la madre de Ineko negando con la cabeza—. Porque lo que le ocurrió no es falta de visión, ya que lo estaba viendo todo claramente con sus otros ojos, ya sean del corazón o de la conciencia. Pienso que, aunque uno no esté mirando con sus ojos físicos, si ve algo, entonces no está ciego.

—¿Incluido lo que uno sueña? —preguntó Kuno—. Puede que usted tenga razón. Lo que uno ha visto lo ha visto. Aunque uno se olvide de su sueño al despertar, la realidad es que vio cosas mientras soñaba. Sin embargo, ¿qué es más real? ¿Lo que vemos en un sueño irrelevante o lo que existe en el mundo aunque no lo veamos?

—Señor Kuno —interpeló la madre—. Eso es precisamente lo que le sucede a Ineko: de vez en cuando ella deja de ver algo que tiene enfrente de sus ojos. Además, no hay nada irrelevante en los sueños.

—La existencia de algo se puede comprobar a través del tacto, aunque no lo podamos ver con los ojos.

—¿No es eso espantoso? —La madre de Ineko tragó una bocanada de aire y se ruborizó—. Me cuesta mucho decirle esto, pero pongamos que ella deja de verle durante el amor físico y sus manos comprueban que usted está ahí, pero sus ojos no lo ven. ¿No sería el horror más absoluto? ¿No sería algo capaz de enloquecer a cualquiera?

—Mmm…

—Señor Kuno, ¿de qué forma ha amado usted a Ineko?

—¿Que de qué forma he amado a Ineko? ¿Qué quiere decir? —El propio Kuno se ruborizó—. Si me pregunta de qué manera amo a Ineko, lo cierto es que no puedo darle una respuesta —musitó casi entre dientes—. Se dice que un hombre tiene un millón de maneras distintas de amar a una mujer, pero en lo que llevo de vida solo he amado a Ineko y no puedo saber si con ella ha sido de esta manera o de otra, ¿comprende?

—Gracias —dijo la madre haciendo una reverencia—. Perdóneme por meterme en asuntos que no son míos.

—Pienso que es igual para Ineko. No creo que ella haya desarrollado su ceguera de cuerpo solo porque yo la ame de una forma distinta al anterior. No pienso que ella deje de ver mi cuerpo durante el amor físico para poder imaginar al hombre que estuvo con ella antes que yo.

—De eso estoy convencida —afirmó la madre, algo nerviosa—. Sí, eso es así seguro, por favor, no lo dude. Usted la entiende muy bien sin necesidad de que yo le explique nada.

—Así es.

—Esta conversación está tomando un giro extraño, pero ¿sabe usted? El padre de Ineko también fue el único hombre en mi vida. Aunque durante una época, cuando estaba de moda ir a los salones de baile, antes de la guerra, llegué a bailar con otros oficiales, agarrados de la mano. Incluso me fui a comer con alguno. Eso sí lo hice —dijo la madre—. No tendría que haberle preguntado de qué manera ama usted a Ineko. Le pido disculpas.

—No, usted es su madre. Es normal que se preocupe.

—No tiene sentido que alguien como yo, casi sin experiencia en el amor, se pregunte cómo se aman dos personas jóvenes.

—Por lo que leo en revistas y otras publicaciones, sé que el amor se puede practicar de muchas maneras distintas. Sin embargo, una cosa es el conocimiento que adquiere la mente y otra cosa muy distinta es la realidad que se experimenta con el cuerpo. Por ejemplo, a los protagonistas de una novela no los puedo tocar con mis manos.

Kuno hablaba cada vez con mayor soltura, dejando deslizar sus palabras sin el freno del pudor, hasta que se dio cuenta de ello y hundió su voz en una especie de tristeza.

—Como le dije antes, yo no sé si mi forma de amar a Ineko es igual a todos los demás hombres del mundo o si es excepcionalmente pasional. Soy un hombre joven; también me he sentido atraído por otras muchachas. Sin embargo, no fue más que eso, atracción. Lo que siento por Ineko, eso que me devora el

corazón, es totalmente diferente. Nunca he pensado que a ella le disguste mi forma de amarla, sea normal o anormal. Supongo que es algo que a usted le costaría preguntarle, siendo su madre —terminó de decir Kuno. En ese momento se dio cuenta de que acababa de admitir que ya había poseído físicamente a Ineko. Era inevitable.

La madre, acaso porque ya lo sospechaba, se mostró tranquila.

—Supongo que, al fin y al cabo, no es tan grave si Ineko deja de verlo a usted cuando están juntos. Es algo que a mí me aterrorizaría, pero es cierto que no entraña ningún peligro. Sin embargo, imagínese que en realidad es un presagio de su locura. ¿Qué hará si le azota uno de sus ataques de ceguera en público? Eso sí que sería peligroso.

—No se preocupe. Tengo comprobado que su ceguera de cuerpo solo se manifiesta con sus seres queridos o con aquellos por los que siente algún tipo de afecto. Por ejemplo, puede ver perfectamente a los desconocidos con los que se cruza por la calle.

—Pero, señor Kuno, si por ejemplo están en una avenida con mucho tráfico y ella lo ve a usted en la acera de enfrente y en ese momento los vehículos que circulan se vuelven invisibles y ella cruza corriendo hacia usted, ¿qué pasaría? ¿O si está en lo alto de una estación de tren o de unos grandes almacenes y solo lo ve a usted desde arriba y se lanza al abismo?

—No, no es así. En caso de que ella sufriera un episodio de ceguera de cuerpo en plena calle, solo dejaría de ver a la persona amada, por lo que podría distinguir perfectamente cada vehículo. Es a mí a quien dejaría de ver al otro lado de la acera o al otear desde las alturas.

—Señor Kuno, no diga ridiculeces —aseveró la madre—. ¿Acaso insinúa que Ineko lo ha amado a usted sin haber visto su cuerpo? ¿Que lo sigue amando sin jamás poder verlo?

—No, en absoluto.

—Eso no sería posible, ¿verdad? Ella simplemente deja de ver una parte de usted en determinados momentos y circunstancias, ¿no es así?

—Así es.

—Esos son síntomas de locura. Y ya sabe que la locura es algo que degenera, no sabemos hasta qué punto.

—Entiendo. Pero ella no estaba tan mal como para tener que ser ingresada en un manicomio. Le he transmitido a usted una y otra vez que podría haberla curado yo si me hubiera permitido casarme con ella —protestó Kuno bajando la voz—. Usted cree que separarla de mí durante un tiempo, durante un periodo largo, la va a curar, aun cuando eso implica dejar a una muchacha joven y bella entre esos lunáticos sucios y brutos.

La madre de Ineko miró a Kuno con unos ojos realmente tristes.

—Es que… señor Kuno —dijo, a punto de llorar—. Es mi deber como madre querer sanarla antes de que se case con usted. Acéptelo, por favor. Usted sabe muy bien lo mucho que busqué hasta encontrar un buen hospital. Ese lugar no es un… manicomio. Es un psiquiátrico, un hospital psiquiátrico.

—Es verdad. Debo reconocer que el Hospital Ikuta tiene la calidez del campo y de los dientes de león, la misma que tiene el pueblo. Y además permiten que sus pacientes toquen la campana.

—Así es.

—Sin embargo, madre, ¿quién cree que puede sanar mejor a su hija, el Hospital Ikuta o yo?

—Simplemente, a mí me preocupa que ella empeore.

—Para empezar, usted piensa que Ineko está loca de verdad, ¿no es así?

—Una madre no quiere, ni puede, convencerse jamás de algo así, ni en el fin de los días, aunque el resto del mundo creyera que sí.

—Madre. Lo único que le ocurre a Ineko es que de vez en cuando le deja de funcionar el nervio óptico. No todo el nervio, sino solo una parte. Al menos ha sido así durante el tiempo que ha estado conmigo. ¿Podemos llamar a eso locura? —dijo Kuno, casi sin aliento—. Me pregunto cómo pude dejarme convencer de que debíamos dejar a Ineko en el Hospital Ikuta. Algo me pasa.

—Señor Kuno —interpeló la madre con dulzura—. Eso es porque yo le hice comprender que si ella lo ama a usted y los dos se quieren casar, es mejor que ella se cure primero.

—Madre, Ineko no está loca. Solo tiene un problema nervioso de poca gravedad. ¿O acaso sus síntomas han sido muy intensos en mi ausencia, cuando ella estaba con usted? ¿Acaso se ha sacudido violentamente como hacen los locos? ¿Es acaso una ninfómana que sale a la calle desnuda?

—Por supuesto que no. Como mucho, se queda melancólica y pensativa, mirando al infinito. Seguramente se quede pensando en usted. No hay nada extraño en su comportamiento. Yo también creí al principio que tal vez recuperaría su salud en cuanto se casara con usted. Sin embargo, cuando oí hablar al psiquiatra comprendí que la ceguera de cuerpo puede ser una enfermedad peligrosa.

—Para nada.

—Ya sabe a lo que me refiero. La historia que nos contó el doctor acerca de la joven madre que estranguló a su bebé recién parido cuando dejó de verle la cabeza. Eso ocurrió a pesar de que sabía, por el tacto, que el cuello del niño estaba ahí.

—A mí ella nunca podría matarme, por mucho que intentara estrangularme o hacerme cualquier otra cosa con su delicado cuerpo. Pero si hubiera de matarme, ya se lo dije anteriormente: para mí no habría mayor felicidad que esa.

—Se dice que los locos tienen una fuerza bruta.

—Ineko no está loca. La línea que separa la locura de la cordura es sumamente fina, como lo es la frontera entre los genios y la gente ordinaria. También los genios tienen esa fuerza bruta que usted menciona, ya sean físicamente fuertes o débiles. A veces es mental, otras veces, corporal. Puede que sea un ejemplo algo torpe, pero mire a los maestros del shakutake[16]: sus dedos expertos están deformados y torcidos.

—Ineko es una muchacha totalmente común.

—La mayoría de la gente piensa eso de sí misma. Sin embargo, en el fondo de sus corazones hay algo que los diferencia de los demás, quizá algo más desarrollado que el resto y que permanece oculto a lo largo de sus vidas. Tengo la convicción de que esa realidad existe aunque no le pongamos palabras. Bien lo sabrá usted, que ha vivido muchos más años que yo; al fin y al cabo, no soy más

que un joven novato. Usted sabía muy bien que los oficiales del ejército de antes de la guerra no eran todos un montón de basura.

—Claro, la individualidad de cada uno. Por supuesto, no hay dos personas iguales.

—Aunque sean malvadas. Lo único que hacen los malvados y los locos es alterar la sociedad en la que vivimos. La historia ha demostrado incontables veces cómo los locos y los malvados han sido posteriormente respetados en el mundo que les siguió.

—Soy consciente de ello —dijo la madre con calma—. Pero, señor Kuno, créame que Ineko es una muchacha normal y corriente. Hasta pienso que usted se llevará una decepción cuando se case con ella y se dé cuenta de lo normal que es. No está bien que yo lo diga siendo su madre, pero una vez se case con ella, ya no tendrán ninguna importancia esas cosas como la belleza de sus ojos negros, sus pestañas largas y espesas o la armonía de sus piernas.

—Ni tampoco su ceguera de cuerpo.

—Es cierto que es una anomalía o un defecto del sistema nervioso que otra gente no tiene. Pero puede que no esté loca, como dice usted tan generosamente.

—Lo que se vuelve invisible para ella no es todo mi cuerpo, sino solo una parte.

—Sí. Sin embargo… —replicó la madre con tono interrogante —. Al parecer hay casos en los que la ceguera de cuerpo daña los nervios y degenera en algo peor. —Y, tras hacer una pausa, continuó —: Como ocurrió con la joven madre que estranguló a su bebé al poco de dar a luz. ¿Ha visto usted alguna vez el cuadro de Goya en el que alguien devora a su hijo por la cabeza, dejándole el cuello ensangrentado? No pretendo comparar al genio de Goya con Ineko, claro está.

—Sí. Pero si Goya hubiera tenido ceguera de cuerpo, habría pintado figuras mucho más siniestras. Personas sin cabeza, personas sin torso —se rio Kuno—. Sin embargo, el caso de Ineko no tiene nada que ver con Goya. En ella, la invisibilidad es un acto de amor. Es el amor de una mujer demasiado pura. Sé que es así, estoy convencido de ello.

La sirvienta entró en la habitación para recoger los restos de la cena. Era una mujer distinta a la de antes. Tenía los hombros extrañamente bajos, como si su cuerpo estuviera encogido del pecho para arriba de una forma poco natural.

La sirvienta posó su mirada en el pescado a la parrilla que la madre de Ineko había dejado intacto y en el sashimi a medio comer.

—¿A qué hora desean los preparativos de la noche[17]?

—Sobre las nueve o las diez —dijo la madre de Ineko—. Pero puede ser a cualquier otra hora. No tenemos planes, no tenemos nada que hacer por aquí más que descansar.

—Entendido.

—¿Y el baño? —preguntó Kuno mirando a la madre.

—Claro, puedo poner el baño si lo desean[18] —respondió la sirvienta.

—Si es solo para nosotros, no se moleste. ¿Somos los únicos huéspedes? —preguntó la madre de Ineko—. No le importa, ¿verdad, señor Kuno? —instó a continuación.

—No hay ningún problema —asintió Kuno—. No necesito bañarme. Ahora que el aire limpio y suave de este pueblo se ha quedado impregnado en mi piel, me daría incluso rabia lavarme.

—Voy a calentar el agua enseguida —dijo la sirvienta, y salió de la habitación.

La madre de Ineko inspeccionó el estado sombrío y ajado del techo y del karakami[19].

—¿Cómo será la sala de baño? Me da un poco de miedo entrar sola. Se me eriza la piel de por aquí con solo pensarlo —comentó la madre de Ineko tocándose la nuca con la mano izquierda—. Señor Kuno, hágame el favor. Vaya usted primero y dígame cómo es.

—Por cierto —dijo Kuno como si hubiera recordado algo de repente—. ¿Cómo serán los baños del hospital?

—¿Los baños del hospital?

—¡Claro! También hay baños en los manicomios. También los locos se bañan. ¿Meterán a Ineko en el baño con todos los demás?

—No sé. ¿Usted cree que se bañan todos juntos?

—Me repele la idea. Me repele hasta la náusea.

En ese momento, tanto la madre como Kuno imaginaron el bello cuerpo desnudo de Ineko. La imagen que visualizó Kuno era, naturalmente, más vivida que la de la madre.

—No puede ser que ella se bañe con esas otras mujeres de pelo revuelto y ojos desencajados. Había una mujer flaca como un mocoso, ¿se acuerda? Seguramente tenga roña entre las costillas. También las habrá con las uñas demasiado largas. Y ese tono de piel… Casi podríamos decir que los locos tienen su propia tez característica, de un color raro. A veces ennegrecida y muerta, otras blanquecina y siniestra.

—¿Sí?

—Poner la hermosa piel de Ineko entre esas otras podría encolerizarlas. ¿Qué pasa si la arañan y le dejan marcas?

—Por favor, basta ya, se lo suplico —reprimió la madre a Kuno —. Es algo totalmente improbable y algo en lo que no quiero ni pensar.

—¡Qué le vamos a hacer! Acabamos de dejar a Ineko en ese hospital. Ahora solo podemos pensar en ella y en ese lugar. También usted.

En el aire nocturno de aquel pueblo tranquilo no se oía siquiera el mar. No oír el mar aun sabiendo que estaba ahí sumió a la madre en sus recuerdos. Los recuerdos giraban en torno a Ineko, claro está, y continuaron en su cabeza cuando Kuno salió a darse un baño y ella se quedó sola en la habitación.

Kuno regresó al rato. La madre preguntó:

—¿Cómo es el baño?

—No es un baño bonito. Está oscuro y frío. Quizá sea mejor que usted se abstenga de bañarse hoy.

—¿Sí? No sé… —La madre se puso de pie sin mirar a Kuno. Le estaban viniendo a la memoria recuerdos de Ineko que no podía revelarle a él.

—Supongo que ya no estará tan frío ahora que se ha acumulado el vapor —añadió Kuno mientras la veía salir de la habitación.

El baño era pequeño para ser de un hostal y tan raído que hasta se veía la mugre entre las tablas de madera. Aun así, la madre de Ineko se agachó frente a la bañera y sintió su cuerpo relajarse al instante mismo en el que agarró el teoke[20] y se echó agua caliente[21] sobre la cintura. Sin embargo, cuando se sumergió hasta los hombros, una soledad repentina la golpeó y la dejó con los ojos doloridos.

Tras la soledad vino la angustia.

Una de las ventanas de la sala de baño daba al pasillo y la otra debía de dar a la cocina o algo similar, y aunque eran de cristal esmerilado, la madre de Ineko tuvo la sensación de que alguien la observaba desde el otro lado. Estaba intranquila pensando que alguien correría las ventanas en cualquier momento. ¿Y si el señor Kuno, aprovechando que ella estaba en el baño, salía del hostal a hurtadillas para ir a ver a Ineko, o peor aún, para sacarla del hospital?

—Le dio asco el baño, ¿verdad? —dijo Kuno al verla regresar tan pronto.

—Sí, un poco.

—Supongo que no podemos pedirle más a un hostal como este.

—Supongo que no.

La madre de Ineko se sentó frente al modesto tocador que había en la habitación contigua. No había ningún cojín para acomodarse en el suelo. Se sentó frente al espejo y, como estaba recién salida del baño, se limitó a ponerse un poco de carmín en los labios.

—Se me había olvidado por completo, pero esta mañana, antes de salir de casa, Ineko y yo nos dimos un baño juntas. Yo le froté bien la espalda para que estuviera limpia a su llegada al hospital. Hacía mucho que no lo hacíamos. ¡Cómo he podido borrarlo de mi

memoria! Ni siquiera me acordé cuando estuvimos hablando del baño hace unos momentos. ¡Qué extraño! Definitivamente, algo raro me pasa —dijo entre risas, pero ya estaba sintiendo el tacto de la piel de Ineko en sus manos, el tacto de la piel de Ineko mamando de bebé.

Cuando la madre dijo que le había lavado la espalda a su hija, también Kuno sintió en sus manos la piel de Ineko. Naturalmente, la forma de sentir ese tacto fue muy distinta para la madre que para él, pero como no era algo que se manifestara en sus rostros, ninguno de los dos sospechó que el otro estaba evocando el cuerpo de Ineko.

—Si Ineko ya se ha bañado en su casa esta mañana, no será necesario que lo haga esta noche en el hospital —dijo Kuno absurdamente, acaso para ocultar que la piel de Ineko seguía viva en su memoria.

—Puede ser —respondió la madre de Ineko con vaguedad.

La madre le acababa de decir a Kuno que se había bañado con Ineko y le había lavado el cuerpo por primera vez en mucho tiempo, ¿pero cuántos años habían pasado realmente desde la última vez? No, hablar de años era una exageración. Solo habían transcurrido unos meses. No, días. En realidad, era habitual que se bañaran juntas, pero la madre no se había detenido a pensar en ello hasta esa mañana. Quizá por eso creyó que hacía años que no lo hacían.

Por la mañana, la madre había puesto su mano izquierda sobre el hombro de Ineko y le había frotado la espalda con la derecha. Había sentido una enorme tristeza. Luego le había lavado la nuca levantándole la melena que caía por detrás. Los cabellos sueltos encaramados al cuello se habían cubierto de espuma. La madre quiso entonces lavarle el pelo.

—Ineko, ¡cuántos cabellos finos sueltos tienes! —le dijo la madre acariciándole la nuca.

—Sí —asintió Ineko—. Se me notan mucho cuando me ato el

pelo hacia arriba.

—¿Cuándo te lavaste el pelo?

—Hace cuatro días. ¿Te acuerdas de que te dije que iba a la peluquería?

—Sí, es verdad.

—¿Huele mal?

La madre acercó la nariz a la cabeza de Ineko hasta casi tocar su pelo. Quiso abrazarla, pero no lo hizo.

—No huele mal —dijo.

—Me haces cosquillas.

La mano de la madre se había deslizado hacia la axila de Ineko. En ese momento se enderezó y volvió a echar agua caliente sobre la espalda de su hija.

Los baños con su hija eran como una promesa tácita entre ellas dos; casi se podría decir que eran infalibles. Hubo algo que durante un tiempo le había preocupado a la madre, lo recordaba ahora. A Ineko no se le había hinchado el pezón derecho durante la pubertad. Más bien, parecía hundido hacia dentro. La disparidad entre un pecho y otro la incomodaba, pero un buen día la hinchazón llegó por fin al pezón derecho. Era algo más pequeño que el izquierdo, pero la diferencia era imperceptible salvo que uno se fijara con detenimiento. ¿Por qué se retrasaría el desarrollo de uno de los dos pezones? La madre lo llegó a relacionar con la posterior locura de Ineko, pero aparte de eso nunca le había detectado ninguna otra anomalía física. También a ella le parecía hermoso el cuerpo de Ineko, con esos dedos largos en las manos y cortos en los pies que contribuían a su armonía.

Un día, Ineko se mostró vacilante a la hora de darse un baño con ella. La madre supo entonces que su hija se había acostado con Kuno. O tal vez le pareció que Ineko dudaba solo porque ella ya sospechaba que tal cosa había ocurrido. O quizá su hija no había mostrado ninguna duda al respecto y todo se lo había imaginado la madre. Por entonces ya habían perdido el hábito de bañarse siempre

juntas. Por ninguna razón en concreto; simplemente porque Ineko se había hecho mayor. Sin embargo, aquella fue la primera vez que la madre notó a su hija incómoda.

Sin duda, Ineko no quería mostrarle un cuerpo que había sido tocado por un hombre por primera vez. ¿Le había ocurrido a ella también? ¿Era normal?, se preguntó la madre intentando recordar su primera vez. Naturalmente, lo que no podía imaginarse era la pena y el miedo que debió de sentir su hija cuando dejó de ver el cuerpo del hombre al que ella estaba entrelazada.

Un día de invierno en el penúltimo año de enseñanza superior, Ineko volvió del colegio pálida y temblorosa y le comunicó a su madre que durante un partido de pimpón había dejado de ver la pelota. Ineko era una de las jugadoras de reemplazo del equipo de tenis de mesa del colegio y la madre sabía que ese día le tocaba jugar. Era sábado e Ineko había avisado que tal vez se demoraría en regresar después del partido, de ahí que a la madre le sorprendiera que su hija llegara tan pronto a casa, y además acompañada de una amiga.

—Disculpe —oyó decir a la amiga poco antes de que la madre abriera la puerta.

—¡Ineko! —dijo la madre sin dilación—. ¿Qué sucede?

—Ineko se empezó a encontrar mal de repente y el profesor me pidió que la acompañara a su casa. —Mientras hablaba, la amiga rodeó la espalda de Ineko con su brazo, como para sostenerla, y le inspeccionó la cara.

Ineko se encogió y apartó el brazo de su amiga. No quiso mirarla ni a ella ni a su madre, aunque le tocó ligeramente la mano a su compañera antes de adentrarse en la casa. Parecía querer darle las gracias, pero se escurrió dentro de la casa sin pronunciar palabra, sin darse la vuelta siquiera. Aquello era extremadamente inusual en una muchacha tan delicada y cortés como Ineko. Cierto era que la confianza que tenía con su amiga Yōko se lo permitía. Yōko había ido numerosas veces a jugar a su casa y se apoyaba mucho en ella,

por lo que quizá no necesitaba que Ineko le diera las gracias por algo así. Sin embargo, esta vez no tenía nada que ver con la confianza. En todo caso, el andar de su hija parecía normal y la madre casi esbozó una sonrisa de alivio al constatar que el cuerpo de su hija no manifestaba ningún dolor.

—Yōko, por favor, discúlpala. No sé qué mosca le habrá picado.

Yōko se había quedado mirando a su amiga boquiabierta.

—No se preocupe, vaya usted con Ineko para ver si está bien. Algo le pasa. Yo me voy ya.

A continuación, Yōko habló deprisa: mientras jugaba al pimpón, Ineko le había dado a la pelota dos veces de una forma muy extraña, solo con la mano, como si fuera un robot, y luego había fallado la tercera bola, o más bien se había quedado parada durante unos instantes antes de llevarse las dos manos a los ojos y agacharse frente a la mesa. Ahí se quedó, arrodillada sobre el suelo, inclinada hacia delante.

Su oponente se había quedado mirando embobada. Pensó que Ineko se había desmayado o sufrido una hemorragia cerebral, dijo más tarde, pero lo cierto era que en ese momento estaba tan inmersa en la intensidad de la competición que le había costado reaccionar. Quien corrió a la vera de Ineko había sido su amiga Yōko.

—No es nada —dijo Ineko. Yōko acarició el cabello de Ineko, pero dándose cuenta de que ese gesto no era quizá el más apropiado en tales circunstancias, recondujo su mano derecha hacia el hombro de su amiga y le tocó la mejilla con la izquierda. Sus carrillos no estaban fríos. Más bien estaban calientes. La humedad que Yōko sintió en la palma de su mano no era sudor frío, sino la transpiración resultante del ejercicio.

—¿Estás bien, entonces? ¡Menos mal! —dijo Yōko.

—He dicho que sí. —Ineko apartó las manos de Yōko y se levantó.

No obstante, se alejó de la mesa de pimpón como si aquel fuera el acto más consecuente. No se le ocurrió pensar que quizá debería continuar con el partido. Estaba muda, cabizbaja y pálida, pero no parecía tan debilitada como para que alguien tuviera que acompañarla a su casa.

Ineko se negó a que Yōko caminara con ella hasta su casa cuando el entrenador se lo ordenó.

—No te preocupes, que no me pasa nada. Déjame sola, quiero volver sola —repitió Ineko una y otra vez—. Quiero estar sola, solo quiero eso, estar sola.

—No puedo, me lo ha pedido el entrenador.

—Necesito estar sola cuanto antes —balbuceó Ineko—. Quiero llorar.

—¿Llorar? ¿Has dicho que quieres llorar? ¡Qué buen plan! —dijo Yōko divertida—. Tú lloras y yo te consuelo, ¡nada mejor que eso!

—Qué exagerada.

—Es que siempre soy yo la que llora. Por una vez, quiero que llores tú.

—En realidad yo soy bastante llorona, solo que desde que murió mi padre ya no lloro delante de la gente.

Yōko pensó que Ineko se sentía mal por haber abandonado el partido y no vio nada extraño en que, momentos después, se escabullera dentro de su casa sin decir adiós; seguramente quería esconderse en su cuarto para llorar.

Ineko ni siquiera se giró para mirar cuando la madre abrió la puerta del dormitorio. Al acercarse a ella, la madre vio que Ineko tenía las manos abiertas sobre la mesa con dos pelotas de pimpón en cada palma y las observaba detenidamente. No era inusual ver esas pelotas en su cuarto; al fin y al cabo, siempre tenía unas cuantas guardadas en uno de los cajones de su escritorio. Lo que sí resultaba raro era que las examinara con tanta atención. Sin embargo, al igual que Yōko, la madre consideró que ese acto obedecía a la rabia que

sentía su hija por haber perdido el partido.

—¿Cómo te encuentras? ¿No preferirías tumbarte, en lugar de estar sentada? —preguntó la madre apoyando una mano en el respaldo de la silla—. ¿Te ha visto el médico del colegio? ¿Te ha dado algún medicamento?

—No.

—¿Y si le preguntamos al médico?

—No es nada.

—¿No quieres que lo llamemos?

—No.

—No sé por qué te quedas mirando esas pelotas. Deja de hacerlo, no seas mala perdedora. Tendrás que aceptarlo y olvidarte. Vamos, guárdalas —dijo la madre, y agarró las pelotas que Ineko tenía en las manos—. ¿Por qué no descansas en la cama hasta la hora de cenar? Tienes mala cara. ¿Quieres tomar café, o té?

—No quiero nada —dijo Ineko—. Devuélvemelas.

—¿Las pelotas?

La madre vio cómo Ineko volvía a colocar las pelotas sobre las palmas de sus manos para observarlas un poco más antes de guardarlas en el cajón de su escritorio.

Al alzar la vista vio en el jardín las flores rojas de las camelias de invierno. Había tantas que resultaba incluso extraño. Las cuatro o cinco camelias tenían bastantes años, unas ramas largas y una altura considerable para ser el tipo de árbol que eran. Sus flores iluminaban, resplandecientes, las partes de mayor follaje, flotando entre la densidad de hojas de un verde oscuro. La sombra del tejado las cubría a media altura, señal de que estaban en pleno invierno.

—Ya están en flor —dijo la madre.

—Todavía no, empezarán ahora. Mira, ¿ves que hay muchos

capullos? —replicó Ineko—. En temporada de camelias, padre siempre venía a mi cuarto y preguntaba: «¿Han florecido ya? ¿Han florecido ya?».

—No solo en temporada de camelias.

—Pero especialmente con las camelias de invierno. Porque su época de floración es larga. —El tono de voz de Ineko era ahora más relajado y suelto que cuando regresó del colegio.

—Es verdad. Están en flor hasta que empieza la temporada de los cerezos, en primavera —respondió la madre—. Ineko, ¿qué ocurrió durante el partido? Todavía no me has dicho nada. ¿Pasó algo con las pelotas?

—Dejé de ver la pelota.

—¿Dejaste de ver la pelota?

—Sí, dejé de ver la pelota.

—¿Qué quieres decir con que dejaste de ver la pelota? ¿Quieres decir que la pelota iba tan rápido que no la pudiste detectar con los ojos? ¿O acaso te mareaste?

—No, nada de eso. Estaba perfectamente y de repente dejé de ver la pelota, sin ningún motivo.

—¿Por qué?

—No sé por qué.

—¿Te encontrabas mal?

—Esa habría sido una explicación lógica. Pero no, no estaba a punto de desmayarme. Me encontraba bien y podía verlo todo perfectamente, menos la pelota.

—No es posible —dijo la madre—. No es posible que lo estuvieras viendo todo perfectamente. Si estabas en pleno partido supongo que estarías concentrada en ver la pelota y no te fijaste en nada más. Lo normal es que no vieras nada más.

—¡No! —contestó Ineko con rotundidad—. Te digo que solo dejé de ver la pelota.

—Sin duda, es una percepción tuya equivocada. Pensar que tal cosa ocurrió es prueba de que no te encuentras bien.

Sin embargo, Ineko hizo oídos sordos a lo que su madre le decía. Su mirada se hallaba fija en las flores del jardín; parecía estar

observando las camelias de invierno, aunque en realidad no lo estaba.

—Pero, madre, ¿sabes qué? —dijo Ineko con voz sombría—. Yo le di a la pelota, creo que dos veces, a pesar de no verla. Será que pude intuir por dónde venía en función del movimiento del cuerpo y del brazo de mi contrincante. Supongo que será puro hábito. Cuando me di cuenta, mi miedo se multiplicó por dos y por tres. Porque no solo había dejado de ver la pelota, sino que había sido capaz de darle a una pelota invisible. Sentí escalofríos hasta el fondo de mi pecho y ya no pude sostenerme en pie.

—¿Ah, sí? —preguntó la madre con una incredulidad velada. No quería cuestionar el relato de su hija: de algún modo podía sentir su terror. Ineko aprovechó el silencio de su madre para recobrar el aliento.

—Madre, ¿sabes que los ciegos también pueden jugar al pimpón?

—¿Qué? —La madre miró a su hija perpleja—. ¿Cómo que los ciegos pueden jugar al pimpón?

—Sí, pueden.

—Bueno, es verdad que las personas invidentes son muy intuitivas… ¿Pero jugar al pimpón?

—Sí. Meten polvos de plomo dentro de la pelota para que suene cada vez que se mueve, y con ese sonido pueden saber por dónde viene.

—¿Sí? Pero aun así…

—Y la mesa de pimpón tiene forma de montaña, elevada en el centro y baja a los lados, con bordes alrededor para que la pelota no se salga fuera y se caiga. Hay una red, pero no es una red cualquiera, está abierta por debajo. Se trata de hacer pasar la pelota por debajo. En cambio, si la pelota se eleva demasiado, se topa con la red.

—¿Pasar la pelota por debajo de la red? ¿Eso es lo que tienen que hacer?

—Sí.

—Entonces es como jugar a rodar la pelota.

—Sí, también lo hacen así en el béisbol para ciegos. Hacen rodar

la pelota por el suelo.

Ineko lo había visto una vez en una escuela para invidentes. Había observado a los ciegos jugar al béisbol y al pimpón, por lo que continuó describiéndolo con detalle.

La madre escuchaba con atención, aunque más interesada en indagar en el estado mental de su hija que en los detalles de la historia. Además, conforme Ineko avanzaba en el relato, le surgieron algunas dudas. En el caso del béisbol para ciegos, la madre se preguntó si la práctica y la intuición serían suficientes para hacer rodar la pelota guiándose únicamente por el sonido. ¿Quizá aquellos que bateaban no eran del todo ciegos, sino solo parcialmente, o muy miopes? Sin embargo, la madre no quiso verbalizar sus preguntas. Había algo inverosímil en la forma que tenía su hija de hablar del bateo y de la defensa, pero hizo como si nada y se limitó a seguirle la corriente.

Ineko hizo una pausa.

—¿Cuándo viste a los ciegos jugar al pimpón y al béisbol? —preguntó la madre intentando quitarle hierro al asunto.

—En la enseñanza media. Nos llevaron de excursión escolar.

—Ah, en la enseñanza media. ¿Me lo contaste en aquel momento?

—Seguro que te lo conté. Yo creo que sí.

—¿Sí? —La madre desvió la mirada hacia el suelo—. ¿Seguro que me lo contaste? Qué raro, no lo recuerdo.

—¿Por qué te lo iba a ocultar?

—Es verdad, no se me ocurre ningún motivo por el que quisieras ocultármelo. Por aquella época, siempre me contabas cómo te había ido el día nada más llegar del colegio. ¡Y qué rápido hablabas! Lo sigues haciendo, aunque ahora hablas un poco más despacio. Me encantaba que a tu regreso del colegio te pusieras a hablar tan rápido sobre tus cosas. Para mí, que me pasaba el día sola

en casa, era el sonido de la vida, como un cascabel. —La madre tomó aliento—. Así que supongo que me debiste contar en aquel momento la historia del colegio para invidentes.

—¡Claro! Seguro que te lo conté y después se te olvidó.

—Qué raro. No se me suelen olvidar las cosas que me cuentan, o al menos suelo recordar el hecho de que me las han contado. Más aún tratándose de una historia tan atípica. Pero no recuerdo nada, ¿sabes?

—Es muy raro, sí —dijo Ineko extrañada—. ¿Es posible que no te lo contara? Pero si no lo hice, ¿cuál pudo ser la razón? Nunca lo sabré.

—¿Cómo que nunca lo sabrás? Se trata de ti, tendrás que saberlo.

—Madre, ¿de verdad crees que es la primera vez que oyes esta historia?

—Sí, yo diría que sí.

—¿De verdad? —Ahora Ineko parecía dudar de sí misma, pero la propia duda le fue devolviendo poco a poco la calma.

—¿No ves que también tú me lo has contado como si fuera la primera vez? —dijo la madre.

—No es verdad —negó Ineko—. ¿Qué tiene que ver cómo te lo haya contado? No es un tema del que se hable todos los días. El béisbol o el pimpón para ciegos es muy inusual y es difícil de imaginar si no lo has visto nunca. Por eso te lo he explicado todo con tanto detalle, y eso ha hecho que parezca inédito.

—¿Inédito? —susurró la madre de Ineko. Nunca había oído a su hija utilizar esa palabra.

—Sí, hay cosas que son inéditas. Inédito, inenarrable, son palabras que acabamos de aprender en el colegio, y mis amigas y yo hemos empezado a utilizarlas. Ahora, por ejemplo, me ha venido a la cabeza lo de inédito y lo he dicho.

—Pero, Ineko, tú me has preguntado si sabía que los ciegos juegan al pimpón. Primero me hiciste esa pregunta y luego me contaste la historia. Si me la hubieras contado ya anteriormente habría sido innecesario hacerme esa pregunta, ¿no te parece?

—Que nooo. —Ineko se quejó en tono infantil, como cuando era pequeña. La madre sintió un cierto alivio—. Es una táctica inicial en el arte de la conversación, una forma amistosa de empezar a hablar. Se dice cuando vas a contar algo muy inusual, o cuando quieres primero tantear al otro. ¿No lo sabes tú, madre?

—Sí, pero…

—¿Pero qué?

—Esa historia no me la habías contado antes. —La madre se quedó pensativa, intentando buscar en vano una pista en su memoria. Al verla así, Ineko se ensombreció.

—¿No? Entonces… ¿de verdad crees que no te lo había contado? ¿Cómo es posible que no te lo contara?

—Veo poco probable que me lo hayas contado y que se me haya olvidado. Es una historia impactante, no se borra fácilmente de la memoria. Incluso aunque no la recordara con detalle tendría que, al menos, resultarme familiar.

—Tienes razón —asintió Ineko—. ¿Pero por qué crees que no te lo conté? ¿Se te ocurre alguna razón?

—¡Cómo lo voy a saber yo! —se rio la madre con dulzura—. Dejémoslo. ¿Qué importancia tiene si me lo contaste o no me lo contaste? No es necesario que nos enredemos en este debate ahora. No es un problema.

—Sí es un problema —dijo Ineko—. Puede que sea preocupante… aunque sea un poco.

En realidad, era la madre de Ineko quien lo consideraba un tanto preocupante. Si insistió tanto en continuar preguntando y respondiendo fue porque en el fondo de su corazón esperaba poder disipar la angustia velada e indefinida que sentía. Naturalmente, trató de que no se manifestara ni en su tono de voz ni en su rostro; no quería que Ineko lo notara.

No era exactamente angustia lo que sentía. Era más bien como una corriente de niebla desde la cual podría aparecer la angustia en cualquier momento. Es decir, la había golpeado la idea de que podía

haber una relación entre el hecho de que Ineko dejara de ver la pelota durante el partido y el que años atrás no le hubiera contado que había visto a los ciegos jugar al pimpón y al béisbol. Si realmente había una relación o una conexión entre ambos hechos, era encubierta, y en ese momento, en ese lugar, la madre no podía pensar en nada que pudiera evidenciarla.

En cambio, cuando Ineko dijo abiertamente que sí era un problema, lo hizo sin esa sombra de duda que tenía la madre, sin ninguna intención de escarbar la verdad que pudiera estar oculta.

—Si realmente no te lo conté aquel día, me pregunto por qué sería —repitió, no obstante.

—Sí, es extraño. ¿Quizá ese día ocurrió otro acontecimiento más importante que volvió irrelevante el pimpón de los ciegos? Puede que fuera así, pero no recuerdo nada. —La madre de Ineko se quedó pensando, y de pronto cambió de tema—. Tú eras una niña muy sensible, enseguida llorabas. Cuando las flores de las camelias de invierno caían al suelo, las recogías apenada. Las metías en un sobre o entre las páginas de un libro. Nunca te vi tirarlas a la basura.

—Sí, eso hacía de pequeña.

—Hacías muchos cojines rellenos de pétalos secos. Cojines de camelias, cojines de dafnes, cojines de violetas. Si el cojín llevaba violetas, entonces bordabas sobre él una violeta. Aunque estaban secas, conservaban cierto aroma. Como cojines no eran muy cómodos, pero renovabas el relleno cada año, cuando las flores volvían a estar de temporada, o cosías una nueva funda y bordabas la flor correspondiente… Eras muy habilidosa.

—A padre le gustaban los cojines con flores de aroma dulce.

—Le hiciste una almohada de flores secas de aroma dulce y tardó mucho en acostumbrarse a ella.

—Sí, me acuerdo.

—«¿Por qué habrá venido este árbol a nuestro jardín, por qué sus flores florecen aquí? Podría haber crecido en la montaña o en un bosque o en el jardín de otra casa, ¿no?». Eso le preguntaste una vez

toda seria a tu padre, ¿te acuerdas? Tu padre no supo muy bien qué responder, y finalmente te dijo: «Habrán querido florecer aquí para poder convertirse en mi almohada». «Entonces estarán muy contentos los árboles y las flores», dijiste tú, ¡y a tu padre le pareciste tan tierna! Se rio y te acarició el pelo.

—¡Eso no fue una caricia! Agarró el extremo de mi coleta y tiró con fuerza dos o tres veces…

—¡Qué bien te acuerdas!

—¡Claro! Porque me dolió —dijo, y desvió la mirada hacia las camelias de invierno en el jardín. En ese momento había recordado cómo a su novio Kuno le apasionaba jugar con su pelo[22].

—Tú eras así —afirmó la madre, refiriéndose no a Kuno o al pelo, claro está, sino a lo que había dicho anteriormente—. Una niña que se apenaba por las flores marchitas en el suelo.

—¿Entonces? —preguntó Ineko.

—¡Ah, sí! Me acabo de acordar —dijo la madre antes de responder a la pregunta de Ineko—. Tu padre dijo que los árboles también tienen su propio destino, ¿lo recuerdas? Cuando le hiciste esa pregunta tan difícil e inocente de por qué crecían en nuestro jardín y por qué hacían florecer sus flores aquí.

—¿Sí?

—Los niños hacen unas preguntas muy difíciles.

—Los niños son unos seres extraños —dijo Ineko—. Una vez piensas en lo extraño, todo te empieza a parecerlo: las cosas que te rodean, las cosas que ocurren alrededor, todo. Porque nadie sabe por qué existen las cosas, por qué están ahí. Los niños son así. Un niño cava en la tierra de su jardín y ve aparecer una lombriz. «¿Qué es esto?», pregunta. «Es una lombriz», le responden. «¿Las lombrices están dentro de la tierra? ¿Por qué están dentro de la tierra?». «Las lombrices están dentro de la tierra porque son animales que viven dentro de la tierra», le dicen los adultos, pero al niño no le convence esa respuesta. No solo es extraño que esté dentro de la tierra, sino que en este mundo existan seres tan distintos al ser humano que resulte absurda cualquier comparación. Si al niño le pica un mosquito, preguntará: «¿Por qué me ha picado a mí este mosquito?

¿No sabe que yo puedo matarlo de un manotazo?». De pequeña no me gustaba la noche y pregunté a padre por qué existía. «Porque, si no, ni tú ni papá podríamos dormir», recuerdo que me dijo. «Entonces, ¿quién nos regaló la noche a nosotros?». «Seguramente fue el dios del sueño que hace dormir a las personas». «¿El dios del sueño? ¿Cómo es? ¿Dónde está?». «No lo ves porque estás dormida». Las respuestas de padre eran siempre mentiras de esas que se cuentan a los niños.

—¿Que quién nos regaló la noche? ¡Qué preguntas más interesantes hacías! —comentó la madre.

—La noche no se hizo para que durmieran las personas; seguiría existiendo en la Tierra aunque no existiéramos los humanos. Por lo tanto, supongo que dormimos porque existe la noche y no al revés, ¿no?

—No estoy segura. Aunque no existiera la noche, no podríamos estar sin dormir. Pero no puedo imaginarme un mundo sin noche. La noche no puede no existir.

—¿Por qué no puede no existir?, preguntaría yo si todavía fuera una niña. Los niños quieren saber y quieren entender y por eso hacen esas preguntas, pero son tan difíciles que los adultos salen corriendo.

—Es que son preguntas realmente difíciles. No tenemos capacidad para responderlas. La noche existe porque existe, las lombrices están dentro de la tierra porque viven dentro de la tierra. Eso es todo lo que puede decir el común de los mortales. El ser humano apareció en un mundo en el que ya existía la noche y se acostumbró a dormir de noche al igual que el resto de los animales.

—Sí, pero dejémoslo ya. ¿Qué pasó entonces?

—¿Cómo que qué pasó entonces?

—Antes dejaste tu historia a medias. Dijiste que yo era una niña que se apenaba por las flores marchitas en el suelo, y yo te dije: «¿Entonces?», pero luego cambiaste de tema.

—Sí, sí, es verdad. Te estaba recordando que tu padre te dijo que los árboles tienen su propio destino y que por eso terminaron en nuestro jardín e hicieron brotar sus flores ahí —prosiguió la madre

escarbando más en su memoria mientras hablaba—. Entonces tu padre decía que eras una pequeña filósofa.

—«Me haces unas preguntas muy difíciles. Papá no sabe contestarlas. ¡Si es que eres una pequeña filósofa!», me decía y me engañaba para no tener que responder. Pero, utilizando sus palabras, todos los niños son filósofos. Cuanto más pequeños, más lo son. Yo se lo dije a padre: la filosofía empieza en el momento en el que el bebé empieza a saber, y observa, y aprende a hablar. Padre dijo: «Puede que sí, puede que sea como tú dices», y asintió, pero a juzgar por la cara que puso mientras asentía sé que no había dicho en serio eso de que yo era una pequeña filósofa. Además, cuando le pregunté qué era un filósofo, él no supo contestar. Solo me dijo: «Eres muy pequeña para entenderlo».

—Ni siquiera yo puedo, a mi edad, explicar lo que es la filosofía, ni creo que tú tampoco puedas, ¿verdad? Pero… —La madre de Ineko hizo una pausa—. Supongo que tiene que ver con sentir algo y a partir de ahí ponerse a pensar. Ese sentimiento puede ser muy ingenuo y cotidiano, pero uno se detiene en aquello que la gente da por hecho y a lo que no presta atención pero que a uno le parece extraño, y entonces va construyendo su pensamiento sobre eso. ¿No crees que es algo así?

—Madre, ¿sabes qué? —dijo Ineko. Su mirada se volvió a ensombrecer—. Que yo haya dejado de ver la pelota durante el partido no tiene nada que ver con que esté demasiado acostumbrada a ella y la haya dado por hecha, y considerar lo sucedido «extraño» no es explicación suficiente.

La madre de Ineko se esforzó por disimular su desánimo al ver que su hija volvía al tema de la pelota.

—No creo que fuera así. No la dejaste de ver. Te pareció que la dejabas de ver. Te lo pareció a ti. Durante un instante. Al fin y al cabo, le diste a la pelota, ¿no? ¿Cómo vas a poder darle a la pelota si no la ves?

—Soy jugadora de pimpón, madre. Supongo que tengo tanta práctica que mi mano supo lo que tenía que hacer.

—No lo veo posible. ¿De verdad sentiste en ese momento que le

estabas dando a la pelota?

—¿Si lo sentí? No estoy segura. Ahora que me lo preguntas… creo que sí —dijo Ineko. Sus ojos parecían rebuscar en vano dentro de su memoria—. Pero no estoy segura. Como dices tú, fue un movimiento reflejo del momento.

—Claro, un instante tan efímero que tampoco podrás estar totalmente segura de si viste o no viste la pelota.

—No, no es cierto. Estoy segura de que no la vi. En el momento en el que me di cuenta de que no la veía, me paralizó el miedo. Me quedé atontada, y luego me tuve que arrodillar.

—Sin duda, tuviste un malestar pasajero en ese momento, no es más que eso. Sin llegar al desmayo, quizá tuviste una crisis de tipo nervioso o algo así.

—¿Una crisis? ¿Nerviosa?

—Quizá no fuera nerviosa, puede que fuera de otro tipo. No sé si crisis o colapso, pero te quedaste atontada, paralizada, floja, ¿no fue así?

—No, no fue así.

La madre de Ineko se quedó observando a su hija en silencio durante un rato.

—A veces hay lapsos o fallos en la memoria, son cosas que pasan —dijo en voz baja—. También le ocurría a tu padre, ¿te acuerdas de aquella vez?

—Sí, claro que me acuerdo. Debió de ser mi primer recuerdo.

—Nosotras no lo presenciamos, no estábamos ahí. Nos lo contó después tu padre.

—Yo me creí todo lo que me contó. De verdad me creí que había una miko[23] o una especie de duende que servía a los dioses al fondo de la montaña y que ella protegió a padre y lo salvó. Yo solo tenía tres años. Me debió de impactar tanto que todavía me acuerdo.

—El día de la rendición de Japón tu padre se quedó «postrado», como se decía entonces. Hoy en día diríamos que tuvo una crisis. Bueno, fue algo más grave que estar postrado o tener una crisis. No solo desapareció durante cinco días siendo teniente coronel del ejército, sino que no sabemos cuánto tiempo estuvo sin conciencia

mientras erró por la montaña. Hubo momentos en los que tu padre perdió la memoria o la conciencia montado en su caballo, ¡imagínate qué peligro! Supongo que él continuó cabalgando. Aunque se ve que se apeó cuando se detuvo frente al alcanforero.

—Recuerdo haber oído que luego volvió junto a sus tropas a caballo, ¿no?

—Sí. Bueno, más que a sus tropas volvió al cuartel, pero sí, lo hizo a caballo —dijo la madre repitiendo las palabras de Ineko, y continuó hablando—: Tuvo que haberse apeado del caballo para tallar su nombre en el tronco del gran alcanforero. Sin embargo, tu padre siempre dijo que él no tenía conciencia de sí mismo ni sabía quién era cuando talló su nombre en la corteza con la katana. Tampoco sabía por qué o cuándo había llegado a ese árbol. No podía recordar nada. Fue entonces cuando apareció la muchacha de la montaña y le dijo algo a tu padre que le hizo regresar con nosotros. Por lo visto, era una muchacha elegante y bella como una doncella celestial. Eso es lo que me contó. Que parecía una miko o un duende que servía a los dioses. Dijo que en esa montaña no había camino y que no era posible que una mujer joven estuviera paseándose sola por ahí, y que quizá al ver que él había tallado en el tronco del árbol «El teniente coronel del ejército de tierra…», se dispuso rápidamente a rescatarlo y le ayudó a descender el monte.

—¿Sabes si se lo agradeció de alguna manera a esa muchacha en aquel momento, o si mantuvieron una correspondencia después?

—Yo creo que no hubo nada de eso. Creo que no volvió a saber nada de ella.

—Eso no puede ser. En caso de que la muchacha fuera humana.

—Yo no creo que tu padre sufriera una alucinación. Si él decía que tuvo una especie de ensoñación en la que se le había aparecido una doncella celestial y lo había salvado, fue sin duda porque en aquel momento necesitaba salvarse a sí mismo, aunque fuera a través de una historia inventada. Aun sin saber lo que estaba haciendo ni por qué, al parecer su intención era tallar en la corteza del árbol: «El teniente coronel del ejército de tierra Kizaki Masayuki se causó la muerte con su katana en este lugar». Cuando apareció la muchacha

de la montaña solo le había dado tiempo a tallar «El teniente coronel del ejército de tierra Kizaki…».

—¿Estaban bien escritas las palabras? No debió de ser fácil en su estado.

—No sé cuán bien escritas estaban, pero se ve que la muchacha pudo leerlas.

—Madre, ¿tú no has visto esas palabras talladas?

—No, no las he visto.

—¿Nunca has querido verlas? Yo quiero verlas. Siento la urgencia de ir a verlas —dijo Ineko. Su voz había ganado fuerza—. Seguro que las palabras que escribió padre seguirán ahí todavía ahora. ¿No crees?

—Supongo que seguirán ahí, a no ser que el alcanforero se haya secado o lo hayan talado. Creo que seguirán ahí en la corteza.

—Madre, vayamos a verlas. Por favor, llévame a verlas.

—No dejas de sorprenderme. ¡Qué cosas dices, de repente! Ese árbol está en Kyūshū. Y aunque vayamos a Kyūshū, aunque preguntemos cuál era la montaña, nunca sabremos en qué parte de la montaña se encuentra el alcanforero. No tenemos a quién preguntarle, ni tenemos forma de buscarlo.

—Se lo podemos preguntar a la muchacha que ayudó a padre en ese lugar, en el punto exacto en el que estaba el alcanforero. Bastará con encontrarla.

—¿Y cómo vamos a encontrarla?

—Eso es fácil. No creo que hubiera muchos militares de alto rango por la zona en aquel momento. Sin duda, es un encuentro que a nadie se le habrá olvidado. Solo tenemos que preguntar por la muchacha que salvó al teniente coronel en la montaña en los días que siguieron a la derrota.

La madre desconfió del extraño entusiasmo de Ineko.

—Me pregunto qué comió tu padre durante los… no sé si tres o cuatro días que pasaron hasta que talló su nombre en el alcanforero —dijo, intentando calmar a su hija—. Y el caballo. No creo que tu padre saliera galopando hacia la montaña dotado de provisiones, dado el estado mental en el que se encontraba. ¿No te parece?

—Es verdad. Solo tú podrías haber tenido una ocurrencia así —dijo Ineko—. ¿Nunca le preguntaste qué comió?

—Nunca se lo pregunté. No le gustaba hablar de los días que pasó en la montaña y yo intentaba no sacar el tema. Además, sabía muy bien que había ido a buscar un lugar en el que suicidarse. Y el haber tallado «teniente coronel del ejército de tierra», el haber tallado su rango militar pese a que estaba prácticamente desfallecido, es algo que siempre le pesó en la conciencia, incluso muchos años después.

—Qué triste —dijo Ineko.

—¿Eh? —La madre de Ineko no llegó a vocalizar su exclamación, pero tragó una bocanada profunda de aire y se quedó así, muda y boquiabierta, durante un buen rato.

El significado de la palabra «triste» puede ser muy amplio. Se utiliza en distintas circunstancias. Las palabras que expresan sentimientos son siempre así de ambiguas, pero además esta es una de las que se emplean con mayor frecuencia y tiene la capacidad de infligir dolor o de invocar a la melancolía en cuanto se pronuncia.

—Es mejor vivir saboreando las tristezas de este mundo —dijo la madre al cabo de un largo silencio—. Me refiero a una tristeza adecuada. La gente que vive sin haber nunca experimentado siquiera esa cantidad adecuada de tristeza…

—¿Qué pasa con esa gente? —intervino Ineko al ver que su madre titubeaba—. ¿Adecuada? ¿Quieres decir una cantidad moderada? ¿Qué es una tristeza adecuada?

—La que tenemos tú y yo.

—¿Sí?

—Yo pienso que es una tristeza moderada, ¿tú qué crees?

—Puede que sí.

—Una vez conoces la tristeza humana, entiendes que puede ser infinita. Una vez conoces la tristeza, entiendes que en el mundo hay muchas personas con una pena mucho más grande que la tuya. En ese sentido, nuestra tristeza, en comparación con la de los demás, es bastante moderada.

Cuando ella, en tanto que la esposa de un militar, recibió la noticia de la derrota, o cuando las dos se tuvieron que enfrentar al accidente mortal de Kizaki, lo que sintieron como esposa e hija fue un dolor que la palabra «tristeza» no podía contener, pero con el tiempo la intensidad de ese dolor se fue suavizando hasta convertirse en una tristeza cotidiana en sus vidas. Esto es lo que recordó la madre al oír a Ineko pronunciar la palabra «triste».

En todo caso, por mucho que hubiera perdido la conciencia de sí mismo, era lógico que un militar de la época como Kizaki tallara su rango de «teniente coronel del ejército de tierra» junto a su nombre. Para Kizaki, que desde niño había ido de escuela militar en escuela militar para empezar como oficial y ascender hasta teniente coronel, no debió de ser nada fácil tener que renunciar a su estatus de la noche a la mañana cuando Japón perdió la guerra. Humillado por tener una pierna prostética y un cuerpo tullido de soldado inválido que levantaba dudas sobre si realmente podría volver a estar activo, no podía sino aferrarse con más fuerza aún a su rango militar.

Sin duda, que bajo esas circunstancias un hombre como Kizaki tallara su rango de «teniente coronel del ejército de tierra» en el tronco de un árbol de gran tamaño era, incluso ahora que habían transcurrido diez años desde la derrota y él estaba muerto, algo «triste» para la esposa y la hija que lo recordaban.

A lo largo de los meses y los años que siguieron, tanto Ineko como su madre evitaron hablar de cuando Kizaki se perdió en la montaña el día de la rendición, o de su caída mortal al mar desde un barranco a lomos de su caballo. Incluso ahora, la palabra «triste» no podía sino evocar estos dos acontecimientos. Las dos se comprendieron mutuamente pese a que había una laguna, una elipsis de cosas nunca dichas entre la palabra «triste» que pronunció Ineko y la de la madre. Así como las palabras de Ineko tomaron a su madre por sorpresa y las de la madre resultaron algo bruscas para la hija, ambas las aceptaron sin responder, pues de algún modo reflejaban la tristeza de sus corazones. Ni siquiera se detuvieron a discutir si su tristeza era moderada en comparación con la del resto del mundo. Las dos vivían saboreándola y era mejor así. Ineko

pareció encontrar sosiego en esa idea.

—Pero un momento —dijo la madre cambiando de tono—. Que sepas que no pienso en absoluto que haya relación entre el hecho de que tú dejaras de ver la pelota de pimpón y que tu padre perdiera la memoria en la montaña. Seguro que no la hay. No creo que sea nada hereditario. Es solo que en ese momento me acordé de tu padre. Entonces me puse a hablar de él. No es más que eso.

—¿Sí? —dijo Ineko, absorta en algo que nada tenía que ver con las excusas veladas de su madre.

También la madre, mientras hablaba, evocó algo que no guardaba ninguna relación con lo que estaba diciendo, hasta el punto de que se ruborizó por lo inoportuno del recuerdo. Era la historia de una mujer a la que conocía, la viuda de un militar caído en la guerra. Un día, por recomendación de una amiga, la viuda había ido a un salón de belleza en el que el peluquero era un hombre. Ese mismo hombre también hacía la manicura. Al parecer, el hecho de que fuera un hombre quien la acicalaba había bastado para quitarle todo el estrés a la viuda. ¿Pero por qué recordaba esta historia ahora?

Por su parte, Ineko no podía parar de pensar en la muchacha que había salvado a su padre de la muerte en las profundidades de la montaña.

A estas alturas ella ya no creía que de verdad se tratara de una doncella celestial o «una miko, una especie de duende que servía a los dioses», como todavía seguía describiéndola su madre. Era evidente que tampoco su madre se lo creía del todo. Había una ligera incredulidad en la forma en que lo decía; la duda flotaba en la comisura de sus labios. Sin embargo, de niña Ineko había estado convencida de la existencia de esa joven y se la había imaginado constantemente, tan presente como estaba en ella. De hecho, la muchacha vivía dentro de ella. Hasta que un día la propia Ineko se

convirtió en esa muchacha. Así había sido desde su infancia hasta ayer mismo. Por eso era natural que Ineko se pusiera a pensar en la muchacha incluso ahora que dudaba de su existencia.

Si instó a su madre a ir a Kyūshū para buscar a la muchacha no fue por cinismo ni por burlarse de ella o de su padre muerto. No había ni una pizca de ironía en las palabras de Ineko. Ella hablaba muy en serio. Era cierto que ahora dudaba de la veracidad del relato de su padre y se cuestionaba si no habría sido todo una alucinación, pero la muchacha que ella había llevado dentro durante toda su niñez y su adolescencia volvió a cobrar vida en el momento en el que Ineko verbalizó su deseo de ir a verla y encontrarse con ella, al tiempo que crecía en el fondo de ese deseo el temor a que tal muchacha fuera ficticia. Que su madre no se sumara a su entusiasmo por ir en busca de la joven no supuso tanto un desencanto para Ineko como un cierto alivio.

Hacía tanto tiempo que no tocaban el tema de «aquel día» —el día de la rendición de Japón, cuando el padre de Ineko se perdió en la montaña— que la madre lo relató como si fuera la primera vez. Pero aquel era el primer recuerdo del que Ineko tenía conciencia y continuaba muy vivo en su memoria. En aquel entonces ella era pequeña e inocente y se había creído sin dudar ni un momento que quien salvó a su padre realmente había sido una doncella divina o un ser celestial semejante a un duende. Era incierto en qué momento esa joven se convirtió en la propia Ineko y la empezó a habitar. Probablemente ocurrió poco después de que Ineko oyera aquella historia por primera vez.

Había una diferencia de edad entre la pequeña Ineko y esa muchacha. La pequeña Ineko era consciente de ello. Por ese motivo, quien habitaba su interior era a la vez niña y joven. Se la imaginaba vestida con un kasuri[24] de color índigo con motivos blancos, y un monpe[25]. Los motivos del kasuri eran unas *cruces blancas. Esas cruces blancas* eran la parte que ella veía con mayor claridad en la figura de la muchacha. Su cara era la de Ineko, claro está, pero tamizada por una idealización infantil, a ratos borrosa, a ratos nítida, y a veces incluso con ligeras modificaciones en los rasgos.

La muchacha pereció dentro de Ineko el día en que el padre cayó del precipicio y murió. Ineko no pudo evitar pensar que ella lo había matado; al fin y al cabo, su padre se había despeñado por el barranco cuando ella iba cabalgando a su lado. Era imposible que ella no tuviera alguna culpa en su muerte, y por la misma razón fue inevitable que la muchacha que Ineko llevaba dentro se desvaneciera. Esa muchacha había salvado a su padre, y ahora Ineko lo había matado. Ella no lo formuló de esa manera tan clara cuando decidió rechazar la existencia de la joven, pero lo cierto era que su sola presencia le causaba dolor. Por otro lado, el golpe que supuso la muerte de su padre ya no le dejaba margen para andar pensando en un ser imaginario.

Sin embargo, con el tiempo le resultó más cómodo resucitar a la muchacha en su interior que traer a su padre a la vida. Esa muchacha había supuesto un refugio en el que Ineko había podido jugar y soñar de niña. Con ella no necesitaba culparse demasiado a sí misma. ¿Pero cuánto había de verdad en decir que esa joven le había salvado la vida a su padre y que Ineko se la había arrebatado? Quizá no era cierto que la muchacha lo hubiera salvado. Quizá no era cierto que Ineko lo hubiera matado. Pero su convicción de que esa muchacha había salvado la vida de su padre la había sumergido en una tristeza que tras la muerte de su padre adquirió una forma distinta, más cálida y familiar.

—Créeme: que tu padre se perdiera en la montaña no tiene nada que ver con que tú dejaras de ver la pelota de pimpón —insistió la madre una vez más.

—Yo tampoco pienso que tenga nada que ver —dijo Ineko—. Tú has sacado el tema de padre como si estuvieras relacionando los dos hechos.

—Puede que sí —replicó la madre con una vaguedad deliberada —. Cuando dejaste de ver la pelota… fue solo un instante, ¿no?

—Lo único que dejé de ver fue la pelota. Veía todo lo demás.

—Esa fue tu impresión, pero en realidad tampoco estabas

viendo las otras cosas. Ten en cuenta que tus ojos estaban fijos en la pelota y solo dejaste de verla durante un instante, por lo que es imposible que sepas si estabas viendo o no todo lo demás.

—No es verdad. Yo le di a una pelota que se había vuelto invisible.

—Pero eso…

—No, madre, no tiene nada que ver con aquella vez.

—¿A qué te refieres con «aquella vez»?

—Aquella vez yo perdí la conciencia de verdad a lomos de mi caballo y por eso no pude ver nada. Aunque supongo que también duró apenas un instante —dijo Ineko evocando el accidente mortal de su padre.

—Eso —señaló la madre elusivamente— no tiene nada que ver con el partido de pimpón.

—Claro que no. Solo me ha venido ahora a la mente.

—¡Te están viniendo muchos recuerdos! Por cierto, Ineko, ¿cómo te encuentras? —dijo la madre aligerando el tono—. Tienes mejor cara que cuando llegaste antes a casa.

—¿Sí? Yo en ningún momento me he encontrado mal. Tampoco cuando llegué a casa.

—Pero no miento cuando te digo que tienes mejor cara.

—Tenía miedo. Solo era miedo.

Ineko volvió a decir, con total convicción, que lo único que había dejado de ver era la pelota, pero no logró convencer a su madre. «Piensas que dejaste de ver solamente la pelota porque es lo único en lo que te estabas fijando. No hay nada extraño en eso», le dijo la madre, pero al ver que Ineko no aceptaba su argumento empezó a creer, ella también, que quizá el miedo que había sentido su hija durante el partido de pimpón no había sido algo ordinario. Si no había sido algo ordinario, ¿qué podría haber sido? Tal vez Ineko creía haber sido asaltada por un miedo sobrenatural que nadie más podía comprender. La madre escudriñó, incrédula, a su hija, observando más su cuerpo que su cara. Sus hombros y sus rodillas parecían haber perdido la tensión de antes.

—Recuéstate y quédate descansando un rato —dijo—. Voy a

preparar la cena mientras tanto.

—No quiero comer nada. No quiero comer nada —aseguró Ineko, y al repetirlo por segunda vez se llevó la mano a la boca para contener las náuseas. Conforme la náusea fue subiendo por la garganta, el contorno de sus ojos se enrojeció y se llenó de lágrimas.

La madre se apresuró a acariciarle la espalda.

—¿Qué te ocurre?

—Nada, no me pasa nada —dijo Ineko recuperando el aliento tras la arcada—. No sé qué me pasa. He sentido asco solo con oír la palabra «cena».

—Estás muy cansada, es lo que te pasa. Tienes que descansar.

—No te preocupes —dijo Ineko llevándose al pecho la mano que su madre tenía en su espalda—. Me tranquiliza mirar las camelias de invierno. Puedo verlas perfectamente en flor, a todas ellas, sin sentir que se están moviendo o temblando.

—¿Ah, sí? —La madre recibió las palabras de Ineko con sospecha, pero no quiso ahondar más.

Ver las camelias en flor como camelias en flor. Sin que se muevan. Sin que tiemblen. ¿Por qué habría de decir algo tan obvio? Quizá Ineko encontraba algún tipo de sosiego o consuelo en esa quietud.

La madre también dirigió la mirada hacia las camelias de invierno y las contempló detenidamente. Las flores estaban, sin duda, quietas. No había viento, por lo que no se percibía ni un ligero temblor en los pétalos. Por otro lado, no era posible que una flor se moviera. Una flor está siempre sobre la misma rama desde que se abre hasta que se marchita y cae. Al pensar en esto tuvo una mayor sensación de quietud. El rojo vivo de las flores flotaba luminoso sobre un fondo de hojas de un verde muy oscuro, casi pesado. Pero cuanto más las contemplaba, más le parecía que dentro de la ternura de ese color rojo, tan vivo y tan bien delineado, fluía una tristeza. Era la primera vez que la madre de Ineko sentía pena por una flor. Quizá lo había sentido de niña, pero no era algo que pudiera

recordar ahora. En cambio, Ineko, que había sido una niña que siempre se entristecía por las flores, conservaba aún ese espíritu. Había ciertamente algo opaco en el miedo que subyacía a las palabras de Ineko cuando dijo que las flores ni se movían ni se mecían. Los colores del atardecer de invierno cayeron pronto sobre las cuatro o cinco camelias que había en el jardín.

Esto había ocurrido cuando Ineko cursaba segundo de enseñanza superior[26], y era algo que su madre rememoraba a menudo. Porque aquella había sido la primera vez que Ineko le había comunicado que había dejado de ver algo de súbito, y el miedo que eso le causaba. Con el tiempo se disiparon las dudas iniciales que había tenido la madre con respecto al relato de Ineko, y ella misma empezó a creer que realmente la pelota había sido lo único que se había vuelto invisible para su hija, tal y como ella se lo había transmitido. Por supuesto, era totalmente posible que durante un partido de pimpón uno no pudiera ver la pelota por la velocidad a la que había sido lanzada, pero esto era diferente, se convenció la madre: Ineko había dejado de ver la pelota cuando debería haberla visto.

—¿Le ha contado alguna vez Ineko la historia de cuando dejó de ver la pelota de pimpón durante un partido? —le preguntó la madre de Ineko a Kuno.

—¿De pimpón? —Kuno dudó un momento—. Nunca la he oído hablar de pimpón.

—Entiendo. —La madre se quedó callada. Observó el shōji que daba al pasillo: aunque el papel no se veía envejecido, era muy delgado y de mala calidad. Estaba mal pegado, no lo suficientemente estirado. Tampoco se le podía pedir más a un hostal raído de pueblo.

—¿Qué pasa con el pimpón? —preguntó Kuno—. ¿Ineko juega al pimpón?

—Solía jugar, hace mucho tiempo.

—¿Hace mucho tiempo?

—Hasta segundo de enseñanza superior.

—Eso no es hace mucho tiempo. —Kuno estuvo a punto de reírse—. Nunca he oído nada sobre el pimpón.

—Quizá ella no haya querido hablar del tema.

—¿Por qué? ¿Por qué no quiere hablar del tema? Ineko no suele hablar de su pasado. Rara vez lo hace. Es algo de lo que me di cuenta enseguida cuando la conocí, pero no deja de extrañarme. ¿No es acaso uno de los gozos del amor compartir recuerdos el uno con el otro?

—No es tan mayor como para poder hablar de un pasado.

—No estoy de acuerdo. Todo el mundo tiene muchas cosas que recordar, de su infancia, de su adolescencia, cosas alegres o tristes, cosas graciosas o incluso fracasos. ¿Acaso no tenemos casi una infinidad de recuerdos? Para mí no hay recuerdo de Ineko que me resulte fútil e insignificante, incluso cuando sí lo pueda ser para otros. Porque a mí me llegará siempre como un mensaje de amor. Cualquier anécdota ingenua de su infancia me llegará a los oídos como una canción de cuna. ¿No es un ejercicio de amor compartir recuerdos, no los más reveladores, sino precisamente los más inanes?

—Puede que sí —murmuró la madre sin saber qué responder.

—Quiero saber todo sobre cómo era Ineko antes de que yo la conociera, por insignificante que sea. —Kuno miró a la madre—. ¡Quién nos iba a decir que terminaríamos los dos pasando la noche en este hostal!

—¡Quién nos lo iba a decir!

—No creo que podamos conciliar el sueño, no después de haber dejado a Ineko en ese hospital. Ya que vamos a pasar la noche en vela, me gustaría que usted me contara todo lo que no sé sobre ella.

—Se lo agradezco. —La madre se levantó, abrió el shōji y salió al pasillo.

—¿Le ocurre algo? —preguntó Kuno.

—Nada. Antes, cuando salí, abrí las cortinas para ver el mar, y ahora de repente me ha inquietado pensar que tal vez no las dejé cerradas.

Las cortinas estaban cerradas. La madre de Ineko las abrió

ligeramente y se asomó al mar.

—¿Ve algo? —preguntó Kuno, aún sentado en la habitación.

—No se ve nada. Excepto las estrellas. Venga a verlas.

Kuno se levantó y se acercó a la ventana.

—Hay muchas estrellas. Y el mar está calmo —dijo con desinterés.

—Este paisaje… no se sabe dónde empieza y dónde acaba, no hay por dónde agarrarlo —comentó la madre de Ineko—. Todo parece una noche oscura.

—Sin embargo, será esta una noche, y un hostal, que no olvidaremos nunca.

Los dos regresaron a la habitación y tomaron asiento.

—Madre, cuénteme algo de Ineko. Cualquier cosa.

—Así, a bote pronto, no sé qué contarle.

—Puede ser algo sobre el momento del parto.

—¿El parto? —dijo la madre, sorprendida—. ¿Se refiere a cuando yo di a luz a Ineko? ¿No es un poco raro que usted me pregunte por algo así? Yo creo que a usted le pasa algo.

—Puede que sí. Pero, insisto, cuénteme cómo fue el parto.

—Me niego. Además, yo no vi mi propio parto, no puedo darle detalles. No hay mucho que decir al respecto.

—Claro.

—¿Acaso Ineko no le habla nunca de sí misma? —preguntó la madre—. ¿Ni siquiera a usted, señor Kuno?

—Eso parece.

—¿Hasta el punto de hacerle creer que ella se reserva cosas ante usted?

—No, no lo digo en ese sentido. Simplemente me gustaría que Ineko me hablara más de sí misma.

—Le agradezco sus intenciones, pero puede que haya un poco de avaricia en eso. No hay nadie que le cuente absolutamente todo a otra persona, ni siquiera a su ser más amado. Eso no significa que esté ocultando cosas.

—Sé que saberlo todo sobre Ineko supera los límites de lo posible, pero eso no me disuade de querer saberlo todo sobre ella.

—Usted ya lo sabe todo sobre Ineko —espetó la madre con cierta contundencia—. Yo lo creo así, estoy convencida de ello. Usted conoce a Ineko todo lo que la puede conocer. Conocer a otra persona es eso. Esos son los límites. Es un conocimiento que solo se adquiere en el amor entre un hombre y una mujer, imposible entre hombres o entre mujeres.

—Lo entiendo muy bien. Pero yo me refería a algo más profundo. O quizá algo más superficial. Solo quiero disfrutar escuchándola hablar de recuerdos insignificantes.

—Ineko está enferma. Y a usted le ha mostrado su enfermedad más que a cualquier otra persona.

—No hablemos más de ello —dijo Kuno—. Al menos hasta mañana.

—¿No hablarlo hasta mañana?

—Es cierto que no es algo que pueda sacar de mi cabeza temporalmente hasta el amanecer…

—Ineko también le ha hablado a usted de sus recuerdos del accidente mortal de su padre.

—No es un recuerdo cualquiera. No es algo que uno se pueda tomar a la ligera. Es algo que me ha hecho prometerme a mí mismo que le curaré esa herida tan profunda que aquel incidente le causó, aunque me lleve toda una vida.

—Usted conoce todos los hechos que podemos considerar importantes en la vida de Ineko, además de ese. Ella le ha hablado a usted de todos ellos, ¿no es así? Aunque usted diga que ella nunca toca temas del pasado.

—Si lo dije es porque pienso que, en parte, es culpa mía. Cuando Ineko está conmigo y… bueno, me resulta un poco incómodo decir esto pero… cuando está tan cerca de mí que casi somos uno, y de repente deja de verme, el terror que siente es, créame, despiadado. Como soy yo quien lo provoca, me considero culpable del crimen. Sí, se trata de una enfermedad, pero soy yo quien desencadena los ataques. Al principio no podía evitar pensar que era una manifestación de un odio o una aversión que ella sentía hacia mí, pero en realidad es todo lo contrario. Ocurre como fruto

del amor, y eso lo hace aún más doloroso. En todo caso, sea lo que sea, yo soy el culpable.

—No es así —dijo la madre de Ineko negando con la cabeza—. Usted no conoce la historia de la pelota de pimpón que ella no le ha contado. —En ese momento se oyeron las campanadas.

—Ah, son las nueve. Son las campanadas de las nueve.

—Son las campanadas de las nueve —repitió la madre de Ineko, y miró hacia el shōji del lado del mar. Kuno giró la cabeza en la misma dirección. No estaba claro que el sonido de la campana viniera de ahí, pero también con las campanadas de las seis la madre había actuado como si así fuera. Había abierto el shōji, había salido al pasillo, se había asomado por el borde de la cortina y había contemplado el mar.

—Me pregunto quién estará tocando la campana ahora —dijo Kuno prestando atención—. No es probable que sea Ineko.

Se oyó la segunda campanada. El pueblo estaba ya sumido en el silencio de la noche, y quizá porque estaban ellos dos solos en la segunda planta de aquel mísero hostal, el eco de la campanada parecía no extinguirse nunca. Era como si el sonido apagado se hubiera entremezclado con el aire de la habitación y se hubiera convertido en otra cosa. Sonó la tercera campanada.

—La forma de tocarla es serena. No creo que se trate de ningún loco. Seguramente sea personal del hospital con mucha práctica.

—O quizá lo percibimos así porque somos nosotros los que estamos serenos escuchando aquí sentados.

—En el hospital nos dijeron que las campanadas de las nueve las dan para ayudar a los pacientes a conciliar el sueño, y que el municipio les dio permiso porque se trata de un sonido sereno y pacífico.

Entró la sirvienta del hostal a preparar los aposentos para la noche. Debió de venir advertida por las campanadas de las nueve. La mujer fue a colocar los dos colchones uno junto al otro sobre el suelo, pero Kuno le pidió que se llevara uno de ellos a la habitación contigua. La madre de Ineko estaba quieta y callada. La campana del templo Jōkōji dejó de sonar mientras la sirvienta trajinaba en la

otra habitación.

—¿Cuántas veces la han tocado?

—No sé, no estaba contando —respondió la madre—. Puede que hayan terminado de tocar, pero… ¿no le da la sensación de que va a volver a sonar?

—Tendríamos que haber ido a ver la campana del templo. Me sorprende que no hayamos sentido la curiosidad de ir a verla aun cuando el médico nos dijo que sería Ineko quien daría las campanadas de las tres. Si hubiéramos visto la campana la podríamos haber imaginado mejor mientras sonaba a las tres, a las seis y también ahora a las nueve.

—Debe de ser una campana antigua. De no ser antigua, se la habría llevado el ejército durante la guerra —dijo la madre, y después de dudar un poco, continuó hablando—: Señor Kuno, ¿alguna vez le ha contado Ineko la historia de las garcetas de la tumba del emperador Nintoku?

—¿La historia de las garcetas de la tumba imperial? —Kuno miró a la madre—. No, nunca me la ha contado.

—No es nada importante. Cuando estaba en la enseñanza media[27], Ineko viajó con unas amigas a Kansai y visitó la tumba del emperador Nintoku. Es un espacio muy extenso, ya sabe, con mucho verde. Al parecer, en esa extensión tan verde, en ese verde tan espeso y voluminoso, había muchas garcetas. Una cantidad inconmensurable de ellas. A Ineko le emocionó tanto aquello que dijo que había sido lo más impresionante de todo el viaje.

—Mmm.

—Al oír la campana me he acordado de repente de la historia de las garcetas del emperador Nintoku.

—Ineko nunca me ha contado esa historia —dijo Kuno—. Y dice usted que la ha recordado ahora mientras escuchaba las campanadas. ¿Por qué será?

—Por nada. Simplemente me he acordado. Uno nunca sabe cuándo le va a venir un recuerdo.

—Ver una bandada de garcetas blancas en una extensión verde tiene que ser sin duda impresionante —dijo Kuno, acaso intentando

visualizar el paisaje en su cabeza—. Supongo que algunas de las garcetas estarían posadas en la zona verde, pero otras la estarían sobrevolando.

—Sí, algunas estaban volando. Dese cuenta de que eran muchísimas.

—Puede que sea uno de esos fenómenos que solo se ven una vez en la vida, incluso si las garcetas viven permanentemente ahí.

—Ineko me dijo: «Madre, vayamos juntas a la tumba del emperador Nintoku, quiero que tú también las veas», pero al final nunca fuimos. Me pregunto si las garcetas seguirán ahí.

—¿Qué tipo de pájaros habrá en el bosque del templo Jōkōji?

—No sé qué habrá.

—Así como crecen muchos dientes de león a orillas del río Ikuta, me pregunto si el bosque de Jōkōji estará lleno de pájaros de cantos alegres. Ahí, en un lugar en el que no hay más que locos.

Al ver que la madre de Ineko no respondía, Kuno también se quedó callado.

—Creo que nunca le he preguntado a Ineko qué tipo de árboles había en el bosque tan verde y denso de la tumba del emperador Nintoku. ¿Habría pinos? A veces puede dar miedo ver tantos árboles en un único lugar, sobre todo cuando son muy grandes y ancianos, pero como la hierba, las plantas han supuesto siempre una presencia amable para los humanos, ¿no le parece? Desde los dientes de león a orillas del Ikuta a los árboles que pueblan el monte del templo Jōkōji.

—Sí, claro.

—Señor Kuno, ahora que he utilizado la palabra «amable», me he acordado de algo. —La madre de Ineko bajó la mirada y, al volver a elevarla, la dirigió hacia Kuno—. Pienso que quizá su extrema amabilidad hacia Ineko sea un acto cruel.

—¿Cruel? —repitió Kuno asombrado.

—A veces resulta cruel para una mujer que un hombre sea amable con ella. Se lo oí decir una vez a otra mujer. Una vieja amiga. Me sorprendió tanto que no se me ha olvidado nunca. Me agarró tan desprevenida que sentí que algo se caía dentro de mi

corazón, pero si lo pienso ahora, tiene todo el sentido. Que la amabilidad del hombre le resulte cruel a la mujer es algo muy normal y cotidiano.

—Que usted me diga eso a mí, eso sí que es cruel. Terriblemente cruel.

—¿Le parece cruel? Yo solo intento disculparme ante usted.

—¿Disculparse? También eso me resulta cruel. Me está diciendo que no puedo amar a Ineko. Que debo dejar de amarla.

—No es exactamente así —dijo la madre de Ineko sin perder la calma pese al tono agitado de Kuno—. Señor Kuno, ¿qué hará si yo me quedo dormida antes que usted? No tendrá pensado ir al Hospital Ikuta y sacar a Ineko de ahí, ¿verdad?

—¿Esta noche? No. Pero puede que sí lo haga mañana.

—¿Entonces puedo dormir tranquila esta noche?

—No creo que pueda dormir. También a Ineko le costará conciliar el sueño en el hospital. Imagínese. Ella estará ahora recostada entre todos esos locos. No hay habitaciones privadas. Aquello no es el bosque de la tumba del emperador Nintoku. Incluso si se pusiera a pensar en las garcetas blancas, no sería más que una ilusión. Quizá sea la propia Ineko quien se escape del hospital sin necesidad de que yo la saque de ahí. Al fin y al cabo, no está encerrada en una celda con rejas —dijo Kuno poniéndose de pie. La madre de Ineko observó cómo Kuno empezaba a dar vueltas por la habitación.

—Señor Kuno, váyase por favor al cuarto de al lado —exigió la madre, algo brusca—. Me quiero acostar ya. Ni Ineko ni yo pudimos pegar ojo anoche.

—Claro. Usted tiene que descansar ahora.

—¿Por qué será que una persona como usted vino a este mundo? ¿Por qué será que Ineko y usted se conocieron?

—¿Cómo que por qué? ¿A qué viene ese reproche? ¿O no es un reproche? ¿Es una simple pregunta?

—O puede que yo esté demasiado cansada y no me funcione bien la cabeza.

—Quizá sea a mí a quien no le funciona bien la cabeza. Pero no

creo que esa sea la razón por la que me enamoré de la persona de la que no me debía enamorar. Puede que, en el fondo de su corazón, usted esté deseando que yo me separe de Ineko, pero sepa usted que, si yo la soltara, algo terrible le ocurriría a ella. Tengo la firme convicción de que sería así. Que algo terrible le ocurriría.

—No está usted siendo nada amable.

—No sé si es amable o no lo que digo, pero ¿acaso no es este sentimiento la base de la amabilidad? No, en realidad no se trata de amabilidad. Es algo mucho menos tibio que eso.

—Señor Kuno. Usted se va a volver invisible para Ineko cada vez que estén físicamente unidos.

—Sí, pero no porque me rechace, no hay rechazo por su parte. La verdad es que no sé muy bien por qué ocurre. Quiero que usted también me ayude a entenderlo.

—No es algo que vayamos a entender mejor por mucho que nos tumbemos aquí a pensar en silencio.

—¿Eso cree? —Kuno se dirigió a la habitación contigua—. ¿Quiere que cierre el fusuma?

—Sí, por favor.

—Buenas noches… —dijo Kuno desde el otro lado—. Madre —añadió.

Quizá porque ya no se le veía, su voz cobró una cierta dulzura.

—Buenas noches —se limitó a repetir la madre. También había algo de cariño en la forma en que lo dijo—. ¿Ya está usted recostado en el suelo?

—Estaba justo preguntándome si debía quedarme sentado sobre el futón o meterme debajo de la manta.

—¿Y eso por qué?

—¿Usted qué va a hacer?

—La verdad es que puede que yo también me lo esté pensando. Bueno, tampoco es que me lo esté pensando. Simplemente, creo que no va a ser fácil que me quede dormida.

—Claro que no vamos a poder dormir.

—Tengo mucho sueño, eso sí. Anoche no pude dormir.

—Recuéstese entonces, madre.

—Sí, eso haré. Usted también.

—Yo aún no he decidido qué voy a hacer. Puede que si me pongo en seiza[28] sea más fácil que la mente fluya con el vacío y vaya hacia allí, o tal vez sea mejor estar tumbado y relajado para que la mente atraviese el vacío hasta llegar allí, como hace el sonido de la campana del templo Jōkōji cuando cruza el aire.

—¿Con «allí» se refiere a donde está Ineko?

—Sí —dijo Kuno rotundo—. Pero, madre, ¿ve que ya no se oyen las campanadas? Nuestros oídos ya no pueden detectar el sonido de la campana por mucha atención que presten. ¿No se deberá a que nuestra capacidad auditiva es limitada? Alguna vez leí en un libro que el oído humano solo puede percibir los sonidos que se emiten cerca, a su alrededor. Muchos animales oyen mejor que los humanos. Pero los animales son animales, al fin y al cabo, y tampoco pueden oír más allá de cierta distancia. O sí, en realidad, algunos animales tienen una especie de sexto sentido, una intuición, que hace que puedan sentir incluso los sonidos que no pueden oír.

—Eso parece, sí. Algunos incluso pueden instintivamente pronosticar desastres naturales.

—Puede que los humanos también tuviéramos esa intuición en la antigüedad, en los orígenes. A menudo me pregunto qué ocurre con nuestros oídos en una ciudad como Tokio, llena de ruidos y de cacofonía.

—Es evidente que oímos peor y que nos hemos insensibilizado.

—Cierto. Sin embargo, yo creo que la gente de pueblo presta menos atención a los sonidos. Tienen ese aspecto.

—El aspecto al que usted se refiere no tiene nada que ver con los sonidos —dijo la madre de Ineko de forma lacónica—. Me he acordado de algo. Una vez Kizaki viajó a Europa, fue en un mes de abril. A su regreso, estábamos un día los dos en el tren y le pareció que había algo raro en la forma de vestir de los japoneses que veía en el andén de la estación y en la calle. La gente caminaba con los hombros y los codos demasiado rectos. O daban pasos cortos y rápidos como si estuvieran muy cansados, o iban inclinados hacia atrás como resistiéndose a la derrota. Vi que se echaba a reír él solo

en el vagón, así que le pregunté qué era lo que encontraba tan gracioso, y él respondió: «¿Por qué sufren tanto? ¡Cuánta tensión transmiten en sus caras! Parecen míseros. Además, la forma que tienen de vestir los hombres japoneses es rara, algo falla entre los hombros y el cuello de la camisa». Esto ocurrió en Tokio antes de la guerra. Quizá hayan cambiado un poco las cosas, pero seguro que no mucho. Cuando observo desde la ventanilla del tren a la gente caminando por el andén, me sigue pareciendo triste, miserable.

—¿Le parece triste porque le recuerda a Kizaki? ¿O le parece triste el aspecto de los hombres japoneses?

—Las dos cosas. Las dos cosas son inseparables para mí.

La conversación transcurría a través del fusuma. No había indicios de que Kuno se hubiera recostado. ¿Estaría sentado con las piernas cruzadas? ¿Con la espalda recta? Probablemente se había puesto en seiza.

—Me he acordado de otra cosa graciosa —dijo la madre de Ineko—. Una vez, Kizaki fue a unos grandes almacenes en Londres y vio una ropa muy elegante con unos diseños muy sofisticados, entonces llamó a uno de los dependientes de la tienda para comprar la prenda y le dijeron que ese era un atuendo de equitación para damas. «Ya decía yo —dijo él—. Por eso tiene la cadera ancha y las rodillas estrechas».

—Mmm.

—Dijo: «Lo tendría que haber comprado igual. Si llego a saber que Ineko iba a aprender a montar a caballo, lo habría comprado. Uno de esos que venden allá, que lucen tan bien». Cuando se arrepentía de algo, Kizaki lo verbalizaba una y otra vez. Los remordimientos le duraban toda una vida. Al fin y al cabo, por muy jinete que fuera, no dejaba de ser un militar de pueblo, así que cuando vio aquella ropa tan sofisticada de Londres no se dio cuenta de que era el traje de equitación para damas. Aunque pienso que lo habría sabido si lo hubiera visto desplegado entero en un escaparate.

—Mmm.

Kuno escuchaba con atención cualquier historia que estuviera relacionada con Ineko, aunque fuera indirectamente.

—Se lo compraré yo si algún día me caso con Ineko y tenemos la oportunidad de ir juntos a Londres.

—Ineko ya no monta a caballo.

Kuno no supo qué responder. La madre, acaso dándose cuenta de la severidad del tono con el que acababa de hablar, se apresuró a continuar con su historia.

—Eso sí, se compró distintos accesorios de equitación para él. Los usó y los conservó siempre con mucho cuidado.

Kuno se preguntó si Kizaki llevaba uno de esos accesorios que trajo de Londres en el momento de su muerte, cuando cayó del precipicio a orillas del mar en Izu, pero por supuesto no se atrevió a preguntarlo, y en su lugar repitió lo que había dicho ya anteriormente.

—Yo opino que Ineko debería volver a montar a caballo. Aprenderé yo también para que podamos ir los dos cabalgando a ese lugar en Izu. No tiene nada que ver con el criminal que regresa al lugar del crimen. Será más bien una conmemoración de la muerte de su padre, al igual que se arrojan flores desde un barco para recordar a los fallecidos en accidentes marítimos. Como no queda ninguna señal en el mar, lo que hace el barco es dirigirse a un lugar aproximado, calculado a ojo. Las flores flotan a la deriva entre las olas.

—Claro. En cambio, en el caso del padre de Ineko, sabemos el lugar exacto de los hechos. La roca sigue estando en el mismo lugar.

—La roca continuará estando ahí durante miles y decenas de miles de años.

—Es verdad. A esa roca tan grande no le va a ocurrir nada solo porque una o dos personas insignificantes como Kizaki se choquen contra ella y se rompan. No le queda ni un rasguño. ¿No cree que es un reflejo de cómo es el mundo? Nada cambia, esté Kizaki vivo o muerto. Japón, y el mundo entero, han continuado girando desde entonces. ¿Qué le importa al mundo que Ineko y yo estemos tristes o suframos? Para empezar, ¿cuántas personas hay en el mundo que conozcan nuestra pena y nuestro dolor?

—Yo.

—Sí, afortunadamente hay alguien: usted —dijo la madre de Ineko dejando escapar una risa alegre—. Eso ya es algo, al menos lo tenemos a usted. Y sabemos que es usted un aliado incondicional. No hay nada más afortunado para una persona que tener un aliado incondicional. No es fácil tener esa alianza incondicional, ni siquiera entre padres e hijos, entre marido y esposa o entre una pareja de enamorados. Un aliado incondicional es aquel que continúa a mi lado bajo cualquier circunstancia, haga yo lo que haga; aunque haya hecho algo muy malo, aunque haya cometido el acto más repudiable y odioso. ¿Qué es eso de interponer un juicio moral, un juicio sobre la personalidad, entre una persona y otra? —Por alguna razón, la madre parecía agitada.

—Madre. El hecho de que esté yo, el hecho de que haya una persona a su lado, significa que hay cien y mil más. Eso es así.

—Gracias. Es una forma de mirarlo. Sería una pena que no lo viera así yo también, así que voy a dejarme persuadir.

—En realidad, no cuesta nada pulverizar una roca. Con dinamita. ¿No ve que el ser humano destruye montañas constantemente?

—Sí, es cierto, pero aunque los humanos destruyeran las montañas más grandes, digamos el Himalaya o los Alpes, y rellenaran el mar de tierra, la naturaleza continuaría estando ahí, inmutable e indestructible. La vida humana es insignificantemente corta. ¡Nos morimos antes que un pequeño plato! Uno le pasa su vida a la siguiente generación y ya no sabe cuánto más va a vivir.

—No pienso en esas cosas. Solo quiero casarme con Ineko y que seamos felices.

—Casarse y ser felices… Lamento que a Ineko le haya pasado eso.

—Usted y yo tenemos sentimientos diferentes con respecto a «eso» que le ha pasado.

—¿No es más bien usted, y no yo, que soy su madre, quien ha sentido terror y abominación? Es con usted con quien ella se pone a temblar y llora y se retuerce porque ha dejado de verle mientras sus cuerpos están unidos. Y, puede que le resulte extraño que diga esto,

pero no creo que se trate del gozo de una mujer. Ella no está gozando, se está volviendo loca.

—Para mí, no hay nada más adorable que cuando se pone así. No hay nada más tierno e inocente.

—Qué raro es usted —dijo la madre como si nada—. Yo creo que está tan fascinado con Ineko que también a usted le empieza a fallar la cabeza. No puedo permitir que eso ocurra.

—No irá a ingresarme a mí también en un psiquiátrico, ¿verdad?

—Si esto sigue así, Ineko morirá. Señor Kuno, la vida de Ineko se apagará.

—¿Cree que su salud se va a deteriorar? ¿No estará insinuando acaso que Ineko se va a suicidar?

—Las dos cosas. No puedo asegurar que no vaya a ocurrir ninguna de las dos cosas. Quizá sea porque soy su madre, pero puedo sentir lo que Ineko lleva dentro de su cuerpo o de su corazón, como queramos llamarlo; algo grave y profundo. Entonces me entra tanto miedo que ya no puedo sostenerme en pie.

—Mmm.

La voz hundida de Kuno fue seguida de un silencio a ambos lados del fusuma. Era un fusuma mísero, demasiado fino, viejo y mal barnizado. Estaba forrado con un papel barato, envejecido y amarilleado, sin un solo dibujo o motivo que lo decorara. A veces parecía suficientemente grueso como para separar dos espacios, otras parecía que no separaba nada.

—Señor Kuno, recuéstese —dijo la madre de Ineko.

—Mmm. Creo que me tranquiliza más estar sentado, me parece que así puedo pensar mejor en Ineko. Al igual que los monjes budistas se sientan para purificar la mente o para rezar.

—Ha juntado usted las palmas de las manos para rezar, ¿verdad?

—¿Cómo lo sabe? ¿Puede verme?

—No, pero lo sé.

—¿Cómo?

—No es usted un monje en un monasterio. Estará más cómodo si se relaja y se recuesta, su mente podrá moverse más libremente.

—De acuerdo, eso haré —respondió Kuno sin ambigüedad—.

¿Y usted?

—Sí, yo también. Siento que usted va a estar inquieto si yo me quedo despierta —dijo la madre—. Podemos meternos en la cama y continuar hablando un poco más.

—Sí, toda la noche.

—¿Toda la noche?

—Tengo la sensación de que nos pasaremos la noche hablando.

—Espero que no —dijo la madre con suavidad y, preparándose para dormir, se desató el obi[29] y dobló el haori[30] y el kimono. Procuró no hacer ruido, consciente de que cualquier mínimo sonido llegaría fácilmente a los oídos de Kuno. Se movía con cuidado y de forma poco natural.

Dudó un momento si, antes de ponerse el yukata[31] de la pensión, debía desatarse la cinta del nagajuban[32] que envolvía su cadera, o si por el contrario era mejor dejársela. En casa se la quitaba para dormir. Estaba acostumbrada a eso; rara vez se hospedaba en hostales.

—¿Qué importa si me la quito o me la dejo puesta? No tiene ninguna importancia —pensó, casi en forma de susurro imperceptible—. ¡A mi edad!

Sí, había un hombre joven al otro lado del shōji, pero era el novio de su hija. Él estaba lleno de Ineko, no podía pensar en nadie más, y sin duda a ella ni siquiera la veía como a una mujer. ¿Pero qué hacía preguntándose si él la veía como una mujer? La sola pregunta estaba fuera de lugar. ¡Estoy mal de la cabeza!, pensó.

Era totalmente absurdo tener en cuenta la presencia de Kuno para decidir si se quitaba o se dejaba puesto el sodenashi[33]. El mar de noche podía ser frío incluso en ese pueblo cálido en el que florecían los dientes de león en pleno invierno. Si lo que quería era abrigarse, solo tenía que dejárselo puesto. El yukata del hostal, aunque recién lavado y almidonado, estaba algo viejo y desgastado. No era una tela que quisiera poner sobre su vientre o sus muslos, pensó la madre. Llevada por esta observación inesperada, dirigió la

mirada a la blanquísima seda que la cubría desde la cadera hasta las rodillas. Se cuidaba mucho de tener siempre un sodenashi nuevo y reluciente: el blanco se ensuciaba fácilmente por los bordes y a ella le gustaba vestir pulcra. Era uno de los pocos lujos que se permitía en su vida frugal. En las raras ocasiones en las que se preguntaba por qué tanta pulcritud, ella sabía que el blanco de sus sedas no se orientaba a seducir a ningún hombre, sino que, más bien, representaba el color de su viudez.

Finalmente se limitó a aflojar un poco el cordón del sodenashi para estar más cómoda. Si no estaba segura de querer quitarse la prenda quizá no fuera solo porque al otro lado del shōji había un hombre joven y porque tenía reparos en ponerse el yukata raído del hostal. Pero fuera cual fuera el motivo, cuando sus ojos se detuvieron en la curva de la rodilla debajo de la seda, de pronto le vino a la memoria un recuerdo de Kizaki. La imagen de su difunto marido flotó ante ella.

—«Una mujer de cuarenta años lo hará todo por ti. Pero una de veinte no hará absolutamente nada».

Volvió a oír estas palabras con nitidez en boca de su marido. En aquel momento él estaba leyendo un libro traducido —no podía ahora recordar el título— y la había llamado para leerle esa frase.

—Balzac. Es Balzac —le había dicho Kizaki—. De Balzac sabrás más tú que yo, pero seguro que nunca has leído esta frase. Escucha: «Una mujer de cuarenta años lo hará todo por ti. Pero una de veinte no hará absolutamente nada». ¿Qué te parece?

—¿Cómo que qué me parece? Si me lo preguntas así de repente no sé qué responder. —La madre de Ineko no solo no se sumó al entusiasmo de su marido, sino que se tomó como un aforismo barato las palabras que él tanto aplaudía.

Aunque el padre de Ineko había estado en Europa y era bastante culto para ser del ejército, en los años y meses que precedieron a la guerra, y durante la contienda, se había volcado en cuerpo y alma al régimen militar de la nación, por lo que también su cabeza se había

ido orientando hacia ese fin. Tras la derrota, en cambio, enterró su repudio por los nuevos tiempos en el fondo de su corazón y trató de dejarse llevar por las cosas que le ayudaban a disipar la tristeza y la humillación del vencido, y era frecuente que quedara enseguida cautivado por algo que leía en textos literarios o religiosos, por ejemplo. Con el tiempo adoptó el hábito de llamar a su mujer para leerle una frase o un aforismo por el que había quedado fascinado con demasiada facilidad. Era natural, pues, que la madre de Ineko no diera importancia a aquello de que la mujer de cuarenta hacía tal cosa y la mujer de veinte, tal otra.

—¿No crees que eso depende de la persona? Si una mujer sirve a un hombre o no, si sabe atenderlo bien o no, dependerá de cada una. No tiene nada que ver con su edad, poco importa si tiene cuarenta o veinte —dijo la madre de Ineko—. Sin duda, habrá casos en los que una mujer que hace todo por su marido a los veinte ya no hace nada por él a los cuarenta.

—Estás desvirtuando las palabras de Balzac con tu sentido común —dijo el padre de Ineko, malhumorado—. Si alguien dice una cosa, tú dices la contraria, si alguien dice aquello, tú dices esto otro. Tienes la fea manía de jugar con las palabras.

—Se dice que el hombre hace a la mujer y la mujer se deja hacer por el hombre.

—¿Qué? —El padre de Ineko respondió sorprendido.

Divertida ante su reacción, la madre repitió sus palabras.

—Quiero decir que moldees a tu esposa a tu gusto. La mujer que se deja moldear es feliz. Un hombre que no sabe moldear a una mujer a su gusto no es un hombre.

El padre de Ineko interrogó a su esposa con la mirada. No era usual que ella se dirigiera a él de esa manera.

No ocurrió nada más aquel día, pero por algún motivo las palabras de Balzac que había pronunciado su marido se quedaron grabadas en la memoria de la madre de Ineko. Nunca supo en qué contexto Balzac había dicho aquello y qué quería decir exactamente,

si lo decía por propia experiencia o porque le convenía al personaje de su novela; nunca se lo preguntó a su marido ni tampoco ella llegó a leer el libro donde aparecía la susodicha frase. Sin embargo, su marido tuvo que haber sido consciente, al leerla, de que su esposa también cumpliría cuarenta años algún día, y quizá por eso había dado particular importancia a esas palabras, porque había encontrado en ellas una especie de esperanza. La madre de Ineko se dio cuenta de esto cuatro o cinco días después.

—Ya no voy a poder gozar de las exquisiteces de la vida. ¡Las exquisiteces de la vida! —le había dicho Kizaki por aquellos días arrebatado, aferrándose a su pecho, agarrándole del pelo y zarandeándole la cabeza con violencia.

Los alaridos eran tan intensos que se aproximaban al llanto. La madre de Ineko estuvo a punto de desmayarse. Quiso llorar pero no pudo.

—Cálmate, por favor, tienes que tranquilizarte —quiso decirle, pero no tuvo fuerzas para invocar la sensatez. Se había quedado sin energía antes de poder sosegar los nervios de su marido y consolarlo. En todo caso, aquella era una reacción desproporcionada. Kizaki era militar; no tenía por qué culparse por haber participado en la guerra. Sin embargo, él consideraba que su responsabilidad en la contienda lo había privado para siempre del derecho a disfrutar de las «exquisiteces de la vida», como una especie de castigo no ya divino, sino humano.

«Una mujer de cuarenta lo hará todo por ti». Después de oír aquellas palabras por primera vez, la madre de Ineko tuvo una revelación. No solo eso: logró amoldarse a ella. Se convirtió en una madre con forma de prostituta, o una prostituta con forma de madre. Quizá no era nada nuevo para muchas «mujeres de veinte», pero fue sin duda una experiencia novedosa para ella.

Si ahora recordaba a Kizaki pronunciando aquellas palabras

mientras ella observaba las curvas que su rodilla delineaba por debajo de la seda blanca en el hostal barato de Ikuta, fue precisamente porque aquel aforismo tenía esa connotación. Kizaki había muerto antes de que ella cumpliera los cuarenta. Ahora ella había sobrepasado esa edad. La vida de su marido había concluido sin que ella hubiera tenido la oportunidad de dárselo todo como «esa mujer de cuarenta años que lo haría todo por él», y ahora su propia existencia se iba apagando poco a poco. Pero había momentos en los que se preguntaba qué significaba exactamente «hacerlo todo» por alguien. ¿No era acaso el «todo» algo infinito? A veces incluso se lamentaba de no haber hecho nada por él, pero si se martirizaba era solo para jugar con sus propios sentimientos. En el fondo de su corazón, hacía tiempo que se había absuelto a sí misma de toda culpa, segura de que había cuidado sobradamente bien a su marido. Así eran las mujeres, pensó. Pero por mucho que repudiara su propia hipocresía de mujer, por mucho que se mortificara preguntándose si sus celos no habrían causado el accidente mortal de su marido, mientras ella estuviera viva se excusaría a sí misma y se exculparía de cualquier error que hubiera podido cometer, como hacían todas las mujeres. Y tal vez esta conciencia la había hecho ser una madre fría para Ineko.

—Buenas noches, señor Kuno —dijo mientras se escurría con sigilo debajo de la manta—. Va a ver que es mucho mejor estar recostado. Han puesto una bolsa de agua caliente dentro.

—¿Una bolsa de agua caliente? Yo no necesito nada de eso.

—¿Está seguro? Da mucho gusto sentir calor en los pies. Recuerde que todavía estamos en invierno.

—Mmm.

—En Tokio seguramente usted no utilizará ni bolsas de agua caliente ni mantas eléctricas, ¿verdad?

—No, no utilizo nada de eso. ¿Por qué lo pregunta? —dijo Kuno. Parecía molestarle que la madre de Ineko continuara hablando del tema.

—Porque Ineko suele tener los pies siempre fríos —respondió la madre, percatándose de la incomodidad de Kuno.

—Mmm. —Kuno tragó aire. El tono de voz de la madre de Ineko le pareció ligeramente sensual, tal vez porque le llegaba distorsionado por el fusuma que había entre los dos—. Me pregunto si tendrán bolsas de agua caliente en el hospital. —Esta vez, fue él quien retomó el tema.

—Son solo bolsas de agua, yo pienso que sí tendrán. Supongo que sí. Al fin y al cabo, también hay personas mayores ahí.

—Cierto, también hay personas mayores, como aquel anciano extraño.

Los dos se quedaron callados.

—Con este silencio casi podemos oír el eco de las campanadas de antes reverberando aún en el cielo, por encima del mar, ¿no le parece?

—No sé.

—Señor Kuno, ¿usted recuerda cuando, durante la guerra, se llevaron las campanas de los templos?

—Me lo han contado. Yo mismo me acuerdo vagamente de haber visto a gente rodando las campanas por la calle.

—Sí, al terminar la guerra vi en algún lugar un montón de esas campanas apiladas como chatarra. Supongo que quisieron fundirlas y utilizar el hierro, pero se ve que finalmente no lo hicieron.

—Se llevaron todo, desde la estaca de bambú hasta la propia campana.

—Sí, debieron requisar el 80 o el 90 por ciento de todas las campanas del país, unas 50.000 en total. Algo sorprendente. Leí en algún lugar que habían hecho ese cálculo.

—¿Cree que Jōkōji recuperó su campana después de la guerra?

—Algunos templos estaban exentos de entregar sus campanas. Me parece que las más antiguas, las que eran anteriores al periodo Edo, se libraron, si no recuerdo mal —dijo la madre de Ineko—. Se dice que son campanas que dejan un eco profundo. «Un eco profundo». ¿No le parece un calificativo hermoso para una campana antigua?

—¿Un eco profundo? Sí, es bonito. Quizá esta conversación que estamos teniendo usted y yo también tenga un eco profundo.

—¿Está usted de broma? No estamos diciendo más que tonterías. Ni siquiera tengo buena voz —se rio la madre de Ineko—. No merezco tan excelente calificativo.

—Pero a mí me gustaría que ese eco profundo llegara hasta el hospital en el que está Ineko. Me gustaría pasar una noche tranquila hablando con ella hasta el amanecer de temas que dejan un eco profundo.

—¿Sí? —La madre de Ineko bajó la voz—. Entonces será mejor que yo me quede callada.

—No hace falta. Yo puedo tener una conversación con Ineko que deje un eco profundo al margen de lo que usted me cuente.

—Bueno, en ese caso…

—Madre, ¿vio usted que había un diente de león blanco a orillas del río Ikuta?

—¿Un diente de león blanco? ¿Existe tal cosa?

—Había uno solo, pero lo había. ¿No lo vio usted?

—No lo vi. ¿No sería producto de su imaginación, al igual que el ratón blanco?

—No es cierto. Yo vi con mis propios ojos tanto al ratón blanco como el diente de león blanco a orillas del río Ikuta. Se lo enseñaré mañana de camino al hospital para que usted misma lo vea. Puede que al ratón no lo veamos porque se mueve, pero el diente de león ni se mueve ni camina, así que seguramente podrá verlo.

—¿Sí? A estas horas los dientes de león se habrán encogido ya y tendrán sus pétalos cerrados.

—Quizá los dientes de león también cierren los ojos para dormir —murmuró Kuno como si hablara solo—. ¿Será por eso que su temporada de floración es tan larga?

—Hay todo tipo de flores, ¿verdad? ¿Conoce usted ese refrán que dice «La iluminación está en la voz del bambú, la alegría del corazón, en la flor del melocotón»? Tal vez Ineko no logre iluminarse con el sonido de las hojas de los árboles y de los bambúes o con los dientes de león que hay por aquí, pero ojalá pueda al

menos alegrar su corazón. Ojalá ocurra eso pronto.

—Madre —interpeló Kuno—. El corazón de Ineko no es sombrío. Lo que le pasa es algo distinto a la oscuridad —dijo, algo brusco.

—Puede que esté yo equivocada, pero «alegrar el corazón» no tiene por qué significar que el corazón es oscuro. Yo creo que significa otra cosa. En todo caso, las expresiones «alegrar el corazón» o «corazón sombrío» pueden tener distintas interpretaciones. Si se trata de iluminar el corazón en el tao o en el budismo, entonces será algo muy difícil. Yo me refiero simplemente a alegrar el corazón. No quiere decir que sea un corazón sombrío. Yo tampoco pienso que Ineko sea una muchacha con un corazón o un carácter oscuros. Pero…

—¿Pero? —Al ver que la madre de Ineko detenía ahí su frase, Kuno la instó a continuar, pero ella no lo hizo—. ¿Pero? —dijo él una vez más.

Kuno vislumbró la silueta de la madre levantarse despacio de la cama, y notó cómo en ese momento se oscurecía, primero un poco y luego del todo, la luz que llegaba desde el otro lado del travesaño. La madre había apagado la lámpara del techo y también la lamparilla de escritorio que había en la cabecera del futón. Kuno no tenía ninguna lamparilla en su cabecera. Observó la bombilla del techo. Debía de ser de unos cuarenta vatios. Estaba manchada de hollín y emitía una luz cansada.

—¿Quiere que apague yo también la luz? —preguntó Kuno—. ¿Va a poder dormir?

—Sí y no. Intente descansar usted también.

—Yo también sí y no.

—¡Qué problema! Pero es todavía pronto.

—Sí.

—Le agradezco todo lo que ha hecho hoy. ¿No tiene la sensación de que ha sido un día muy muy largo?

—Sí, puede ser. Sobre todo para usted. Tiene que estar usted muy cansada. Además, lleva sin dormir desde antes de ayer —dijo Kuno—. Yo no sé muy bien, no sé si ha sido un día largo o un día

corto.

—¿No le parece que estamos pasando la noche en un lugar muy extraño?

—Mmm, no lo sé. Sin embargo, ni usted ni yo estamos pensando en si podremos conciliar el sueño o no, sino en si Ineko estará dormida en estos momentos, ¿no es así?

—Ineko estará dormida ya. Le habrán dado algún sedante o somnífero en el hospital.

—¿Cómo? —A Kuno pareció sorprenderle la idea—. ¿Eso hacen?

—Claro, es un hospital.

—Quiero pensar que, aunque esté dormida, ella estará soñando con usted o conmigo. Aunque puede que, más que un sueño, sea una ensoñación.

—Seguramente los efectos de la medicación le impidan soñar.

—¿Eso cree? —objetó Kuno—. Yo quiero que Ineko sueñe conmigo.

—No, pobre. Imagínese su tristeza y su soledad cuando se despierte después de haber soñado con usted. El dolor sería tan insoportable como si la cortaran en pedazos.

Tenía razón. Era la primera noche que Ineko pasaba en el manicomio, en una oscuridad habitada por otras mujeres locas que dormían a su lado. No eran muchachas jóvenes y bellas como ella, sino lunáticas de cuerpos mugrientos y pestilentes. Anormales incluso en su forma de roncar, de chasquear los dientes y de hablar en sueños. El tatami no tendría bordes; sin duda lo habrían arañado y mordisqueado hasta dejarlo fláccido. Como era invierno, puede que no se oyera ulular a los búhos y a las lechuzas, pero el kunugui y el roble y otros árboles ya sin hojas estarían emitiendo un crujido sutil al mínimo roce con el viento. Ya podía Ineko sentirse sola y desamparada: no iba a poder encender la luz ni levantarse y caminar.

Pese a ello, Kuno quería que Ineko soñara con él. Estaba seguro de que él también soñaría con ella en cuanto se quedara dormido.

Ella soñaría con él aunque la medicaran con somníferos porque era más proclive que nadie a soñar, estaba convencido de ello.

Kuno contemplaba la bombilla gastada del techo sumido en sus pensamientos. La observó durante tanto tiempo que la luz, aunque tenue, terminó por cegarlo: ya no podía distinguir nada a su alrededor. Algo rosado con forma de flecha apareció en el interior de sus ojos deslumbrados y lo atravesó de un lado a otro como un arcoíris.

—¡Ineko! —exclamó Kuno.

¿Cuándo había sido? No podía recordarlo. Una vez, Ineko lo había mirado fijamente y le había dicho que algo rosado con forma de flecha se había desplegado ante ella como un arcoíris. Su descripción desbordaba belleza: era, dijo, una concentración de burbujas de aire del tamaño del polvo. Las burbujas eran rosadas y recibían una luz pálida. Se movían suavemente. Cada partícula se movía, pero no era un movimiento torpe ni alborotado. Ineko se lo había explicado de la forma más hermosa. O puede que aquella extraña explicación le hubiera parecido bella a Kuno porque sobrepasaba cualquier cosa que él pudiera imaginar. Y sobre todo porque ella estaba frente a él hablando con mucha calma.

—Ay, no te veo. He dejado de verte —había dicho momentos antes algo agitada, presionándose la mejilla con la mano izquierda y parpadeando varias veces—. Han desaparecido tus hombros. Aaaah. Y también tu mentón, y tu boca.

El cuerpo de Kuno se había vuelto translúcido de boca para abajo hasta desaparecer. Y en ese espacio vacío había aparecido, trémula, esa forma de flecha que muy pronto se convirtió en un arcoíris de burbujas rosadas. El miedo de Ineko se disipó ante tan asombrosa visión.

Aquella vez, Kuno e Ineko no estaban físicamente unidos. Estaban separados. Kuno se hallaba junto a la ventana e Ineko,

sentada en una silla en el centro del salón. Estaban en el apartamento de Kuno. Era un cuarto piso y la ventana daba al oeste. El cielo aparecía nublado y el atardecer no era el que se esperaba en un otoño tardío, sino de un color ceniza que oscurecía el interior de la casa. Se habían olvidado de encender la luz. Las burbujas del arcoíris, de un rosa pálido, reflejaban la luz tenue del exterior e iluminaban el salón. Era algo suave pero vivido.

—Estás subido en el arcoíris —dijo Ineko.

Kuno no estaba encima del arcoíris, sino al otro lado. El arcoíris estaba entre Ineko y Kuno, aunque más cerca de él que de ella. El cuerpo de Kuno de hombros para abajo… no, de boca para abajo, había quedado disuelto en la nube rosada. Las burbujas eran transparentes y dejaban ver lo que había detrás, por lo que Ineko pudo presenciar cómo desaparecía el cuerpo de Kuno, pero estaba demasiado cautivada por la belleza del arcoíris como para sentir miedo y angustia.

Kuno no veía el arcoíris rosado que tenía frente a él. No sentía en absoluto que estuviera sobre un arcoíris rosado como si fuera un ser de otro mundo, uno de esos seres celestiales que aparecen subidos a una nube morada o multicolor. Solo sabía, por Ineko, que ella lo estaba viendo así. Sin embargo, a Kuno no le sorprendió demasiado que ella estuviera teniendo una alucinación o un ataque repentino de ceguera. Ya había ocurrido otras veces, cuando, durante el amor físico, ella había dejado de ver su cuerpo.

Sí era la primera vez, sin embargo, que el cuerpo de Kuno se volvía invisible para Ineko sin que los dos tuvieran sus cuerpos entrelazados. Quizá era una señal de que la enfermedad de Ineko había progresado. Solo que, a diferencia de las veces en las que habían estado físicamente unidos, esta vez no se hallaban en un estado de excitación, y gracias a la asombrosa aparición del arcoíris, Ineko no se había echado a temblar en los brazos de Kuno.

Simplemente se había quedado contemplando con las pupilas dilatadas la cara de su amado y la nube rosada que lo envolvía.

—¿Sigues viendo el arcoíris? —preguntó Kuno sin poner en duda la visión de Ineko.

—Sí, está ahí. —A Kuno le sorprendió que ella respondiera sin mostrar ninguna sorpresa.

—¿Es bonito? —preguntó él con dulzura.

—Sí, muy bonito —dijo Ineko como en sueños—. Yo… no sabía que eras así. Ahora sí lo sé.

—¿Así cómo?

—Así, como te estoy viendo ahora.

—No sé cómo me estás viendo.

—No hace falta que lo sepas. No se trata de que tú te mires a ti mismo, sino de que yo te mire así y me dé cuenta de cómo eres.

—Ineko, ¿es la primera vez que ves un arcoíris como este? ¿Lo has visto alguna otra vez en mi ausencia?

—Es la primera vez —dijo Ineko con sinceridad—. La primera vez.

Entonces Kuno se dio cuenta de que Ineko estaba perdiendo la cordura. Tenía que rescatar a la Ineko cuerda, no podía permitir que continuara alucinando de aquella manera.

—Viéndote ahora así, pienso que no debería hacer aquello contigo —murmuró ella como si hablara sola. Y, a continuación, se sonrojó.

—Ineko. —Kuno estaba conmocionado.

—¿Me has llamado?

Kuno se acercó a Ineko, puso las manos sobre sus hombros y la zarandeó suavemente.

—No hay ningún arcoíris.

—Ya lo sé —susurró Ineko en voz baja—. Pero era una vista hermosa.

—Toca mis hombros. Están ahí, ¿verdad?

—Sí.

Kuno la abrazó con fuerza y la besó. Los labios blandos de Ineko estaban fríos.

—¿Ha desaparecido ya el arcoíris? —preguntó.

—Sí.

Kuno se quedó pensando. No solo Ineko había dejado de ver su cuerpo, sino que se le había aparecido algo que no existía, un arcoíris rosado. Ver algo que no existía era una novedad. Si aquella era la primera vez, como ella le acababa de decir, entonces se había añadido un nuevo síntoma a su enfermedad, y aunque parecía haber sido positivo para ella, no hizo más que horadar el dolor de Kuno.

Kuno levantó a Ineko en brazos y la recostó despacio.

—Me veías, ¿no? Nunca dejaste de verme, ¿verdad? —le preguntó Kuno después.

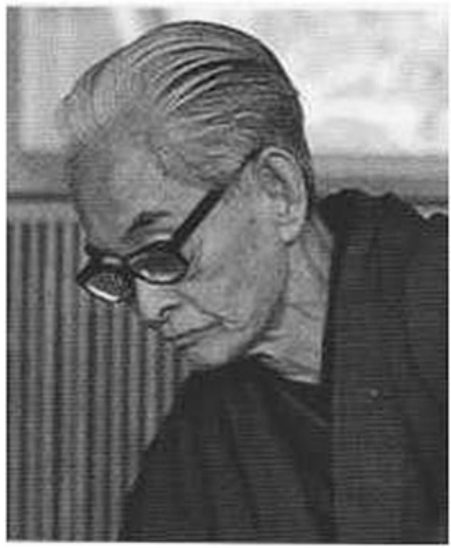
—Sí, te veía. —La respuesta de Ineko fue apenas un susurro.

No era que Ineko dejara de ver a Kuno cada vez que se unían en el amor físico. Era algo que ocurría solo a veces. Ninguno de los dos sabía por qué.

—¡Aaaah! —gritaba ella temblorosa cuando él se volvía invisible a sus ojos. En ocasiones se abrazaba a él, pero otras veces lo apartaba. Tampoco sabía qué es lo que la llevaba a reaccionar de una manera o de otra. No era frecuente que ella lo apartara con sus brazos; más bien, solía hundirse en el pecho de Kuno cuando él la sujetaba con fuerza y la abrazaba. Pero si se daba el caso de que ella lo alejaba, él se quedaba quieto y preguntaba: «Dime, ¿me ves? ¿Puedes ver todo mi cuerpo?». Entonces también la voz de Kuno se quebraba por temor a caer en un valle oscuro.

Ineko no mantenía los ojos abiertos en momentos de intimidad: sus ojos se cerraban de forma natural. Pero era muy distinto cuando los cerraba después de haber dejado de ver a Kuno. «Aaaah, no te veo, no te veo», balbuceaba deprisa. «Cierra los ojos», decía Kuno mientras le tapaba los párpados con sus manos o sus labios. En

ambos casos ella dejaba de verlo, pero cuando ella cerraba los ojos de forma natural, todavía podía seguir imaginándolo. En cambio, si los cerraba después de que él se volviera invisible, ya ni siquiera podía verlo en su imaginación.



YASUNARI KAWABATA nació en Osaka en 1899. Huérfano a los tres años, insomne perpetuo, cineasta en su juventud, lector voraz tanto de los clásicos como de las vanguardias europeas, fue un solitario empedernido. Escribió más de doce mil páginas de novelas, cuentos y artículos, y es uno de los escritores japoneses más populares dentro y fuera de su país. Mantuvo una profunda amistad con el escritor Yukio Mishima, del que fue su mentor y difusor. Recibió el Premio Nobel de Literatura en el año 1968. Entre sus obras, muchas de ellas marcadas por la soledad y el erotismo, destacan *La bailarina de Izu, El maestro de Go, Lo bello y lo triste* (Emecé, 2001), *Mil grullas* (Emecé, 2005), *País de nieve* (Emecé, 2007), *El rumor de la montaña* (Emecé, 2007) e *Historias de la palma de la mano* (Emecé, 2008). Kawabata se suicidó a los setenta y dos años.

Notas

[1] «Entrar en el mundo de Buda es fácil. Entrar en el mundo de los demonios es difícil». <<

[2] *Quercus acutissima*, especie de roble autóctono del este de Asia. <<

[3] Sala tradicional con suelo de tatami. <<

[4] Máximo jerarca y líder militar de la nación durante la época feudal que concluye en 1898. <<

[5] Aparece así en el original. <<

[6] En Japón, los altares dedicados a los muertos son generalmente budistas. <<

[7] Espacio en las casas de arquitectura tradicional que sirve de transición entre el exterior y el interior. <<

[8] Un tatami equivale a 1,65 metros cuadrados, aproximadamente. <<

[9] Se trata del pino costero japonés. <<

[10] Puertas correderas hechas de washi, papel de arroz translúcido. <<

[11] Brasero tradicional. <<

[12] Mesa baja, a ras del suelo, con una estufa dentro. En invierno se suele colocar una manta gruesa entre la tabla (desmontable) y las patas. <<

[13] Tambor tradicional de gran tamaño. <<

[14] Poema épico del siglo XIII. <<

[15] Ligera elevación sobre el suelo en las salas de estar tradicionales que sirve para colocar alguna decoración, por lo general una caligrafía colgada de la pared o un jarrón de ikebana (arreglo floral). <<

[16] Flauta fina de bambú. <<

[17] En los hostales y en las casas tradicionales, el futón y las mantas se guardan en un armario durante el día y se sacan por la noche antes de dormir. <<

[18] En los hoteles tradicionales, los baños son compartidos y colectivos, similares a los balnearios. El agua se cambia periódicamente, pero no para cada huésped. <<

[19] Empapelado tradicional para puertas corredizas. <<

[20] Cubo tradicional de madera. <<

[21] En el baño tradicional japonés, las personas se lavan primero fuera de la bañera y después se sumergen en el agua con el cuerpo ya limpio. <<

[22] Posible incongruencia cronológica. Aparece así en el original. <<

[23] Doncella que sirve a los dioses sintoístas. <<

[24] Chaqueta tradicional de algodón. <<

[25] Pantalón tradicional de algodón. El kasuri y el monpe suelen constituir el traje de faena de las mujeres en el campo, pero durante la guerra era frecuente ver a todo tipo de mujeres vestir así. <<

[26] Unos diecisiete años de edad. <<

[27] Entre los doce y los quince años. <<

[28] Forma educada de sentarse en Japón, con las pantorrillas en el suelo y los glúteos sobre los talones. También es una de las posturas más comunes de la meditación zen. <<

[29] Tela gruesa de seda que sujeta el kimono a la altura de la cintura. <<

[30] Prenda formal que hace de abrigo y cubre hasta las rodillas. <<

[31] Kimono ligero, de algodón, para ponerse en verano o antes de dormir. Los hostales tradicionales suelen proporcionar uno. <<

[32] Prenda interior que cubre el cuerpo entero. Queda abierto por delante, como el kimono y el yukata, y se sujeta con una cinta de tela. <<

[33] Prenda tradicional similar a la enagua que cubre de la cintura para abajo. <<